SERIE MYRKUR CRANSTON 1

RESPIRA

BY ARIEL ZORION

RESPIRA

ARIEL ZORION

Ariel zorion

Copyright

Imagen de portada: fotografía gratuita de Pixabay en Canva (Pixabay License: Gratis para usar bajo la licencia de Pixabay. No es necesario reconocimiento).

Instragram: @ariel_zorion
Web: https://www.arielzorion.com
Mail: arielzorion@arielzorion.com

Para Ana, en el día de tu cumpleaños.
Por tu amistad que es tan larga
como nuestra propia vida.
Gracias por llenar los recuerdos
de mi infancia de momentos felices.

Para el mejor equipo de lectores cero
que cualquier escritor quisiera tener.

Para mi media naranja
y sus vitaminas del día a día.

Para mis padres por
darme el regalo de la vida.

“La oscuridad no existe,
la oscuridad es en realidad
ausencia de luz”.
Albert Einstein

SINOPSIS

Myrkur Cranston acaba de incorporarse a su primer destino como policía. Hace apenas un mes que salió de la academia, pero eso no será ningún obstáculo para ella. Tal vez ser hija de un asesino en serie la dota de unos conocimientos naturales que otros deben aprender.

Myrkur es capaz de comprender lo que pasa por la mente criminal, porque desde que nació ha convivido con uno de los psicópatas más despiadados que ha conocido Estados Unidos.

No obstante, su procedencia, generará desconfianza y reticencias entre sus compañeros.

Una novela introspectiva en la que conoceremos a Myrkur, cuyo nombre significa oscuridad, y los sentimientos que experimenta cuando investiga una serie de crímenes un tanto peculiares.

Capítulo 1
Myrkur



Cuando descubrí lo que significa mi nombre, comprendí que todos tenían razón cuando decían que mi padre no dejaba cabos sueltos. En mi caso, no era un eufemismo, desde luego.

Era un hombre metódico y muy organizado. Todo lo tenía absolutamente bajo control. Cuando hablan de él, las personas que le han conocido coinciden en señalar su inteligencia sobresaliente. Lástima que no siempre la utilizara para buenos fines.

Mi padre ha definido mucho mi vida.

La ha definido de una forma que nadie elegiría.

Crecer siendo la hija de un asesino en serie no es fácil. Trabajar como policía con esos genes, mucho menos. Todo el mundo desconfía de ti. Todos creen ver en tus ojos la mirada del asesino.

Me llamo Myrkur Cranston y trabajo en el departamento de policía de la ciudad en la que actualmente resido, una localidad relativamente pequeña al norte de Masachussets. Mi nombre es raro, al menos en Estados Unidos, porque en Islandia estoy segura de que es de lo más corriente. Myrkur, por cierto, significa oscuridad. Tal vez fue una macabra broma de mi progenitor, porque, al parecer, fue quien se empeñó en llamarme así.

Oscuridad.

Supongo que todo tiene sentido.

Seguro que lo tenía para él.

Hasta la última pieza del puzle, al final, encaja.

Puede que no parezca creíble con estos antecedentes que acabo de relatar, pero debo reconocer que durante la primera parte de mi infancia fui tremendamente feliz. Era el ojito derecho de mi padre. Me adoraba. Compartíamos juegos y risas, me leía cuentos antes de dormir. Era quien me ayudaba con los deberes. Él se encargaba de llevarme al médico y de cuidarme cuando enfermaba. Para mí era una especie de superhéroe. Era el mejor padre del mundo. Cariñoso, atento, divertido.

Lo peor de todo es que una parte de mí todavía sigue creyéndolo.

Entonces descubrí que había asesinado brutalmente a diecinueve personas. Diecinueve. Si no le hubieran detenido, estoy segura de que

habrían sido muchas más. Mataba por placer. Sí, lo has leído bien. Disfrutaba haciéndolo. Torturaba a sus víctimas de forma despiadada, causándoles un sufrimiento insoportable. Y no mostró ni el menor arrepentimiento cuando le cazaron.

Fue en ese momento cuando descubrí que aquel ídolo que yo había construido en mi cabeza, no solo tenía los pies de barro, sino también las manos manchadas de sangre.

De litros de ella.

Capítulo 2
Secuestro



No lo ha visto venir. Cuando ha querido darse cuenta, una mano con un paño le tapaba la boca y la arrastraba a la parte trasera de una furgoneta. Apenas ha podido resistirse. Una pataleta casi sin fuerza. Lo último que ha visto antes de perder el conocimiento han sido unas esponjosas nubes que parecían de cuento suspendidas en el cielo azul más bonito que ha visto jamás.

Puede que no fuera el más bonito.

Pero intuía que sería el último.

La sensación de final hace que todo se amplifique.

El cloroformo la ha dejado fuera de juego. Resulta curioso que sea la sustancia química que haya elegido su captor. Al fin y al cabo, es una fórmula que ya no se usa como sedante, por su efecto retardado. Quizá esto nos dice mucho de quien lo usa.

Dos horas se borran de su vida. No puede saber hacia dónde se dirige. No percibe el traqueteo de la furgoneta, ni como la superficie dura del suelo de la misma golpea su cuerpo de forma inmisericorde. Su cuerpo ha sido lanzado como un fardo, como si no fuera un ser vivo.

Un trozo de carne, nada más.

La próxima vez que abra los ojos, se encontrará con una habitación totalmente ajena. El dolor de cabeza la golpeará fuerte, dejándole una sensación de mareo que durará más de lo que sería esperado, porque llorará con tanta intensidad cuando descubra la situación en la que se encuentra, que no hará más que empeorarlo.

La desesperación entrará en escena pronto. Intentará hacer lo clásico: gritar, pedir ayuda, golpear lo que tenga a mano, enfadarse, suplicar…

Su condición médica no hará otra cosa que agudizar la situación. Sabe que el estrés no le conviene, pero la razón suele irse a paseo cuando un miedo aterrador te inunda el torrente sanguíneo.

Capítulo 3
Myrkur



Cuando me preguntan por qué me convertí en policía, nunca sé qué responder. Todos piensan que lo hago para compensar el mal que hizo mi padre, para limpiar su reguero de sangre con mis buenas acciones.

Como si fuera un acto de redención subrogado.

No lo tengo claro.

Quisiera pensar que tienen razón.

A veces, creo que en realidad lo hago para mantener domado mi monstruo interior. Al fin y al cabo, llevo sus genes, como mínimo, en un cincuenta por ciento de mi ser. Nadie puede saber a ciencia cierta si no despertará algún día también en mí una necesidad imperiosa de matar. Al menos, si tengo que hacerlo, si me siento sedienta de sangre y mi naturaleza clama asesinar, que sea del lado de los buenos.

Y si no es así, les pondré en bandeja atraparme.

—Myrkur, te estoy hablando —me dice mi jefe. Se ve que lleva un rato diciéndome algo, pero me he perdido parte de lo que ha dicho.

—Sí, señor. Disculpe.

Tiendo a evadirme. No estoy segura de si me pasó desde siempre o es una consecuencia del infierno que atravesé después de que detuvieran a mi padre. He aprendido a aislarme de la crueldad de los demás. Suena un tanto irónico, lo sé. Al fin y al cabo, yo no soy la responsable de lo que él hizo, aunque haya gente que ha querido hacérmelo pagar.

Llevo muy poco tiempo trabajando para la policía. Soy muy joven. Veintitrés años. Apenas hace un mes que salí de la academia. Por mi aspecto, cuando la gente no me conoce, piensan que soy una muñeca frágil a la que hay que proteger y cuidar. Los prejuicios son así. Tontos, simples, llanos y dañinos.

Siempre me han dicho que tengo una cara angelical. Mi piel es blanca como la porcelana con unas mejillas ligeramente sonrosadas. Tengo el pelo rubio muy claro y los ojos de un azul cielo. Además, soy más bien pequeña, pues mido un metro y sesenta y un centímetros y estoy bastante delgada.

Mi padre también la tenía. Una cara angelical, digo. De no haber

roto un plato en su vida. Todos decían que siempre habían creído que era un hombre muy bondadoso. Para que luego digan que la cara es el espejo del alma.

¡Menudo cabrón! ¡Cómo les engañó a todos!

Su corazón nunca conoció la bondad.

Quizá deberían preguntárselo a sus víctimas.

—Te estaba contando que nos ha llegado un caso de desaparición y me gustaría que acompañases a Ben y a Michael a entrevistar a la familia. Así aprendes mientras haces trabajo de campo —me explica mi teniente.

Veo complicado eso de aprender algo con un par de imbéciles. Eso, como es obvio, no se lo digo.

—Por supuesto, señor. Gracias por la confianza —le respondo con condescendencia.

El jefe piensa que soy idiota. Me he dado cuenta desde que llegué. La primera vez que me vio, me miró de arriba abajo evaluando mi capacidad como agente del orden. Lo noto cada vez que me habla. Lo hace despacio y gesticula, como si yo fuera lerda. Me dan ganas de darle una patada en su grasiento culo y meterle la cabeza en el water.

Es un pedazo de inútil y se piensa que es alguien porque está al mando de este departamento de policía de un pueblo lleno de paletos.

Debo controlarme. Al fin y al cabo, soy casi una cría. Pero he aprendido demasiado a base de golpes. Y me he pasado tanto tiempo siendo analizada por psicólogos, psiquiatras, neurólogos y todo tipo de gurús de la neurociencia, que ya me conozco más trucos que ellos.

Supongo que no está de más. Me ha sido útil. Escucho con mucha atención cuando creo que tengo algo que aprender. Soy capaz de hacer el perfil psicológico de cualquiera que tenga delante. Incluso uno de aquellos mercachifles me dijo que tenía un don. Y todo porque le hice una radiografía bien clara de la mierda de vida que él tenía. No había que ser muy lista para saberlo.

Tengo la impresión de que ese don, en parte, lo heredé del monstruo.

Puede que no esté tan mal que tu padre sea un asesino.

Algunos incluso intuyo que me respetan por ello.

¿O quizá me temen?

Capítulo 4
HAbitación



Se despierta desorientada. Después de llorar sin consuelo al darse cuenta de que está encerrada, por fin reacciona. Debe intentar buscar una salida. Pero el miedo la paraliza. Es una emoción tan intensa y dominadora, que la posee a cuerpo entero.

La tiraniza.

La somete.

Sin embargo, tiene que hacer algo. Dar el primer paso no te lleva a la solución, pero te saca de donde estás, como se suele decir. Aunque en su caso, no parece que esa famosa frase pueda convertirse en realidad. Tiene pinta de que, en su situación, ese paso solo le servirá para darse cuenta de que no tiene escapatoria.

Vuelve a llorar. El dolor de cabeza es intenso, pero no es capaz de parar. Mueve la cabeza de un lado a otro, mientras repite “no, no, no” como una letanía. Su mente no lo asimila. Todavía no. Es pronto. Solo hace unas horas desde que la vida se la partió por la mitad, cuando alguien decidió que la quería para sus proyectos. No entiende por qué está ahí, en esa habitación lóbrega y desagradable.

Huele a humedad y a moho.

Hiede a aire viciado.

Atufa a sangre.

Apesta a podredumbre y orín.

Huele a un final que no va a poder esquivar.

Desprende un olor a muerte segura.

Hay un estrecho ventanuco que le indica que posiblemente se encuentra en algo parecido a un sótano o un semi sótano. Apenas entra luz por él. Ni siquiera puede calcular la hora aproximada.

Se encuentra bajo tierra.

Ese pensamiento hace que se estremezca de pies a cabeza.

Nota que un temblor se extiende por todo su cuerpo. Un sudor frío. No sabe si es debido al miedo o a su enfermedad. Tiene que procurar relajarse, aunque sea mínimamente. Sabe que alterarse no le viene bien, hace que se le disparen los niveles de azúcar en sangre. Y ahora cae en al cuenta de eso también, de que no lleva su insulina. La última

dosis se la puso hace dos días. Cuando la vida seguía tal como debía ser.

Cuando la vida no había entrado en un paréntesis cruel.

La próxima se la debe poner dentro de cinco.

Pero no sabe si dentro de cinco días seguirá viva.

Capítulo 5
Myrkur



Fui una niña muy alegre. Cuando miro fotos de mi infancia, hay momentos en los que me invade la nostalgia. Existe una línea divisoria clara que separa el antes del después. Hasta los doce años, salgo riéndome en todas. Era una niña muy feliz. Tenía una vida satisfactoria, con amigos, fiestas de cumpleaños y vacaciones en algún lugar agradable.

Tenía una vida.

Punto.

Después, con la llegada del tsunami, todo cambió, como si una ola gigante se hubiera tragado a nuestra familia. A partir de esa edad, una línea quebrada definía la realidad. En las escasas fotografías que tenemos en casa, parezco un espectro, una imagen distorsionada de la que un día fui. Creo que me olvidé incluso de sonreír.

Es posible que todavía hoy no haya recordado como se hace.

Perdí a todas mis amigas. Nadie en el colegio quería juntarse conmigo. Es normal. No les culpo. ¿Quién tendría el valor de invitar a dormir a su casa a la hija de un asesino en serie? Sería como meter al enemigo en casa, ¿no? Supongo que era lo que pensaban. En que yo ya no era una niña más, solo la hija de un monstruo que no conocía la compasión.

Al final, mi madre terminó por cambiarme de colegio. Y más tarde, nos mudamos de ciudad. Supongo que intentábamos empezar de cero. Pero de poco sirvió. El hedor era demasiado fuerte como para desprenderse de él así como así.

Un tufo como ese siempre te persigue.

Decidí que, a partir de entonces, lo convertiría en algo a mi favor. Y por ello, no quise cambiar mi apellido. No iba a renegar de él. Si me iban a rechazar, si iban a juzgarme de todos modos, sería mejor que fuera por algo.

—Oye, Myrkur.

Es el imbécil de Ben. Creo que tiene las neuronas justas para no mearse encima. A saber qué gilipollez está a punto de decirme. Veo cómo me mira por el espejo retrovisor mientras conduce, con esa

media sonrisa de suficiencia. El muy capullo ha intentado meterme mano alguna vez. Como vuelva a hacerlo, voy a sacar el lado más oscuro que tengo y le voy a meter un poco de miedo.

—Igual es mejor que nos dejes hablar a nosotros, ¿de acuerdo? Esto todavía te queda un poco grande.

No contesto. Me limito a mirar por la ventanilla. Trata de hacerme sentir insignificante, una aprendiz. Y no le falta razón. Lo soy. Hace tan poco que salí de la academia que parece que fue ayer. No me importa que me subestimen. Estoy acostumbrada. A veces, es una ventaja. Cuando el resto creen que eres corta de entendederas, puedes hacer muchas cosas sin que se den cuenta y, por supuesto, sin que sospechen de ti.

—Verás, esta familia acaba de perder a su bebé, ¿vale? Necesitan un poco de empatía y que sepan que estamos para ayudarles.

«Claro, yo no lo comprendo, puesto que soy un bloque de hielo. ¡Pedazo de gilipollas!».

—Menos mal que me lo has aclarado, porque pensaba que habíamos venido a intentar averiguar dónde está el crío y quién se lo ha llevado.

—Muy graciosa —dice con un tono neutro y aburrido. Un resumen de lo que es.

Neutro.

Aburrido.

Simple.

—No estaba haciendo ninguna broma.

Me mira con una cara que me hace dudar si sería capaz de ser violento conmigo. Sí, por supuesto que sí. Y disfrutaría con ello. No es la primera vez que se le pasa por la cabeza. He visto esa mirada antes.

En mi padre.

—En todo caso —dice ahora Michael, que va sentado en el asiento del copiloto—, vienes como apoyo y para que puedas empezar a aprender del trabajo de campo. Así que, ya sabes lo que se suele recomendar: ver, oír y callar.

Respondo con mi silencio. Para que vea que soy obediente y que he captado el mensaje. Si estos dos juntasen toda su masa encefálica, seguro que tenían menos que el cerebro de un bonobo. Y eso siendo generosa.

Aparcamos delante de la casa. Es una vivienda estilo victoriano bastante ostentosa. Tengo la sensación de que a esta familia le gusta aparentar, aunque aún es un poco pronto. No obstante, tienen un coche muy caro aparcado en el garaje, el cual tiene la puerta abierta. Es un vehículo que vale mucha pasta, pero también es bastante antiguo.

Las apariencias no engañan.

Las apariencias revelan secretos.

Entramos en la casa. Ben hace las presentaciones y se encarga de que sepan que no soy más que una novata. Estupendo. Puede estar tranquilo, les voy a dejar que hagan el ridículo. Como si no me hubiera dado cuenta hace mucho que solo una neurona les separa de estar en un zoológico.

Nada más entrar me doy cuenta de que en esa pareja hay algo raro. Pero no es momento de hablar. Voy a observar, y cuando llegue el momento y tenga todos los datos, entonces diré lo que tenga que decir.

¿He dicho ya que las apariencias no engañan?

Capítulo 6
Realidad



El momento en el que la dosis de realidad te viene encima es uno de los más dolorosos. Se parece al *bucket challenge* que se popularizó hace unos años, solo que en este caso el cubo lleno de agua helada te cae encima sin pedirlo ni mucho menos esperarlo.

Ahora es perfectamente consciente de que es difícil que salga de esa situación. Ya ha pasado la bruma mental del principio, ese no saber, esa neblina del pensamiento en la que todavía crees que tienes alguna esperanza de salir de allí. Al menos, de salir viva.

Pero eso no va a ser posible.

Ha visto la cara de su secuestrador.

Imagina lo que eso significa.

Fue justo antes de que la metiera en la parte de atrás de la furgoneta. ¿Cómo va a dejarla irse sin más? No, eso no va a suceder. Como en el libro de García Márquez, estamos ante la crónica de una muerte anunciada.

No entiende por qué está ahí. ¿Qué la ha llevado a esa situación? Busca en su memoria si le conocía de antes. Hace un esfuerzo porque sus facciones se definan en su mente para compararlas con los archivos de personas conocidas que guarda en su cabeza. No encuentra el vínculo. No le suena de nada.

Intenta repasar los últimos movimientos de ese día. Trata de rememorar qué fue lo último que hizo antes de que la realidad se fundiera a negro. Pero no puede. No es capaz de hallar la clave. No comprende qué ha hecho que la elijan a ella. No tiene dinero. No es una persona que pertenezca a una familiar con recursos.

¿Entonces?

Posee algo que ni siquiera puede imaginar.

Algo que solo tiene sentido en una mente perturbada.

Nota que se va poniendo cada vez más nerviosa y es incapaz de controlar cómo las palpitaciones de su corazón se hacen cada vez más intensas.

Respira.

Respira hondo.

Se lo repite como una letanía, casi como un mantra. Es lo que hacía con ella la enfermera en el hospital. La enseñaba a relajarse. Con su enfermedad, no es bueno alterarse. Cualquier estado de estrés puede provocarle consecuencias imprevistas.

Vuelve a intentarlo.

Respira.

Respira hondo.

Inhala y cuenta hasta cuatro.

Retén el aire durante dos segundos.

Exhala y cuenta hasta seis.

Pero nada sirve. Sus pensamientos atormentados, su terror alojado en su estómago, la bloquean y hacen que se sienta incapaz de salir de esa situación de extremo nerviosismo. No puede más.

La realidad la ha invadido de una forma aplastante.

No puede creer que se encuentre en esa situación.

Pero debe tratar de aceptarlo y buscar la forma de tranquilizarse.

Por su bien.

Capítulo 7
Myrkur



Mis compañeros no cesan de hacer preguntas rutinarias. Sé que parezco una soberbia y tal vez lo sea, pero empiezo a creer que les dieron la placa en una tómbola. Entiendo que es el protocolo, pero deberían haberse dado cuenta de que el padre no es trigo limpio. Algo sabe. No hace falta ser la más lista de la clase para percatarse de ello.

Le miro sin peder detalle. En realidad, observo a los dos, pero a él con mayor detenimiento. La mujer rechaza cualquier gesto de acercamiento que hace el hombre. Es de forma sutil, nada abiertamente, pero es fácil darse cuenta de ello. Ben acaba de preguntarles si se les ocurre quién podría haberse llevado a su hijo y el padre mueve los ojos hacia la ventana. Lo ha hecho ante distintas preguntas, de manera inconsciente y reiterada, lo que me hace sospechar cada vez más de él.

Algo esconde.

Ese movimiento de ojos es involuntario.

Nace de sus propios temores.

Poco después de todo esto, tengo que ahogar una exclamación cuando Michael les dice que les llamarán si descubren algo. No puede estar pasando.

No pueden ser tan inútiles.

La solución está delante de sus narices.

He intentado estar calladita como se me ha dicho, pero no voy a aguantar por mucho tiempo. No ante esta flagrante negligencia.

Salimos a la calle. La familia cierra la puerta y entonces lo pronuncio en voz alta. No me puedo contener. Me da igual lo que me digan.

—Ha sido el padre.

Soy contundente. No añado un “creo” o un “sospecho que”, porque estoy segura. Los dos se giran al unísono, como si fueran dos muñecos que formasen parte del mismo engranaje.

—¿Qué cojones dices? —me pregunta Ben, que siempre es así de correcto y utiliza un lenguaje culto y elevado—. Te debes pensar que todos los padres son unos sádicos violentos como el tuyo. No tienes

motivos para pensar que es él.

No ha tardado en soltarme la pulla. Menos mal que estoy acostumbrada. Me lo han dicho tantas veces que he llegado a pensar que es verdad.

Es broma.

Sé a ciencia cierta que es verdad.

Mi padre es un sádico de manual.

—En realidad sí que los tengo. Si os hubierais fijado en su lenguaje corporal, lo habrías adivinado enseguida, porque la realidad es que no sabe mentir. Sus pupilas estaban sumamente dilatadas por la excitación y los nervios. Miraba de forma inquieta de un lado para otro, pero especialmente hacia la ventana que da al jardín. Sobre todo, cuando le habéis hecho ciertas preguntas. No me extrañaría que hubiera enterrado o escondido ahí el cuerpo de su hijo. Tal vez suponía que no se nos ocurriría mirar ahí. Se frotaba las manos de manera nerviosa y no ha derramado ni una sola lágrima, a pesar de que ha intentado hacer pucheros delante de nosotros. Cuando trataba de abrazar a su mujer, esta se ponía rígida, así que me temo que ella también sospecha de él. Pero claro, soy la nueva. Seguro que vosotros, que sois los veteranos experimentados, os habréis dado cuenta igual que yo.

Tenía razón. La tengo. Estoy segura. Se miran entre ellos y, por algún motivo que no llego a entender, deciden confiar en lo que les digo, a pesar de que llevo allí apenas cuatro semanas.

Hacen lo correcto.

Menos mal. Igual todavía hay esperanza para ellos y no son un caso perdido.

El cuerpo del bebé está enterrado detrás de la jardinera donde crecen los pensamientos. Es irónico que sean precisamente esas flores. Seguramente, estaba esperando que pasaran algunos días para llevarlo a un lugar más seguro y apartado. O tal vez era tan osado como para dejarlo ahí hasta el fin de los días.

Mi padre puede que fuera un monstruo, pero me enseñó unas pocas cosas antes de que lo descubrieran.

Y este hombre era un principiante.

Capítulo 8
Te veo



Se encuentra sentada en un rincón. Abraza sus piernas con fuerza. Se abraza entera. Intenta reconfortarse, pero en su situación, eso es difícil. No sabe que alguien la observa. Es incapaz de detectarlo. Pero la realidad es que no está sola.

—Te veo —dice aquella voz que ella no puede escuchar. Suena siniestra. Grave. Profunda. Un poco rasgada.

La observa con detenimiento. Amplía la parte que le interesa. La cámara es de buena resolución. Se relame. Es perfecta.

No aguanta. No puede contener el anhelo. No puede esperar más. Da igual si resulta imprudente. Lo necesita. Va a verla. Quiere tocarla. Comprobar a poca distancia que lo que ha visto en la cámara es tal cual.

Baja despacio. Se para ante la puerta. Respira hondo. Siente como crece la excitación. Su mente anticipa lo que va a pasar. No hoy. No en este preciso instante. Pero pronto. Ahora solo será una toma de contacto.

Descorre el cerrojo. Resuena el eco. Es como un golpe. Seco. Metálico. Imagina lo que ella debe estar sintiendo.

Respira otra vez.

Nada logra parar su excitación.

Va a más.

Es incontrolable.

Abre la puerta. El sonido de goznes oxidados es como un grito en mitad de la oscuridad. Ella trata de alejarse lo más posible, en un vano intento, pues el espacio es limitado. Los barrotes metálicos de la cama chirrían. Vuelve a abrazarse las piernas. Se hace un ovillo. Con sus brazos aprieta más y más. Es un gesto casi involuntario. Es estúpido por inútil. No sirve de nada. No tiene forma de liberarse de su destino.

Él entra en la habitación. Se ha puesto un pasamontañas. En realidad, no sabe para qué. Tal vez porque forma parte de su ritual. Pero la chica le vio antes de meterla en la furgoneta. Esa joven no va a sobrevivir. ¿Qué sentido tiene ocultar su rostro?

Se acerca hasta ella. La mira muy de cerca. Oye su respiración. La

siente. La mujer ve dos ojos perdidos en los agujeros de la capucha. Hundidos en su oscuridad, como si la miraran desde las profundidades de la nada.

—No me hagas daño, por favor. No diré nada a la policía.

—Nooooooo —le contesta él, alargando la “o” de manera efectista.

Terrorífica.

Ahora agarra un mechón de su pelo. Es cobrizo. Rizado. Al tacto resulta sedoso. Le gusta esa sensación de suavidad. Tiene un cabello bonito. Lástima que no le sirva. No es eso lo que busca. No en ella.

Ahora le levanta la barbilla. Mira las pecas que salpican graciosamente su nariz. La chica tiembla. Llora. Él la estudia. Se da cuenta de que no va a luchar. La domina su miedo. La paraliza.

Es bonita. Le entran ganas de besarla. Se reprime.

Entonces, se levanta y se gira hacia la puerta. Sale por ella. Corre el cerrojo. Y la deja atemorizada y desvalida.

No entiende qué acaba de pasar.

Ni imagina lo que tiene planeado hacer con ella.

Capítulo 9
Myrkur



Cuando volvemos a comisaría, todo son felicitaciones. Ninguna para mí, por supuesto. Soy la nueva, ¿lo he dicho ya? La novata. La que no sabe nada. No van a cederme el mérito, aunque sea todo mío y hayan estado a punto de dejar escapar a un parricida. No me importa. Bueno, tal vez sí, pero no por que hieran mi ego, sino porque no se merecen ese reconocimiento. Son unos pésimos policías y se están llevando demasiadas palmaditas en la espalda. ¿Cuántos errores más van a cometer? ¿A cuántos asesinos van a dejar escapar?

—No has podido tener mejor estreno, Myrkur. Eres una joven afortunada —me dice el jefe con una sonrisa bobalicona. Trató de imitarle, pero mis músculos se niegan a ser súbditos de tal hipocresía —. Has podido presenciar en primera persona una resolución rápida de un caso. Aunque esto no es lo habitual, no te acostumbres. Lo normal son investigaciones largas y tediosas.

Le dedico una mirada de odio a Ben y a Michael.

¿En serio? ¿De verdad tengo que soportar esto?

Más vale que me acostumbre. La sociedad, a menudo, premia a los mediocres. Gracias a eso, a más policías del montón como estos, mi padre logró librarse durante tantos años. En otro momento hablaré de cómo le atraparon.

Casi parece increíble.

Ese día regreso bastante temprano a casa. Pido algo de comida china y me siento a cenar frente al televisor. Los astros parecen haberse alineado en mi contra, puesto que lo primero que aparece es la detención de la que he formado parte. Reprimo una arcada a duras penas cuando aparece el rostro de mis compañeros. Están haciendo unas declaraciones. Al final van a tratarlos como a héroes.

No importa.

Antes o después lograré que el mundo vea su ineptitud.

Debo templar mis ánimos. No estoy en posición de hacer nada. Solo debo observar. Aprender. Meter la cabeza. Ganarme la confianza del jefe. Disimular que no me importan una mierda sus vidas ni que me desprecien o me miren raro.

Todo llegará.

Son las prisas de los veintipocos años.

Lo sé, pero no es lo mismo saberlo que hacer algo con eso. El ser humano se mueve por impulsos.

Después de cenar, zapeo con el mando. Todavía no tengo pasta para pagarme una suscripción de canales de *streaming*. Tampoco es que los necesite, pero ayudan a matar el tiempo.

Me aburro. Normal que la llamen la caja tonta. El menú televisivo es para memos. Sandeces vomitadas en *prime time*.

Decido irme a dormir.

El día siguiente llega sin siquiera darme cuenta de lo rápido que se ha escapado la noche. Me espera un anodino día más. Ojalá pronto finalice mi fase de prácticas y me dejen hacer trabajo del de verdad.

Sin embargo, para cuando llego a la comisaría, me doy cuenta de que no es un día como otro cualquiera. Aguardan novedades. Parece que ha llegado alguien nuevo. Me da la sensación de que soy la última en enterarme. Da igual. Hay que ser positiva. Así que me decido a quedarme con las buenas noticias: dejaré de ser la novata.

Eso espero.

Tal vez ahora me asignen un compañero y al recién llegado lo manden a aprender con los dos ineptos.

Eso estaría pero que muy bien.

No hay nada malo en seguir soñando.

Capítulo 10
Brazos



Tiembla de pies a cabeza. Ya hace varios minutos que se ha ido, pero cualquiera diría que sigue allí, viendo su estado y como su presencia ha inundado la estancia. Siente sudores fríos por el cuerpo. Teme que su nivel de azúcar en sangre haya empezado a bajar. No debería. En condiciones normales, claro. Pero su situación se aleja mucho de lo que se considera normal.

Debe resistir hasta que la encuentren. Su diabetes estaba muy controlada. Con la inyección semanal de insulina estaba siendo más que suficiente gracias a la nueva fórmula. Pero es consciente de que todo lo que está viviendo, junto con la falta de alimento, va a acelerar mucho el proceso y es posible que en pocas horas hasta entre en coma.

Igual está exagerando.

Se está poniendo en lo peor.

Pensarlo solo hace que se ponga más nerviosa, justo lo contrario de lo que necesita. Recuerda que debe respirar. Se lo dijo muchas veces la enfermera.

—Carol, si te sientes nerviosa o alterada, solo respira. No necesitas nada más para frenar las primeras reacciones. A menudo, con eso basta.

La respiración tiene poderes que, en ocasiones, menospreciamos, quizá por ignorancia. O tal vez, porque no nos enseñaron algo tan básico y a la vez tan útil cuando éramos críos.

Inhala.

Sostiene unos segundos el aire.

Exhala y lo deja ir con suavidad.

Intenta concentrarse en algo tan sencillo y rutinario como la entrada y salida de aire. Trata de aislarse de todo lo demás, cerrando los ojos, no viendo la realidad.

Respira para tratar de lograr lo imposible.

En realidad, da igual.

Está a punto de morir asesinada.

Pasarán unas pocas horas de falsa calma.

Falsa y relativa.

Otra vez sonará el cerrojo.
Los goznes de la puerta.
Un frío de muerte se colará en la habitación tras su captor.
El ruido de una motosierra.
Va a hacerla pedacitos.
Solo necesita una parte de ella.
Su brazo izquierdo.
Lo demás será pasto de los animales.
Tierra soy y en tierra me convertiré.
¿O era polvo?

Capítulo 11
Myrkur



El novato no resulta serlo. Es un poli de treinta y tantos con más de quince años de carrera a sus espaldas. Tuvo que empezar muy joven. Al parecer, debido a las altas dosis de estrés que sufría en Nueva York, decidió trasladarse. Eso es lo que he podido pillar de conversaciones ajenas. Antes estuvo en Boston. Creo que he entendido que es de allí. Parece que lleva unas cuantas comisarías a sus espaldas. Ya veremos si es un capullo integral como la mayoría o un tipo con algo de cerebro con quien poder mantener una conversación.

Está hablando con el jefe. Es un hombre atractivo. Tiene un halo misterioso y una forma de mirar que me intriga. Está en buena forma. Lleva esa típica barba de varios días para que parezca que no se preocupa de su aspecto, pero es evidente que sí lo hace. Va vestido a la última, con unos pantalones bastante ajustados, eso ya es un claro indicativo de que su imagen es importante para él.

Me resulta interesante.

No es solo por su físico, que también, sino por el modo en el que habla con el jefe. Su lenguaje corporal es claro y directo. Parece seguro de sí mismo. Se muestra desenfadado. Tiene facilidad para sonreír. No sé por qué tengo la intuición de que el estrés no es el único motivo por el que ha terminado aquí.

Salen del despacho. Empieza la ronda de presentaciones. Intentaré forzar mi mejor sonrisa. Forzar no, mostrar mi mejor sonrisa.

Debe ser la costumbre.

O la falta de ella.

Le observo con detenimiento. Espero que no se de cuenta, porque parezco una acosadora siguiéndole con la mirada. Es necesario para estudiar sus gestos. Parece un tipo amigable, sonriente. Si tan jodido estaba para pedir el traslado, casi resulta algo impostado. Tendré que averiguar qué le pasó exactamente. Pero no voy a juzgarle. No todavía. Tal vez tenga suerte y él tampoco me juzgue a mí.

—Myrkur, te presento al detective Patrick Baker.

—Encantada —respondo sonriendo o algo que se le parece. Creo que no me ha quedado tan mal. Espero no tener agujetas después de

haber usado músculos faciales que habían caído en desuso.

—Igualmente —me dice con una expresión agradable que parece sincera—. Myrkur —murmura—, es un nombre… ¿curioso?

—¿Lo preguntas o lo afirmas? —le interrogo desconfiada.

—¿Lo afirmo? Sí, lo afirmo, sin duda. Es curioso. Creo que nunca lo había oído. Me gusta —me dice en un tono que me resulta seductor. Se nota que está acostumbrado a conquistar. Bien, pues yo no se lo voy a poner tan fácil.

Esa es la intención.

Mi cuerpo parece pensar otra cosa.

—Esta joven lleva todavía poco tiempo trabajando con nosotros, Patrick. Sacó unas notas excelentes durante su formación antes de incorporarse al trabajo activo.

Me mira.

Me está estudiando.

Le reconozco.

Reconozco ese algo que tenemos en común.

Nos parecemos.

Los dos escondemos secretos. Algo oscuro.

A los dos nos gusta conocer a la persona que tenemos enfrente.

Analizarla.

Diseccionarla.

No literalmente, claro. De forma metafórica.

—Me encantaría trabajar con ella —suelta sin más.

Acaba de dejarme sin palabras.

Y al jefe, sin duda, también.

—Patrick, creo que no me has entendido. Acaba de salir de la academia y lleva muy poco…

—Te he entendido perfectamente, Harry. Y si no tienes inconveniente, me gustaría trabajar con ella. Creo que será bueno para los dos. A mí para formatearme y dejar atrás toda la mierda que arrastro. A ella para trabajar con alguien con cierta experiencia. ¿A ti qué te parece, Myrkur? —me pregunta clavando sus ojos en los míos. Tiene una mirada misteriosa. Unos ojos de un color poco común.

—Creo que es una idea estupenda.

Casi me sorprende la rapidez con la que he respondido.

Pienso en el alivio que supone para mí no tener que aguantar a los inútiles de Ben y Michael y ya me parece que vale la pena.

Capítulo 12

Primeras piezas



Los ha guardado en el arcón. Se ha desecho de todo lo demás. Hasta del último trozo. La cabeza por un lado. Las manos por otro. Y luego el resto del cuerpo. Siempre es complicado, pero necesario. Respira hondo un segundo. Cierra los ojos. Lo revive. Esos momentos previos. El instante exacto.

Recuerda cuando ha entrado nuevamente en la habitación. El miedo inconfundible en la mirada de su presa. Tiene que ser duro ver entrar a tu captor con una motosierra en las manos.

La certeza de la muerte cae a plomo sobre ti.

—Respira hondo, porque esto te va a doler —le ha dicho al acercarse.

Y ella ha empezado a gritar histérica.

No le ha hecho caso.

Tampoco habría cambiado nada.

Ha durado apenas unos segundos.

Los que le ha supuesto separarle la cabeza del resto del cuerpo.

Abre los ojos. Observa el lugar. Los árboles le dan paz. Le gusta observar como el viento mece sus hojas. Nadie diría que son testigos de horrores que nadie quisiera creer posibles. Allí descansan ya los restos de varias mujeres. Todas han sido acariciadas por la afilada hoja dentada de su motosierra. Debe empezar a buscar un nuevo camposanto. Allí ya hay demasiadas.

Lo lamenta.

Para él es un sitio especial.

Toca volver a casa. Fingir que su vida es normal. Aguantar los desprecios de su mujer. Esa zorra manipuladora que le asfixia con su obsesión por el control.

Le hace sentir pequeño.

Insignificante.

Igual que hacía su madre.

Ella decía que todo lo hacía por amor.

Una madre narcisista es como llevar una soga al cuello.

El amor puede estar enfermo.

Mañana tiene que currar. Le espera un día largo. Debe descansar. El cortisol inunda ahora su torrente sanguíneo, pero sus niveles bajarán pronto. Piensa en los lloros del bebé que le espera en casa y le dan ganas de lanzarse a por su siguiente víctima. Es lo único que le proporciona un mínimo descanso.

No puede ser.

Hoy no.

Ahora no.

Lo sabe.

Todo llegará.

Hay que minimizar riesgos.

Ya tiene la primera pieza del nuevo rompecabezas.

Esta vez, por fin, completará su proyecto.

Sin interrupciones.

Sin errores.

Capítulo 13
Myrkur



No sé muy bien qué esperar, la verdad. Ha sido algo impulsivo, pero no me arrepiento. Era difícil resistirse. Era un ticket de salida. Ya habrá tiempo para conocerle. Vamos a ser compañeros. Bueno, sé que, por el momento, no va a ser una relación de igual a igual, aunque presiento que se parecerá bastante. No me ha dado la sensación de que sea alguien prepotente. Me supervisará, lo comprendo. Sigo siendo una aprendiz. Sigo estando en período de pruebas. Aun así, estoy segura de que podré hacer trabajo de campo de verdad.

—¡Eh, Myrkur! ¿Estarás contenta, no? —me pregunta Ben desde su mesa. Me alivia esa distancia de varios escritorios, como si fueran trincheras. No me apetece tenerle pegado como hace tantas veces.

Creo que le jode no tenerme subyugada por más tiempo.

Así es como me sentía con él y con Michael.

Subyugada.

Pero eso se acabó.

—No me quejo —respondo con evidente inapetencia. Quiero que quede claro que no me apetece nada hablar con él. Da igual. A pesar de todo, ahí viene. Se ha levantado y se acerca hasta donde estoy. A este tío le importan un bledo las indirectas. Veréis lo que tarda en pasarse por el arco del triunfo la distancia social.

—Bueno, ya veremos —dice entrecerrando los ojos—. No te fíes. He oído cosas feas del nuevo. Y tú eres demasiado tierna para él. Te convendría alguien más de tu edad.

Ahora casi me susurra al oído. He notado su aliento. Me repugna. Es evidente que Ben no entiende el concepto de distancia social. Me separo de él. Entonces me agarra la muñeca.

—Ten cuidado, preciosa. Eres muy joven para él.

Doy un tirón con mi brazo y logró soltarme.

—Sé cuidarme sola. Además, que yo sepa, lo único que vamos a hacer es trabajar. Y si decido follármelo, será problema mío —contesto desafiante.

Entonces se ríe. Es que no puede ser más idiota.

—Hay que ver con la mosquita muerta con cara de muñeca de

porcelana. Ya estás pensando en tirarte al nuevo y a mí no me dejas que me acerque a ti ni a diez metros.

—Me das asco, Ben. Ya deberías saberlo. Más vale que dejes de tener fantasías eróticas conmigo, porque no van a hacerse realidad.

—Ya veremos. Igual eres tú la que viene un día a mí.

Debo ser precavida. Cada vez lo veo más claro. Si se presenta la oportunidad, es capaz de hacerme cualquier cosa. Seguro que lo justificaría por ser hija de quien soy.

—¿Interrumpo algo? —pregunta Patrick. Nos lleva observando un rato. Lo he visto. Me he dado cuenta de que no perdía detalle.

No me gusta que vengan a sacarme las castañas del fuego. Me da mucha rabia. Llevo toda la vida haciéndolo por mí misma. Puedo yo sola perfectamente. No soy una pobre desvalida.

—Nada interesante —le respondo—. El cenutrio este ya se iba.

Ben me mira todavía durante unos segundos. No lo va a dejar estar. Nunca lo hace. Cuando ya está suficientemente lejos, me decido a decirle un par de cosas a mi nuevo compañero. Es importante ponerle en su sitio y dejarle las cosas claras desde el principio.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿Hacer qué? —pregunta contrariado y poniendo cara de inocente. A mí no me la da. Sabe a lo que me refiero. Esos ojos destilan inteligencia. Parece increíble lo que una mirada puede contar.

—Venir a salvarme como si no pudiera arreglármelas sola. No soy una persona frágil a la que hay que proteger. Más vale que te lo metas en la cabeza.

—No es lo que he hecho. Es evidente que eres de las que se vale por sí misma a la perfección. Me he acercado porque tenemos trabajo. Y tengo ganas de empezar. No soporto los prolegómenos en los que hay que saludar y conocer a todo el mundo.

—Has estado todo el rato observándome —insisto en mis argumentos.

—A ti no, a los dos. No veo qué tiene eso de malo. Somos polis. Es lo que hacemos, en cierto sentido, ¿no crees? Además, soy el nuevo. Me gusta descifrar el código oculto que se mueve entre los polis. Así no me pilla por sorpresa. No quiero esperar a que me lo cuenten.

Le miro pero no digo nada.

Ha dicho que tenemos trabajo.

Pues bien, va siendo hora de irse.

Capítulo 14
Fugaz



Ha sido visto y no visto. Estaba guardando la compra en el maletero. Era tarde. Demasiado. Apenas había coches en el parking. Ha parado una furgoneta oscura a su lado y ya no recuerda nada más. Cree que le ha dado un golpe en la cabeza. En realidad, está prácticamente segura, aunque no del todo. Tendría que comprobarlo. Le cuesta decidirse a hacerlo, pero finalmente levanta la mano y la lleva hasta ese punto. Le da miedo cerciorarse de que está en lo cierto. Como si lo que observa a su alrededor no fuera suficiente certeza y formara parte de otra realidad, no de la suya.

Las pruebas no mienten.

Hay sangre.

La mayor parte, casi seca.

Tiene un pegote en el pelo.

Eso explica el dolor de cabeza.

Cuando ha despertado, el shock era tan grande que no podía ni llorar. No se lo cree. Es como si estuviera presenciando una proyección en la que ella es la protagonista, pero no está realmente allí. Una película demasiado *gore* para su gusto. Ahora sí lo hace. Llora. Llora sin consuelo. Cuando siente y ve la sangre en su mano. La evidencia irrefutable. Es consciente de que su vida ha cambiado de manera fugaz. Un parpadeo. Apenas un segundo y el futuro ha desaparecido. Ahora es de un color muy negro.

Piensa en lo que había comprado. Se estará estropeando en el maletero. Es curioso que en un momento así sea en eso en lo que piensa. En algo superficial, casi frívolo. Es una forma de aferrarse a la esperanza. Transitar por pensamientos superfluos, cotidianos.

Su familia estará esperando que llegue. Estarían aguardando por ella para empezar a cenar. Imagina el desconcierto de su marido y sus hijos al ver que no regresa a casa. Las lágrimas corren por su rostro, continúan en esa carrera sin frenos que se ha iniciado poco antes. No comprende por qué ella. No encuentra explicación. No obstante, estas cosas, nunca la tienen. Al menos, no una justificada y racional. No una que una mente ordenada y sana podría comprender.

Cuando aminora ligeramente el llanto, observa el lugar en el que se encuentra. Está oscuro. Por un ventanuco estrecho y alargado se filtra lo que parece la luz de una farola. Eso le proporciona un mínimo de esperanza. Tal vez si grita, alguien pueda oírla.

Se levanta del suelo y se acerca lo más que puede hasta allí. Para ello, tiene que arrastrar la cama, lo que no es fácil porque pesa. Hay polvo en suspensión realzado por la luz indirecta que corta la noche. Entonces se da cuenta de que el ventanuco está más alto de lo que pensaba. Mira a su alrededor. Busca algún objeto que pueda servirle para auparse. No halla nada que le parezca mínimamente útil. La idea es absurda, porque no tendría forma de hacerlo debido a que está esposada y hay un impedimento que es pura física.

Se acerca igualmente y comienza a saltar y gritar. El brazo aferrado a la cama chilla de dolor y ella gime. Es una reacción previsible y por eso él sonríe mientras la observa. Su diente metálico emite un destello. Es debido a la reflectancia de la luz que pende sobre su cabeza. Le gusta hacerlo. Mirar qué hacen desde que llegan. Son como ratones enjaulados. Son tan previsibles, en el fondo. Cada una reacciona de una manera pero, en cierto sentido, todas hacen lo esperable.

Es consciente de que lo que hace va más allá de lo evidente.

Les anula la voluntad.

Las reduce a animales de laboratorio.

Capítulo 15
Myrkur



Vamos en el coche patrulla. Patrick viste de paisano. Yo todavía no tengo ese privilegio. Espero tenerlo algún día. Igual que el de conducir. No me gusta sentirme como un fardo al que trasladan de un lado a otro. Me gusta tener el control. Cualquier psicólogo de pacotilla diría que es lógico después de las experiencias vitales que he tenido que atravesar. La realidad es que nunca me gustó que nadie me manejara a su antojo, desde que era bien pequeña, mucho antes de que el castillo de naipes se viniera abajo.

—¿En qué piensas? —me dice Patrick, sacándome de mi ensimismamiento. No sé si lo pregunta por hablar de algo o porque realmente le importa.

—En nada que te interese.

Creo que mi respuesta ha sonado más cortante de lo que me hubiera gustado. A veces, me cuesta medir. Me sorprende que él no se lo tome a mal y continúe como si tal cosa.

—Bueno, teniendo en cuenta que nos acabamos de conocer, no sé cómo puedes realizar esa afirmación.

—A la gente nunca le interesa realmente lo que piensan los demás. Solo se preocupan de ellos mismos. Así que mejor no ser hipócritas —respondo.

—O sea que crees que soy hipócrita porque te pregunto qué está pasando por tu cabeza, ¿me equivoco? —argumenta, mientras me mira por el rabillo del ojo para no perder de vista la carretera.

—En realidad lo que quieres es llegar a un punto de la conversación en el que hablemos de mi padre. Es un clásico. Todos los polis hacéis lo mismo. Pregunta directamente y no des rodeos. Estoy acostumbrada.

—No tengo ni la menor idea de quién es tu padre, eso para empezar —me dice como si tal cosa. Me había caído bien, pero ya veo que no tiene problemas en insultar mi inteligencia.

Le miro con desconfianza. Le observo dirigir la vista indiferente a la carretera. O miente muy bien o me está diciendo la verdad. Me decanto por la primera opción.

—Para ser tan joven, pareces bastante huraña —suelta de sopetón. El cambio de tema de conversación me pilla a contrapié.

—No entiendo a qué viene ese comentario.

Es verdad. No lo entiendo. Además, me parece gratuito.

—No me sorprende, tienes razón. Supongo que estaba pensando en voz alta. Intentaré ser más cuidadoso la próxima vez —responde con una medio sonrisa que me desconcierta por completo.

¿Qué le pasa a este tío? Vale, acabo de conocerle, pero no puedo evitar que me sorprenda. Y que me intrigue también.

Me doy cuenta de que estamos llegando a la dirección que nos han dado. Al parecer ha ocurrido una pelea entre varios chicos jóvenes y uno ha sacado una navaja y ha herido a otro. Parece que la trifulca inicial ha pasado a mayores. No creo que sea un caso demasiado complicado, aunque sí incómodo. Pero, al menos, es un caso. Mi estreno oficial como policía en toda su extensión. Algo así como montar en bici sin *ruedines*.

Por fin.

Capítulo 16
Impaciencia



Tal y como ya le pasó en su momento, siente otra vez esa impaciencia creciente que no le deja pensar. En su cabeza se dibujan con nitidez las imágenes de su presa, cual ratoncillo en un laberinto del que no sabe salir. Le cuesta mucho concentrarse en su trabajo, a pesar de que sabe que una adecuada atención es imprescindible. De lo contrario, puede cometer errores graves y no le conviene. Eso podría terminar en un juicio por negligencia, algo que le pondría en el disparadero. Necesita tener un perfil bajo de notoriedad.

Sabe que debe dejar pasar el tiempo, que no puede acelerar las cosas. Es preciso asegurarse de que todo sale a pedir de boca. Solo la perfección le vale. En este caso, debe tener especial cuidado. Vio las sillas de los niños en el coche. Hay una familia que la espera. Hay un marido que dará la alerta.

Por otro lado, no puede llegar tan tarde a casa otra vez. La bruja desconfía. En más de una ocasión le ha acusado de tener una aventura, pese a que ya debería saber que eso es prácticamente imposible. Sobre todo teniendo en cuenta sus problemas. No obstante, no puede negar que en cierta medida tiene razón. Al fin y al cabo, cuando no está con ella después del trabajo es porque está con otras mujeres.

Se sube al coche y, en el último momento, decide virar y dirigirse a observarla. El impulso le domina. Ha tomado el control. No puede postergarlo. Tampoco quiere hacerlo. Solo necesita unos pocos minutos. Sabe que es seguro y que no le va a ver. Tampoco sería importante que lo hiciera. Está sentenciada.

Cuando llega, todo está en absoluto silencio. Ha entrado ya en la fase de desesperanza y rendición. Esta lo ha hecho pronto. Intuye que es una mujer bastante sumisa. Y ese pensamiento le altera, al ver reflejada su propia situación en esa palabra.

Se excita cuando mira el monitor.

Tal vez debería darle algo de comer. Lo reflexiona por unos instantes y decide que solo le dará agua. Necesita que la piel esté bien hidratada para su proyecto, para que las piezas encajen bien y no se

vean putrefactas. Para que tengan un adecuado color.

Va a bajar.

No se puede reprimir.

Toma una botella de agua.

Coge el pasamontañas y se lo pone otra vez. No lo hace para ocultarse. Es más bien un ritual. Una puesta en escena. Le parece que así el mensaje es claro e inequívoco.

“Yo soy el cazador y tú eres mi presa”.

Cuando está frente a la puerta, necesita respirar un momento. Su nivel de excitación es demencial. Siente que puede correrse solo de pensar en lo que le hará pronto. Muy pronto. Lo visualiza en su cabeza y ve la dualidad que coexiste dentro de él. Verdugo y salvador. Dos polaridades dentro de una misma mente. Ángel y demonio.

Ahora es un demonio.

Respira una vez más.

Despeja su mente.

Abre la puerta y deja que el infierno le acompañe.

Capítulo 17
Myrkur



Llevo un par de semanas trabajando con Patrick. Debo reconocer que es agradable. Me siento mucho más relajada a su lado. Por fin tengo la impresión de que no debo estar siempre en alerta ni a la defensiva por lo que me pueda decir o hacer.

Me gusta trabajar a su lado. Me enseña trucos y lo que es el trabajo policial de verdad. Antes de ir a Nueva York estuvo trabajando con la policía de Boston. Tiene tablas, se le nota. Es un tío curtido en mil batallas. Es duro, pero a la vez tiene un lado tierno. Es amigable y se lleva bien con todo el mundo.

Por eso me intriga tanto su traslado.

Todavía no he indagado acerca de sus verdaderos motivos para venir a este pueblo de Masachussets en el que realmente no se le ha perdido nada. Mi madre y yo llegamos huyendo de algo imposible, como cuando intentas esconderte de tu propia sombra. Solo lo consigues en la oscuridad más absoluta. Llegó un momento en el que nos cansamos de mudarnos. Había que afrontar la realidad. Nuestra realidad, tan diferente de la del resto.

Yo puedo contar una parte de la historia, una dura y correosa, pero la que más ha tenido que soportar es mi madre. Ya ha perdido la cuenta de las veces que le han preguntado cómo no se dio cuenta de que convivía con un monstruo.

Al principio, trataba de explicarse, como si eso la exonerara de algo. Llegó un momento en el que ni se molestó. La gente no quiere entender que, al igual que una moneda, mi padre también tenía dos caras y las dos muy diferentes. Era amoroso con mi madre y muy detallista. Era un hombre que tenía un gran sentido del humor y era divertido. Era extrovertido y con unas habilidades sociales fuera de serie. Provenía de una familia de bien en la que no había evidencia de casos similares.

Pero la otra cara de la moneda…

La otra cara de la moneda nos resulta imposible de reconocer. Nos da la sensación de que nos hablan de otro hombre, del que se llevó a diecinueve personas a las que torturó hasta la muerte. Del sádico que

disfrutaba matando. Del diablo que tenía sus manos manchadas de sangre.

A ese nos cuesta reconocerle.

Mi madre ha ido varias veces a verle a la cárcel. Cada una de ellas, ha regresado destrozada anímicamente. Creo que sigue enamorada de él y eso se convierte en una lucha interior a vida o muerte, porque no se perdona poder amar a un asesino tan despiadado como él. Supongo que le hace pensar que hay algo roto dentro de ella.

Yo creo que fui una sola vez.

Siempre pregunta por mí.

Mi madre le pone excusas.

No obstante, mi padre es un hombre tremendamente inteligente y sé que es consciente de que no quiero ir, de que no le perdono el engaño y que detesto ser su hija por lo que ha supuesto para mí.

—Otra vez estás con esa cara —me dice Patrick, interrumpiendo así mi línea de pensamiento. Puede parecer irónico, pero siento que se ha convertido en una línea quebrada.

—¿Qué cara? —le pregunto. Si no me da más pistas, no puedo saber a qué se refiere. Si se explica, igual puedo aprender a disimular mejor.

—La de estar pensando en algo importante y serio. Algo que parece que es evidente que te preocupa —comenta con el ceño levemente fruncido.

—No, estoy bien.

—Myrkur, no mientas. Se te dibuja una línea muy peculiar en la frente. Puede que tú no lo creas, pero tu rostro es tan expresivo que es fácil leer lo que pasa por tu mente.

Espero que no sea verdad, porque por mi cabeza se han pasado pensamientos impuros con él en muchas ocasiones. Entiendo que, atendiendo a los prejuicios sociales, se puede considerar que es demasiado mayor para mí, pero nadie me había atraído tanto hasta ahora. Sé que soy joven, pero no significa que me chupe el dedo.

Tal vez lo que más me atrae de él es que no me juzga. Me tiene en cuenta por quien soy, no por mi ascendencia paterno filial.

Y también que tiene un polvazo, no voy a mentir.

Espero que no haya leído en mi mente ahora.

O quizás sea mejor que sí y nos ahorramos los disimulos.

—Bueno, da igual. No tienes que contármelo. ¿Qué te parece si salimos a comer algo antes de ponernos con los informes pendientes? Supongo que el papeleo me da hambre.

A mí me da hambre de otra cosa.

Pero eso no se lo voy a decir.

Por lo menos, no de momento.

Capítulo 18
Cortar



Han pasado varios días. Ha llegado a ese punto en el que ya casi no puede dormir. Sabe que no está bien. Sabe que algo falla en su interior. Un defecto congénito. O tal vez es más bien epigenético, fruto de su desarrollo y la influencia de sus experiencias vitales. Eso ahora da igual. Lo que cuenta es que es un impulso más fuerte que él y que no puede controlar.

Tampoco quiere hacerlo.

Lleva un tiempo observando el monitor. Se toca. Se excita y deleita observando esa cautividad rendida, abandonada y dócil. Le produce una sensación indescriptible, casi orgásmica.

Le ha dado algo de alimento y agua. Cada vez que ha abierto la puerta ha sentido el impulso casi incontrolable de matarla. Como una necesidad fisiológica ineludible. Pero ha sabido esperar a que los días pasaran y la intensidad de su búsqueda disminuyera. Por suerte para él, no parece que la policía de la zona tenga mucha experiencia en desapariciones. Mantienen la investigación abierta pero le da la impresión que es más en apariencia que otra cosa. El departamento de policía de la zona no está acostumbrado a casos de gran envergadura. Cuenta con esa ventaja. No obstante, eso no significa que sean una panda de inútiles. Mejor andarse con todas las precauciones posibles.

Ahí está otra vez. Se pone el pasamontañas. Coge la motosierra. Desciende la escalera. Respira antes de entrar. Trata de equilibrarse en cierto sentido. Será rápido. Necesita guardar una nueva pieza en el arcón. Cuando las tenga todas, podrá empezar a coserlas y ensamblarlas. Pero queda todavía mucho para eso.

Capítulo 19
Myrkur



Me ha dado la sensación de que había algo de revuelo hoy cuando he llegado a la comisaría. Supongo que, antes o después, nos enteraremos. Y digo “nos”, porque no hace falta ser demasiado listos para ver como nos marginan, en cierta medida, a Patrick y a mí.

Nos toca cubrir los casos más absurdos y tontos. Es un claro ejemplo de pérdida de recursos, pues no me cabe duda de que Patrick es el mejor policía del departamento. El más experimentado, además.

Y no es eso lo peor, sino el hecho de que Ben y Michael se creen que están a otro nivel. Tienen motivos para ello, pues es a los que suelen asignarles los expedientes más complejos últimamente. Por suerte, aquí no suele ocurrir nada de demasiada enjundia, así que un mono también podría resolver las investigaciones.

A pesar de mi juventud, me doy cuenta de que vivimos en la era del reino de los mediocres. No hace falta haber vivido medio siglo para reconocer un hecho tan palpable. Patrick es un gran policía, con instinto y con un saber hacer innegable. Sin embargo, es relegado a un segundo plano porque decidió ser mi compañero y sacarme del fango en el que habrían estado encantados de hundirme.

Por suerte para él, no da la sensación de que le importe en demasía. Es como una forma de defenderse contra la estupidez humana. Mostrar indiferencia.

Y justo cuando pasa esta idea por mi mente me parece ver que Patrick está teniendo algo parecido a una discusión con Ben. En buenos términos, puesto que es un hombre por lo general bastante correcto, pero aun así, no deja de ser una discusión. Estoy muy intrigada. No voy a quedarme al margen. Tengo que saber qué se traen entre manos.

Según me acerco, empiezo a entender de qué va la cosa.

—No puedes dejarlo estar, Ben. Puede haberle pasado algo. Me dan igual tus intuiciones y tu instinto. Tienes que investigarlo, aunque sea mínimamente. Y cuando tengas la certeza de que no ha pasado nada, entonces lo dejas.

Patrick suena frustrado.

—No digas tonterías. ¿Una mujer con cuatro hijos y que, según los vecinos, tenía discusiones bastante frecuentes con su marido? Creo que es evidente que se ha dado el piro. Y no me extraña. Seguro que tenía sus motivos. Yo habría salido corriendo hace tiempo —bromea, como si la frivolidad que acaba de soltar tuviera alguna gracia. Por supuesto, Michael que está sentado en la mesa cerca de él le ríe la tontería que acaba de soltar.

—No puedes estar hablando en serio —se indigna Patrick—. Ha dejado el maletero de su coche cargado con la compra. ¿No te parece una señal evidente de que alguien se la debe haber llevado?

—Podría ser una forma de simularlo, de hacernos creer que no se ha ido, que se la han llevado. Y así, mientras tanto, está viajando a la otra punta del país.

—De verdad, me niego a creer que estés hablando en serio. Esto es una negligencia de manual. Si no hacéis algo, voy a ponerlo en conocimiento de quien sea. No voy a permitirlo.

Y ahí sale su vena de adalid de las causas perdidas. Es como si acabase de descubrir que está rodeado de ineptos. Sea como sea, parece que hace un mínimo de efecto en el *homo erectus*. Ni siquiera se merece el calificativo de *homo habilis*. Eso sería muy evolucionado para Ben.

En realidad solo trataba de ser sarcástica, puesto que ya sé que el *homo erectus* es posterior, pero es que a Ben le presupongo como única habilidad la de mantenerse recto sobre dos piernas. Todo lo demás es como predicar en el desierto.

—De todos modos, no he dicho que no vayamos a investigarlo, sino que no es una prioridad en este momento. Hay otros casos. Y la tía estaba deprimida —se defiende Míster encefalograma plano.

—Con más razón para tratar de averiguar qué le ha sucedido —insiste Patrick.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, ya que no termino de enterarme de qué va la vaina. Necesito más contexto.

—La que faltaba —resopla Ben.

—Nada que te incumba, novata —dice Michael, contribuyendo a ningunearme. Debe ser el deporte favorito de estos dos.

—Pasa que se han denunciado las desapariciones de tres mujeres en los últimos dos meses, pero parece que no hay motivos suficientes para investigarlo. Y sobre todo, no creen que sea suficientemente importante— La forma en la que me lo dice evidencia el grado de cabreo que arrastra.

—Es más habitual de lo que crees que las mujeres abandonen a sus maridos —se defiende Ben. Se debe pensar que en los últimos diez años Patrick se ha dedicado a la venta por teléfono y no a trabajar como policía.

Y ya no aguanto más.

—Como ves, estamos en mínimos históricos en esta comisaría en cuanto a nivel de inteligencia —respondo ante ese comentario tan estúpido. Entonces me doy cuenta de que Patrick me echa una mirada reprobatoria y no entiendo por qué motivo. Estoy de su parte. Además, razones no me faltan para lo que he dicho.

—Claro, es verdad. Se me había olvidado que teníamos entre nosotros a la brillante hija del asesino en serie. El puto "Devorador de Corazones".

Y ahí me doy cuenta de que Patrick ya estaba al corriente. Claro que conocía quién es mi progenitor. Su gesto le delata. ¡Qué estúpida he sido! No hay nada peor que querer tragarse un engaño. Me mintió la primera vez que lo mencionamos. Él ya lo sabía, claro que sí.

¿En qué más cosas me habrá mentido?

Capítulo 20
Fácil



Su siguiente objetivo es una turista que viaja sola. Esto facilitará las cosas, puesto que le permitirá no ser tan comedido ni aguardar tanto tiempo. Tardarán en echarla de menos. Eso es una ventaja. Incluso no necesitará esperar tanto tiempo para ir a por la siguiente. Todo dependerá de su capacidad de gestionar sus impulsos. Sin embargo, es consciente de que es como un fuego al que se alimenta con más gasolina. Controlarlo es cada vez más difícil y la urgencia es mayor.

Su elección de las víctimas no es demasiado exigente. Busca unas características físicas que guarden cierto parecido con la imagen que tiene en mente. Algunas son tan perfectas, tan iguales, que está tentado de quedarse con ellas al completo. Pero sabe que eso solo traerá errores y reproducirá el problema.

Su proyecto no puede tener taras.

La ha capturado con mucha facilidad. Está cogiendo confianza. Cada vez le resulta más sencillo. Debe ser la práctica. Ya apenas siente nervios. Es casi algo rutinario.

A veces, le ha resultado útil usar cloroformo. Le gusta esa connotación que tiene para él. Es algo casi romántico. Sin embargo, reconoce los problemas del efecto retardado que tiene esa sustancia, de esos dos minutos largos en los que ellas se dan cuenta de que algo pasa, patalean y tratan de soltarse. Es un riesgo que corre y sabe que es innecesario. Podría acabar con algún golpe que no pudiera justificar. Es consciente, pero no siempre lo más práctico es lo mejor. Y disfruta con esos momentos de lucha en los que él termina por dominarlas.

El cloroformo, además, le gusta por su sencillez así como por ese aura de clasicismo, como si utilizara una sustancia que perfectamente podría haber usado Jack el Destripador en su día.

En otras ocasiones, simplemente les da un golpe certero en la cabeza que las hace perder el sentido de manera rápida y eficaz. La furgoneta es un buen parapeto. Es anodina. De un color gris que no llama la atención. No tiene rótulos de ningún tipo, ni marcas, ni

rayones. Nada. Además, toma la precaución de cambiarle las matrículas cada cierto tiempo.

Después la guarda en un sitio alejado de su lugar de residencia, donde nadie pueda asociarla con él. Utiliza uno de esos trasteros que se alquilan de manera anónima por una módica cantidad mensual que siempre paga en efectivo. Ni siquiera tiene que dar su nombre.

Es un hombre metódico que no suele cometer errores. Calcula bien cada paso que da. Por eso se sorprende a sí mismo cuando nota que la excitación que le provocan sus presas le lleva a un punto en el que siente que puede perder el control.

Es un deseo explosivo y urgente.

Es un anhelo.

Es una necesidad que debe cubrirse de manera imperiosa.

La última chica todavía no ha despertado. Teme que se haya excedido al golpearla. No obstante, está seguro de que la última vez que lo comprobó, aún respiraba. Tal vez tenga una conmoción cerebral. Si no despierta, eso le arruinaría parte del espectáculo. Adiós a la diversión, a la sensación de poder que le da el sometimiento de otro ser humano.

Los papeles invertidos.

No ser él quien está sometido.

Tomar el mando, aunque sea de manera efímera

Capítulo 21
Myrkur



Estoy cabreada. No puedo evitarlo. Me jode que me tomen por idiota. No lo soy. Y es justo lo que ha hecho Patrick. Tratarme como si fuera una imbécil que no se entera de nada. Bueno, igual estoy exagerando, pero es que este tema me toca mucho los huevos.

—Myrkur, ¿dónde vas? —me pregunta cuando me ve alejarme de muy mal humor.

Sé que me va a seguir. No voy a parar de andar hasta que lleguemos a un lugar en el que pueda tener alguna ventaja. Es lo que quiero. Que me siga. Arrinconarle y decirle cuatro cosas. Esto no va a quedar así.

—Myrkur, espera.

La gente es tan previsible que no me sorprende que algunos puedan manipularnos con tanta facilidad. Reaccionamos en función de lo que se espera de nosotros. Somos unos corderos acudiendo mansamente al matadero. Somos pensamiento naíf en estado puro.

Llevamos tan solo unas pocas semanas trabajando y, a pesar de que me ha costado descifrar ciertas cosas de él, al final he llegado a conocer a mi compañero como la palma de mi mano. Por eso no tenía la menor duda de que iba a venir detras de mí. Él sabe que lo sé.

—¡Myrkur! —vuelve a insistir. Me pisa los talones.

Ahora que estamos suficientemente lejos de los demás, ahora que sé que no pueden oírnos, es cuando me giro. Quiero que perciba el hielo que hay en mis ojos.

Se me queda mirando. Está serio. No va a decir nada. No se va a delatar sin más. Está esperando a que yo dé el primer paso. Es listo y me lleva años de ventaja jugando a este mismo juego.

Tú ganas, Patrick.

Pero solo por esta vez.

—¿Por qué me mentiste?

—No te mentí exactamente —se defiende de forma patética.

—Sí que lo hiciste, capullo. Por eso querías trabajar conmigo. No sé cómo lograste engañarme. Debería haberlo visto venir.

—No te he preguntado nunca por él.

—No. Todavía no. Pero lo ibas a hacer. Tal vez más adelante. Quizás esperabas que fuera yo la que sacase el tema. O puede que solo quisieras estudiarme y sacar tus propias conclusiones. Myrkur, la cobaya. Eso soy para ti.

—Estás siendo muy injusta conmigo.

—¿Eso crees? Entonces, ¿no estás interesado en saber cosas de mi padre?

Suspira. Claro que quiere saberlo. Es como todos.

¡Mierda! No volveré a confiar en nadie más. Al final, siempre me la llevo. Y eso que creía que había aprendido algo en los últimos años a base de llevarme palos sin la más mínima compasión.

—¿Qué policía no querría? Dime, ¿eh? ¿Quién no querría entender un poco más del hombre que mató a diecinueve personas y se comió su corazón?

Siento que me quiebro. Una grieta se abre en mi interior. Sé lo que hizo. Soy muy consciente de su maldad. De su sadismo. De su crueldad extrema. Pero no puedo evitar estremecerme cada vez que alguien lo pronuncia en voz alta.

Mi padre torturaba a sus víctimas durante días y luego se comía su corazón. Después volvía a casa y me arropaba antes de dormir.

Necesito irme.

Tengo que salir de aquí.

Capítulo 22
Despierta



Sigue inconsciente. Eso no entraba en sus planes. Eso, más bien, lo estropea todo. Tiene que hacer algo para sacarla de ese estado de letargo. Hará que inhale alguna sustancia estimulante. Piensa en el modafinilo. Es lo primero que le viene a la mente. Pero no está seguro de que haya alguna solución inhalable. ¡Debería saberlo, maldita sea! Da igual. No pasa nada. No va a castigarse por eso. Puede solucionarlo. Lo investigará. Sería lo ideal. Que ella no tuviera que hacer nada más.

Solo respirar.

Entonces recuerda que esa sustancia se usa también junto con dispositivos respiratorios u otros tratamientos para prevenir la somnolencia excesiva causada por la apnea obstructiva del sueño o el síndrome de hipopnea. Bingo. Sospecha que eso le servirá para estimular el tallo cerebral. Debe intentarlo. Por probar no pierde nada. Si no le sirve, la desechará e irá a por la siguiente. Sería una lástima, porque esta es casi perfecta. En realidad, no es consciente de que todas sus víctimas se lo parecen.

Rebusca entre todos los objetos que guarda en ese lugar. Debe haber algo. A pesar de que usa medios burdos, también tiene otro tipo de instrumental por si lo necesita. Poco a poco ha ido sustrayendo todo lo que podía requerir. Lleva mucho tiempo haciéndolo. Antes incluso de que su proyecto tomara forma. Algo dentro de él había empezado a pensar en una empresa de la que todavía no era consciente su corteza cerebral.

Lo encuentra. Una mascarilla de oxígeno con reservorio. Ni siquiera recuerda habérselo llevado allí. Tuvo que ser al principio, cuando hizo sus primeros pinitos. Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Ahora queda conseguir lo demás. Hacerse con el modafinilo no es complicado. Es un fármaco indicado para tratar la narcolepsia. Está disponible en cualquier farmacia.

Tiene que salir. Volver con lo necesario. Pero no puede reprimir la tentación de bajar y acercarse a ella. Se pone, como ya es habitual, el pasamontañas. Por si acaso. Sabe que es improbable que despierte,

pero nunca se sabe. En realidad, no es consciente de la motivación que se esconde detrás de ese ritual. No importa que le vean la cara. Ya están muertas desde que las mete en la furgoneta.

Pero hay algo más.

Algo relacionado con su aspecto.

Sus inseguridades personales.

El miedo al rechazo y a que le ridiculicen.

Sabe que si se burlan de él, las destrozará salvajemente.

Las golpeará hasta que le sangren los nudillos.

Nada podrá detenerlo.

Han sido demasiados años de humillación.

Y no es esa la empresa que tiene en mente.

Su objetivo es más elevado.

Al menos, a sus ojos.

Capítulo 23
Myrkur



No sé por qué me molesta tanto. Yo era una niña cuando descubrí toda la verdad. Han pasado diez años. Once, en realidad. Tiempo suficiente para asimilarlo. Tiempo suficiente para que me resbale. Y a pesar de ello, sigo sintiéndome como un ratón de laboratorio al que todos quieren estudiar.

Supongo que ahora lo que me duele tanto es el engaño. Escuece como cuando te echan sal en una herida. La mentira me hace arder. O quizá se deba al hecho de que ha conseguido que le creyera. Soy buena leyendo a los demás, pero Patrick ha logrado despistarme. Voy a tener que reestudiarle, analizarle de nuevo por si hay algo más que ha conseguido esconder delante de mis narices.

Lo peor de todo es que le había cogido cariño.

Debo reconocerle una cosa. Es paciente. Otros no habrían esperado semanas para preguntarme. Técnicamente, todavía no lo ha hecho, sino que simplemente le he pillado en un renuncio.

Sé que no puedo largarme sin más. Si lo hago, les daré una excusa para amonestarme. Pero sí necesito de unos minutos de soledad antes de regresar ahí dentro con esa manada de lobos. Eso es lo que son. Lo sé. Mi madre y yo lo vivimos en nuestras propias carnes. Supongo que por eso ella no comprendía mis motivaciones para ser policía. Nos trataron como si fuéramos basura, peor que a un felpudo al que se puede pisotear.

Me colgaré una vez más mi máscara de indiferencia y les demostraré que no pueden hacerme daño. Especialmente a Patrick, por traidor, aunque en realidad sí que me duela.

«Respira», me digo a mí misma, recordando el mantra que me solía repetir y que me servía para alejar el sufrimiento. Hacía mucho que no lo usaba. Pero ahora mi corazón late a un ritmo que no es habitual.

«Respira»

Hago una profunda inhalación con los ojos cerrados. El mundo a mi alrededor desaparece. Estoy en medio de una inmensa nada, en un vacío artificial que mi mente ha creado para rescatarme.

«Respira»

Estoy preparada para volver ahí dentro.
Estoy lista para enfrentar sus miradas.
No me dan miedo sus dientes afilados.
No temo a su crueldad.
No me van a lograr perturbar.
Respira.

Capítulo 24
La bruja



No regresa ese mismo día. Es inviable. Ya es tarde. Su mujer sospecharía algo. La bruja. Se abandona por un instante a ese pensamiento. Se da cuenta de que vive en una cárcel. Ella simboliza los barrotes. Ella es su prisión. Sus menosprecios. Sus vejaciones. Su forma de disfrutar haciéndole sentir menos que nada.

Sin embargo, por algún motivo, no se atreve a dejarla.

Tal vez, en parte, por eso hace lo que hace.

Nada más entrar en casa empieza a gritarle. Él se disculpa, a pesar de que no sabe muy bien por qué. Por supuesto, no tiene ni la más remota idea de que ha provocado aquel enfado. Debido a los gritos, el bebé ha empezado a llorar tan fuerte que siente cierto dolor en los oídos. Ese puñetero enano llorón y dependiente. Su mente entra en estado de ebullición. Es como una pesadilla que crece sin parar, que se llena de focos que se incendian y provocan que arda su cabeza.

El ambiente tenso no se disuelve hasta que se van a la cama. Apagan la luz y se imagina estrangulándola. Lo que sentiría al poner las manos alrededor de su cuello y apretar hasta que fuera incapaz de introducir en su garganta ni una molécula de oxígeno.

—Respira —le diría, de forma irónica—. No puedes, ¿verdad? Voy a matarte con mis propias manos.

Imagina la expresión de sus ojos y se excita hasta el punto de que casi se corre. Pero no puede hacerlo. No puede matarla. Por varios motivos. El primero es que le tiene cierto miedo. Es irracional. Lo sabe. Es lo que hay. Le domina. Le tiene sometido. Es como si fuera su dueña.

El segundo motivo es que le pillarían con demasiada facilidad. El marido suele ser el principal sospechoso. Solo tendrían que rascar un poco la superficie para descubrir toda la mierda que hay debajo. No tardarían en averiguar que había sido él.

Cierra los ojos. Una noche más, apenas puede dormir. Por un lado, sabe que es el puñetero estrés y los altos niveles de cortisol que circulan por su torrente sanguíneo. Pero también es la excitación, las ganas de volver a su refugio y seguir adelante con su plan. Satisfacer

esa necesidad. Ya tiene todo lo imprescindible. No obstante, espera que para cuando vaya, ella ya esté despierta.

Si no es así, será mala señal.

Tendrá que tomar una decisión.

Y toda decisión conlleva consecuencias.

Capítulo 25
Myrkur



Regreso y siento las miradas clavarse en mí. Son tan intensas que casi las percibo físicamente. Pero la capa de indiferencia que ahora mismo me recubre hace que me importen una mierda.

Enseguida se acerca a mí Patrick. Pone cara de cordero degollado. Detesto que la gente trate de camelarme así. Seguro que a él le funciona. Es un hombre muy atractivo y estará acostumbrado a que las mujeres se rindan a sus encantos sin más. Pero yo no soy como las demás. Mi caparazón es de acero puro.

—Myrkur, lo siento, de verdad. No era mi intención herirte. Nunca lo ha sido —se disculpa.

Le miro.

No se me ocurre qué contestarle.

El silencio es una respuesta absoluta en la que todo cabe. Solo hace falta saber interpretarlo. Todo un arte.

—Mira, estaba pensando que, tal vez, podríamos investigar un poco por nuestra cuenta lo de las desapariciones. ¿Qué te parece?

Cambia de tema.

Es una distracción.

Lo sé, pero no me importa. Casi lo necesito.

Va por el buen camino. Esto ya me interesa más. Trabajo policial de verdad. Un puzle que resolver. Veo que está esperando una respuesta. Empieza a parecer un poco ansioso. Puede que, en el fondo, sí que le importe nuestra relación.

Le dejo que siga hablando.

No me quiero precipitar.

Veamos a dónde quiere llegar.

—¿No vas a decirme nada? —me pregunta.

Venga va, es hora de responderle algo.

—Prefiero escuchar lo que tienes que decir.

—Bueno, al menos has salido del mutismo. Es un paso.

Silencio. Lo sé, parece cruel, pero es que no se me ocurre qué decirle en este instante.

—¿Qué te parece si cogemos un coche y nos acercamos a la casa de

la hermana de la mujer que desapareció en primer lugar? —propone.

—Me parece que ya estamos tardando demasiado.

Percibo todavía los remordimientos de mi compañero. Puede que, en el fondo, lo sienta de verdad. No obstante, igual me puedo aprovechar de la ocasión. Hay que saber sacar ventajas de las ocasiones que se nos presentan en la vida.

—Me gustaría conducir esta vez. Creo que ya me he ganado ese privilegio, ¿no te parece?

—Sigues siendo una novata, Myrkur.

—¿Y qué? ¿Hay un plazo estipulado para dejar de serlo?

Me mira mientras arruga la frente. Lo está pensando. Se muerde el labio inferior. Me va a dejar.

—Toma las llaves. Más te vale que conduzcas bien.

Salimos a la calle. La temperatura es agradable. Está siendo una primavera apacible. Aprieto el botón del mando a distancia y enseguida localizamos el coche. Nos subimos, nos acomodamos y nos ponemos el cinturón. Patrick introduce la dirección que ha encontrado en el expediente de la desaparecida. Lo ha fotografiado entero y también el de la otra mujer que, según parece, desapareció en el parking de un supermercado. Me parece que a este tío le importan poco los protocolos. Lo que acaba de hacer copiándolos se ajusta poco o nada al procedimiento, especialmente si el jefe no lo sabe.

Eso me gusta.

Siento que ya casi me he reconciliado con él.

—Menos mal que alguien en esta comisaría de paletos tiene ganas de hacer un poco de trabajo de verdad —digo como si nada. Lo pienso desde que llegué, pero nunca me había atrevido a decirlo en alto, obviamente.

Pero Patrick es foráneo.

Siento que a él se lo puedo decir.

Entonces me sorprende con lo que me contesta.

—No hagas eso —señala con gesto tosco y un tono de voz seco.

—¿Que no haga qué exactamente?

—Ser tan prepotente. Una cosa es que te creas más lista que el resto y otra muy diferente que realmente lo seas.

El comentario me hiere. Me jode mucho, esa es la expresión. No sabe lo que he tenido que soportar desde que llegué. Me han ninguneado, me han tomado por idiota, Ben ha intentado propasarse conmigo en varias ocasiones, me han insultado y me han hecho preguntas que jamás le habrían dicho a nadie más, entre las que se encuentra la relativa a si me pone el *bondage*. Como si conmigo hubiera licencia para todo.

—Te lo digo por experiencia, ¿vale? A la gente no le gusta que le recuerden que es retrasada. Y además, a veces te das cuenta de que no

eres tan listo como crees.

Y esta conversación me retrotrae a mi objetivo inicial: conocer los motivos por los que Patrick ha terminado dando con sus huesos aquí.

¿Estaba hablando de mí o de sí mismo?

Tendré que investigarlo por mi cuenta.

Capítulo 26
Piernas



En lo primero que se fijó cuando la vio fue en sus piernas. Son bonitas. Delgadas, bien torneadas y con un precioso tono de piel. Muy similar al que busca. No se lo pensó. La siguió y, en cuanto se dio la ocasión propicia, la golpeó y se la llevó.

De eso hace ya dos días.

Sigue sin despertar.

La observa de cerca. Repasa el contorno de sus extremidades inferiores. Se siente tentado de tocarlas. Se ven tan suaves. Parecen recubiertas de una capa de seda. Reprime el deseo, lo arrincona como puede, aunque sabe que no siempre es fácil y que no siempre lo consigue. De hecho, cada vez le cuesta más. Intenta ser pragmático. Ceñirse al aspecto práctico de lo que está haciendo. Revisa su piel en busca de imperfecciones. Todavía le valdría, pero no quiere hacerlo así. No tendría ninguna emoción. Y él lo necesita.

Necesita excitarse.

Necesita ver el miedo.

Necesita sentir el poder de subyugarla.

Cierra los ojos. Debe decidir qué hacer. Tendrá que despertarla. Espera poder hacerlo. Empieza con lo más básico, con los pellizcos en el cuello, casi detrás de la oreja. Eso es algo muy rudimentario pero, en no pocas ocasiones, funciona. Sin embargo, sabe que es absurdo. No es un simple desmayo. Está inconsciente.

Ha comprobado que todavía respira. Sigue haciéndolo. Tiene el pulso débil. Pero no se ha ido del todo. Prueba ahora con el modafinilo. Ahora que tiene todo lo necesario ya preparado. Acerca la solución que ha elaborado y le cubre la nariz y la boca con una máscara de oxígeno.

Si no funciona probará algo más drástico. Ha leído no hace tanto la investigación que se está haciendo sobre el interruptor de la consciencia. Está en fase experimental y solo se ha estudiado con primates. Pero no le importa. No tiene nada que perder. Al final, el resultado para ella será el mismo. Y él la necesita despierta para sus fines. Lo difícil es hacerse con el instrumental necesario para llevar a

cabo la estimulación eléctrica aplicada de forma profunda a su cerebro.

Es inviable. Mejor asumirlo.

Lo piensa mejor y sería más fácil deshacerse de ella e ir a por la siguiente. Sería una pena. Le gusta. Pero hay que ser realistas. Levantaría menos sospechas. Si alguien le pilla llevándose cierto instrumental quirúrgico, está perdido.

Decide pasar al plan B que tenía. Prepara una jeringa con un cóctel de drogas estimulantes. Metilfenidato. Dextroanfetamina. Pemolina. Mazindol. Sabe que puede hacer que casi literalmente le estalle el corazón, pero no le importa. Puede incluso ser divertido en su perversa forma de entender las cosas.

Es lo último que se le ocurre intentar antes de desecharla y salir en busca de una nueva víctima.

Capítulo 27
Myrkur



Llegamos a la casa de la hermana. Me siento nerviosa. No sé por qué. No es habitual en mí. Tal vez sea por miedo a no ser suficientemente buena en mi trabajo y que Patrick se dé cuenta. Creo que le doy demasiada importancia a su opinión. Además, lo que suceda en los próximos minutos no decide mi futuro ni sirve para calibrar mis cualidades.

Eso espero.

—¿Estamos bien? —me pregunta de pronto mi compañero justo cuando ha parado el motor.

No sé qué responder.

No tengo ni la menor idea de qué espera que conteste.

—Supongo que sí. No tendríamos por qué estar mal, ¿no?

—Espero que no te haya molestado lo que te he dicho. Pero créeme que lo hago por tu bien. Nunca es bueno pasarse de listo ni creerse mejor que los demás. Eso te acaba llevando al fracaso. Más tarde o más temprano.

En realidad, puede que tenga razón.

—No me ha gustado que me lo dijeras. Me ha parecido ofensivo al principio. Pero ahora lo entiendo y te lo agradezco.

—Me alegro —confiesa, con una amplia sonrisa que parece sincera—. Me caes bien, ¿lo sabes, verdad?

—Eso creía, aunque hoy no he estado muy segura de ello —declaro con total honestidad.

—Pues puedes estarlo. Me gusta ser tu compañero. Y ahora, dejémonos de sentimentalismos y hagamos nuestro trabajo, que para eso hemos venido hasta aquí.

Bajamos del coche. Es Patrick quien llama a la puerta. Tienen una aldaba, pero no hay timbre. Lo hemos comprobado porque a ambos nos ha resultado extraño, casi como si fuera un anacronismo. Me resulta realmente curioso. Me da información extra de los que viven aquí. Puede que no les gusten demasiado los cambios o que se aferren al pasado. Es posible que, además, lo tecnológico les de cierto respeto y por eso se agarren a objetos analógicos como este. O puede que no

sea nada de esto. Solo estaré segura cuando abran la puerta y les conozcamos.

La hermana vive con su marido y cuatro hijos. No soy capaz de imaginar una vida así. Trato de ponerme en su lugar y no me veo en un futuro con hijos. Ni siquiera con una pareja estable. Creo que eso no es para mí. Es cierto que soy muy joven. Puede que a más personas de mi edad les pase lo mismo y no se vean en unos años en una situación similar. Pero yo no pienso tener descendencia. ¿Y si uno de ellos fuera como su abuelo? La psicopatía no tiene cura, es casi una condición inherente a la personalidad. No lo voy a dejar a expensas de la lotería de la genética. Podría dejar a un depredador suelto por ahí y ni siquiera darme cuenta.

—¿Preparada? —me pregunta Patrick. Supongo que me he quedado ensimismada y por eso me lo pregunta. Me pasa más veces de las que soy consciente.

—Por supuesto.

Lo digo con lo que parece mucha seguridad. Pero es pura apariencia. Por dentro estoy temblando. Este caso puede ser importante. O puede que el zoquete de Ben tenga razón y a ninguna de las tres mujeres desaparecidas les haya ocurrido algo. Entonces, estos nervios que siento no tendrían ni el más mínimo sentido.

Pero algo me dice que aquí está pasando algo gordo.

La primera mujer de la que no se ha vuelto a tener ni rastro se denunció hace más de dos meses, así que hemos decidido empezar por las más próximas en el tiempo. No es que descartemos a la primera, pero confiamos en que las dos últimas nos proporcionen más datos. Al menos, más recientes.

Enseguida abre una mujer de unos cuarenta y pocos años. No puedo evitar que en mi cabeza aterrice la idea de que es la viva imagen de una ama de casa, con el delantal puesto y unos rulos en la cabeza. Pensaba que ya nadie se ponía esos trastos para darle forma a su pelo.

Otro evidente anacronismo. Deben ser una familia muy conservadora. A ver que nos cuenta de su hermana. ¿Será la oveja descarriada o una imagen hecha a su semejanza? Estoy deseando saber más.

Capítulo 28
Despertares



Lo ha intentado. Primero lo más sencillo, lo más cauto también. Después ha tenido que ir a por todas. Ha sido estremecedor y excitante al mismo tiempo. Ha superado sus expectativas. Hay despertares y despertares, pero ese no lo olvidará jamás. Ha tenido el tiempo justo para hacer lo planeado. Su corazón no habría aguantado mucho más. Imposible con todo lo que le ha metido. Los ojos los tenía desorbitados. Ha gritado con desesperación, tanto que ha sentido incluso cierto dolor en sus oídos. Pero ha durado poco. Después, ha hecho lo que debía. Ha sido un bautizo de sangre. Uno más.

Guarda sus preciadas piezas en el arcón. Ya queda menos para comenzar a darle forma a su obra. En su imaginación se dibuja una imagen nítida de lo que quiere. Está convencido de poder llevarlo a cabo. Sabe que todavía falta tiempo y que aún no ha logrado las piezas más importantes, pero todo se andará.

Una es especialmente relevante. Será la clave de todo. El órgano director. Pero necesita perfeccionar su técnica antes. De momento, está en la fase inicial, la de recolección. Al menos, ya superó la fase de ensayos. Eso fue hace tiempo. Recuerda cómo el miedo le dominaba por entonces. Necesitaba muchos intervalos de descanso para recobrar la compostura. Asegurarse de que nadie descubría lo que había hecho. La tensión era casi lo peor. Las noches sin dormir por temor a las consecuencias.

Eso ya casi no lo siente. Más bien es al contrario. Las noches de caza es cuando duerme mejor. Debe ser por la liberación de adrenalina que luego le deja agotado. También cuando comete el asesinato se siente especialmente bien. Su mente reconstruye lo vivido y le proporciona dosis extra de endorfinas. De hecho, los intervalos entre una y otra son en los que se descubre más agitado e inquieto.

En la espera.

En el tiempo de sequía.

En la necesidad.

Por eso debe visitar su particular camposanto con mayor frecuencia.

Recorre cada uno de los lugares bajo los cuales sabe que se encuentran sus víctimas y revive lo sucedido con cada una. Es lo que le da un mínimo de paz interior.

Son muchas ya. Demasiados intentos baldíos hasta que tuvo la seguridad de que era capaz de llevar adelante su actual proyecto.

Aquellas manos… No las podía desperdiciar. Eran bonitas. Blancas. Pecosas. Con dedos largos y finos. De eso hace ya más de dos meses. El tiempo apremia. No puede arriesgarse a que se estropeen.

Capítulo 29
Myrkur



Patrick hace las oportunas presentaciones. Debo reconocer que resulta un hombre encantador. Dulce. Educado. El típico que cualquier madre quisiera para su hija. La mujer no duda ni un segundo en dejarnos pasar. Da la impresión de que, si surgiera la oportunidad, se lo llevaría hasta el dormitorio.

Estoy siendo un poco frívola.

Lo sé.

Pero no por eso deja de ser verdad.

—Esta es mi compañera, Myrkur Cranston —me presenta con un tono de voz encantador. La mujer me mira y me juzga enseguida. Le parezco demasiado joven. Tengo veintitrés años pero siempre me echan menos. Supongo que dudará de mi capacidad o, como mínimo, de mi falta de experiencia. No me sorprende. Estoy acostumbrada.

Nos invita a pasar a una salita aledaña a la cocina. Dice que ahí estaremos más tranquilos, puesto que los críos han salido del colegio y suelen hacer bastante ruido.

—Ustedes dirán —nos dice mirando únicamente a Patrick embelesada.

—Venimos en relación con la denuncia que usted interpuso hace algo más de tres semanas por la posible desaparición de su hermana.

—Me alegro de que por fin alguien se interese y lo tenga en consideración. Hasta ahora, me han tomado como una lunática. Pero sé que a mi hermana le ha pasado algo. Caroline no desaparecería sin más.

—Por eso estamos aquí, señora Morrison. Queremos averiguar qué ha sucedido.

No puedo evitar observar todo lo que veo a mi alrededor. Esta salita parece casi una puesta en escena del amor familiar. Detesto el postureo. Está llena de fotos felices de los niños y la pareja, como si necesitasen recordarse la suerte que tienen. ¿Estará igual el resto de la casa, llena de empalagosos portafotos?

—Mi hermana no se ha ido sin más, se lo digo totalmente en serio. Puede que haya tenido un accidente o que se cayera en algún sitio y

nadie la haya encontrado. Si es así, es muy probable que esté… —deja la frase a medias, mientras le tiembla la voz. Se lleva una mano a la boca, poniéndola delante, algo que me parece excesivamente teatral.

—Haremos lo posible por encontrarla, señora Morrison —le dice ahora Patrick, poniendo con suavidad su mano sobre el antebrazo de la mujer. Ella le mira con agradecimiento.

—Mi hermana es diabética, detective Baker. Tiene diabetes Mellitus tipo 1. Está bastante controlada y con una inyección semanal suele ser suficiente. Antes se pinchaba una vez al día, pero con los nuevos avances en medicina, por suerte ya no es necesario. Pero aun así, si le ha pasado algo y no tiene la insulina a mano…

Entonces rompe a llorar.

Tengo la sensación de que su hermana está muerta, pero no por ese motivo precisamente.

Alguien muy malo debe habérsela llevado.

Capítulo 30

Control



Han pasado ya días desde la última vez. El sentimiento de urgencia ha vuelto a anidar dentro de él. Sabe que no va a poder esperar mucho más. Sabe que su naturaleza le está pidiendo a gritos un nuevo trofeo.

No tarda en escoger. Esta vez es distinto. No es su forma habitual de proceder, pero con esta no se puede reprimir. Tal vez está mejor decir que no quiere hacerlo. Considera que es demasiado perfecta como para dejarla pasar. Va a correr un riesgo mayor al de las veces anteriores. Sabe que se la está jugando. Pero no solo no le importa, sino que casi le parece que dota a lo que hace de un aliciente extra.

Hace tiempo habría sido extremadamente precavido, cuando el miedo le dominaba, pero ahora tiene un control mayor sobre lo que hace. En especial, es mucho más capaz de manejar sus nervios. Eso casi le parece un superpoder. Antes de irse, revisará sus datos. Encontrará su dirección en los archivos y eso le proporcionará cierta ventaja. Quizás solo el hecho de vigilarla calme temporalmente su anhelo. Es una fase nueva, algo que todavía no ha probado. Puede ser también muy excitante.

Sigue lo que ha planeado al pie de la letra. Le dice a la administrativa que no se preocupe, que hoy puede salir un poco antes. Ya se encarga él de cerrar y finalizar las tareas que queden pendientes del día. Ella se sorprende. No es lo habitual, pero lo agradece. Siempre es agradable salir un poco antes del trabajo, sobre todo si después tienes una vida que te gusta vivir. No es el caso de él. Para él el premio es poder retrasar en lo posible el momento de ver a la bruja. Ella siempre es más lista y lo hace todo mejor que él. Se encarga de recordárselo a diario.

Después del cierre, comienza la diversión. Con la dirección de su objetivo, se dirige al barrio donde vive. Es fácil encontrar su casa. Es una vivienda de planta baja. Las luces del salón están encendidas. No están las cortinas corridas. No le preocupa que la vean desde el exterior y eso le parece excitante, poder verla sin que ella lo sepa. Estar dentro con ella sin entrar físicamente.

La despreocupación que la chica evidencia se deriva de esa sensación de falsa seguridad que a veces tenemos. Esa sensación de la que él hoy se va a aprovechar.

Nadie quiere ser una víctima.

Nadie cree que pueda serlo alguna vez.

Nos convencemos de que somos invulnerables y nuestros pensamientos lo refuerzan. Nos lo repetimos de manera casi inconsciente, automática, convirtiéndolos en firmes creencias, porque todos queremos pensar que estamos a salvo.

“A mí no me va a pasar”.

“Eso les pasa a otros”.

Pero lo que no sabemos es que estamos dentro del bombo con el resto de bolas y a todos nos puede tocar.

Lo que sucede es que desconocemos cuándo nos podemos convertir en el objetivo de personas muy malas.

Asesinos.

Ladrones.

Violadores.

Secuestradores.

Terroristas.

Se le ocurre que, pese a pensar lo contrario al principio, conocerla le da una ventaja inesperada. Aunque hoy no la pondrá en práctica. La guardará para otro día que tenga más tiempo. Se le está haciendo tarde.

Será preciso seguir vigilando durante unos días más.

Debe aprender sus rutinas en ese tramo horario.

Puede que tenga más control, que se sienta mucho más capaz, pero nunca está de más ser precavido. Los imprevistos a veces suceden. No puede arriesgarse a que la joven tenga pareja y, cuando vaya a buscarla, esta no esté sola.

Necesita estar seguro.

Necesita un plan.

Capítulo 31
Myrkur



Después de casi hora y media de interrogatorio con la señora Morrison, salimos a la calle. Necesitaba respirar aire fresco. Esa mujer me estaba produciendo una sensación atosigadora, casi de ahogo. Como si te hubieras abrochado el último botón de la camisa a pesar de que sabes que te va justa. Me encantaría conocer al marido para poder entender cómo es posible que alguien pueda soportar a semejante nutria.

—Has estado muy callada —me dice Patrick cuando estamos ya casi junto al coche.

—Me gusta observar —le respondo lacónica, mientras me encojo de hombros. No creo que sea necesario añadir nada más. En gran medida, es la verdad.

—Ya me he dado cuenta. Y me encantaría conocer tu opinión. Seguro que es muy interesante.

Le miro tratando de dilucidar si está siendo sincero.

Me lanzó a contarle mi teoría, aunque no sea demasiado elaborada.

—Es una hipócrita de manual. No soporta a su hermana. Es evidente que juzga su estilo de vida de manera negativa. Pero lo disimula con frases estereotipadas y clichés.

Patrick parece asombrado. Después me mira divertido. No sé qué es lo que le ha hecho tanta gracia. Estoy segura de no haber hecho ningún comentario jocoso.

—¿Qué pasa? —le interrogo.

—Nada.

—Para no pasar nada me miras como si acabara de contar un chiste y tratases de contener la risa.

Entonces sí que se ríe. En serio, no lo pillo. Debe ser que todavía no entiendo el humor de los polis.

—Me parece que trabajar contigo es una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida.

—Pues me alegro mucho de ser tu entretenimiento.

—No es eso. Debes relajarte de vez en cuando, ¿vale? —me recomienda. Claro, como si fuera tan fácil—. Anda subamos al coche

que la hermana nos debe estar mirando por la ventana y no quiero que se monte ninguna película. Estoy seguro de que le encantan los chismes. Ahora me sigues contando tu opinión dentro.

Nos montamos y enseguida arranca el motor. Casi no me da tiempo a ponerme el cinturón y ya estamos en marcha.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —le pregunto para que me aclare un poco que es lo que quiere.

—Que me cuentes qué más conclusiones has sacado.

—¿Es una especie de examen?

—No, ni mucho menos. No tienes que ser tan desconfiada con todo, ¿estamos? —dice mientras me mira de reojo, supongo que intentando averiguar la expresión de mi rostro—. Me fío de tu criterio. Es solo eso. Y me gustaría saber en qué has estado pensando todo el tiempo en el que hemos estado hablando con ella.

—La hermana está muerta —suelto sin más preámbulos.

—Bueno, eso es una conclusión un poco precipitada. He dicho que me fío de tu criterio, pero de todos modos, me encantaría que desarrollaras un poco más tus ideas. Creo que piensas que los demás estamos en tu mente y sabemos cómo piensas.

—Será la costumbre de haberme pasado media vida en manos de todo tipo de loqueros.

—Venga, Myrkur, sé buena y cuéntame.

Primero respiro. Eso siempre me ayuda a aclarar mi mente. Es como si una sola respiración tuviese el poder de separar mis distintos yoes, de clasificarlos y ordenarlos. Como si sobre mis hombros se pudiesen ver distintas cabezas que acaban juntándose en una sola.

Mi yo desconfiado que intenta ser perspicaz.

Mi yo observador.

Mi yo infantil y, a veces, aún un poco ingenuo.

Mi yo cruel y desalmado, que también es mi yo vengativo.

Mi yo inseguro.

Y después está el yo que aparento ser. El de una mujer impertérrita a la que nada le afecta.

—Dice que ha estado en casa de su hermana. Entró con una llave que ella misma le dio después de haberla llamado sin éxito incontables ocasiones. No ha echado nada de menos y no se ha llevado el cargador del móvil ni ningún otro dispositivo electrónico.

—Bueno, si quieres cambiar de vida, seguramente lo mejor es dejar atrás *tablets*, ordenadores y demás. Al fin y al cabo, es donde guardamos toda nuestra vida.

—Sé lo que estás haciendo, Patrick.

—¿El qué? —pregunta inocente. Ya debería saber que no me chupo el dedo.

—Hacerme dudar de mi teoría, pero es evidente que tú piensas lo mismo.

—Puede ser. Pero no por eso debo dejar de cuestionarlo. Creo que es un buen ejercicio para ambos.

Tiene razón. Lo sé.

Nos miramos a los ojos. Solo un segundo. Me encanta cómo lo hace. Tiene algo tan seductor que, por un instante, me olvido de para qué estamos aquí.

—¿Puedo continuar? —le pregunto, más para centrarme y ganar tiempo que porque necesite su aprobación.

—Por supuesto. Estoy deseando seguir escuchándote.

—No habían discutido —prosigo, tratando de seguir el hilo que había dejado abierto—, al menos según lo que nos ha contado ella, así que la hermana no tiene motivos para no responder a sus llamadas y mensajes. Y aún así, no lo hace. Como mínimo es extraño.

—Estoy de acuerdo.

—Parece que el trabajo le iba bien, estaba contenta con su reciente ascenso. Además, no hacía demasiado tiempo que había iniciado una relación con un compañero de su oficina y ha comentado que se la veía muy ilusionada. Ahí he percibido verdadera envidia y que la juzgaba por ello. Posiblemente sea una estrecha que ya ni siguiera tiene sexo con su marido y por eso cuestiona la forma de vida de nuestra presunta desaparecida. Tal vez porque le gustaría estar en el pellejo de su hermana y darse alguna que otra alegría.

—Esa información sobra —comenta mi compañero, como si estuviera regañándome.

—Yo creo que no. Si tengo razón, incluso podría ser sospechosa.

Patrick parece reflexionar sobre ello.

—No lo había visto así, aunque lo dudo.

—Yo también, pero no deberíamos descartarla por completo.

—No lo haremos. ¿Y qué paso crees que deberíamos dar a continuación?

No tengo claro si me lo pregunta como parte de un supuesto entrenamiento o porque realmente valora lo que piense. Cualquiera de las dos opciones me parece que son de agradecer.

—Deberíamos hablar con el novio y también con sus compañeros de trabajo.

—Pero no es nuestra única desaparecida. ¿No te parece que deberíamos tocar antes todos los palos?

—Tal vez si no fuéramos los únicos que estuviéramos investigando, otros miembros del equipo podrían encargarse de ello y así avanzaríamos en paralelo. Pero tú y yo estamos solos en esta tarea y no hay nadie más a los que les interese mínimamente que no se haya vuelto a saber nada de estas mujeres. Así que creo que primero

tenemos que investigar a fondo a una y después continuar con la siguiente.

No contesta de manera inmediata. Supongo que está sopesando las dos opciones.

—Pues hagámoslo cómo dices. Más adelante discutiremos si tienes o no razón.

—Te recuerdo que fui la primera de mi promoción.

—Y yo te recuerdo que eres una novata. Puede que seas muy inteligente, Myrkur, pero te falta experiencia.

Es cierto. Sé que tiene razón. Pero es que me gustaría que el tiempo corriera más deprisa y poder dejar atrás esa etiqueta que es como una losa.

Mi silencio otorga.

Capítulo 32
Vigilancia y acción



Lleva varios días siguiendo sus pasos. Se ciñe de manera bastante estricta a las mismas rutinas casi a diario. Al menos, en el tramo horario que él puede ver. El tramo horario que le interesa, porque es cuando va a actuar.

Eso le gusta. Le pone más fácil su tarea, especialmente en sus circunstancias. Su tiempo es limitado. Está el trabajo y luego su vida familiar, esa soga que se ha echado al cuello y que le estrangula. Entre uno y otra no tiene demasiado margen.

Ya ha previsto cómo la va a abordar. Lo ha pensado muchas veces. Lo ha visualizado en su mente, como si fuera posible programarlo y adelantarse a todo lo que pueda suceder. Es consciente de que puede que no todo salga exactamente como lo imagina, pero también ha aprendido mucho en los últimos meses. Ahora, lo que hace suele parecerse bastante a lo que planea días antes.

Esperará resguardado cerca de su casa. Cuando la vea salir, la seguirá a una distancia prudencial. Es la fase más peligrosa, porque podría reconocerle. Quizá si así sucede, podría darle la vuelta a ese posible inconveniente y usarlo a su favor. Ya verá en el momento. Ella suele salir a correr a última hora de la tarde. Es un tanto imprudente, puesto que a esa hora no hay demasiada gente por la calle y mucho menos en el parque al que le gusta ir. Tiene que atravesar un pasaje oscuro que conduce hasta él. Podría dar toda la vuelta a la manzana, pero ella nunca lo hace. Al menos, desde que la observa.

Es un pasaje bastante oscuro y que no está demasiado transitado. Si todo va bien, podría situar la furgoneta cerca y abordarla allí. Sería pan comido. Demasiado. Por alguna razón, siente que quiere ir un paso más allá. Ya no le gusta que sea tan fácil.

Prefiere algo más de acción.

Así que ha pensado en otra opción. Irá al parque y la esperará allí. Suele ser muy rutinaria con sus horarios. Un gran error. Ceñirnos a rutinas y hábitos estrictos nos hace previsibles. Provoca que sea fácil para otros predecir nuestros movimientos. Paradójicamente, nos hacen sentir más seguros, nos proporcionan la falsa sensación de control.

Cada día el mismo horario.

Ir a trabajar.

Comer.

Descansar.

Salir a pasear al perro.

Ir al gimnasio.

Pasar por el supermercado.

Vuelta a casa.

Patrones rígidos sujetos a poca improvisación.

Pero ser previsibles hace que los depredadores lo tengan mucho más fácil para cazar a sus presas.

Capítulo 33
Myrkur



Me siento satisfecha por primera vez en mucho tiempo. A pesar de ese pequeño bache que atravesamos en nuestra confianza, parece que Patrick y yo trabajamos bien juntos. Conectamos, no hay duda.

Suena el teléfono. Miró el identificador de llamada. Es mi madre. Sé que debería haberla llamado, pero no sé qué me pasa últimamente. Es como si algo se removiera dentro de mí. Algo incómodo. Creo que de forma inconsciente trato de alejarme de ella y del pasado, como si pudiera deshacerme de todo y hacer como que nada hubiera sucedido.

Se me olvida que ella es la que más ha sufrido.

Se me olvida también que ella no tiene culpa de nada.

Bueno, de algo sí, de enamorarse del hombre equivocado.

—Hola, mamá.

—Myrkur, menos mal que lo coges. Llevamos muchos días sin hablar. Empezaba a estar preocupada.

—Estoy bien. Es solo que tengo mucho curro últimamente. Me han puesto un compañero y por fin estoy haciendo trabajo policial de verdad.

Se hace el silencio. Siempre que sale este tema sucede lo mismo. Mi madre no comprende mis motivos para ser policía. Sigue sin entenderlos, a pesar del tiempo que ha pasado desde que le comuniqué lo que iba a hacer. La entiendo, después de lo que nos hicieron pasar por ser la familia de un asesino. Nos equipararon a él. Nos trataron como si fuéramos él.

—Mamá, ¿sigues ahí? —le pregunto, tratando de reanudar la conversación. En realidad, estoy deseando colgar. Siento que soy la peor hija del mundo por ello.

—Claro que sí, sigo aquí —suspira—. Espero que este compañero se porte bien contigo. Ya sabes que no me fío mucho de los polis. En realidad, no me fío casi de nadie.

—Lo sé, pero este es distinto. Puedes estar tranquila.

Un nuevo silencio. Uno de esos que pesan porque contienen mucho significado. Cuando por fin habla, casi preferiría que no hubiera dicho lo que acabo de oír.

—¿Por qué no le invitas un día a cenar a mi casa?

No sé si he escuchado bien.

¿A Patrick?

No.

Ni de broma.

—No creo que sea buena idea, pero gracias, mamá.

—Pues a mí me parece que es una idea perfecta. Me encantaría poder conocerle. Pregúntale cuándo le viene mejor y me encargo de hacer la compra y los preparativos.

La conozco. Lo que pretende es hacerle una radiografía completa. Quiere conocerle para valorar si realmente es de fiar.

—Ni siquiera has pensado si tiene familia —respondo tratando de disuadirla.

—Pues invítales también.

—No voy a hacerlo —le digo muy segura de mí misma. Como si no supiera que, cuando se le mete a mi madre algo en la cabeza, no hay forma de sacárselo.

—Entonces me pasaré por la comisaría y le invitaré yo misma. Ya sabes que no soy bien recibida, pero por mi hija estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario.

Llevo mi mano izquierda a la frente. Me masajeo la zona encima de las cejas, no sé muy bien por qué. Supongo que es una forma de calmarme y asumir que no voy a poder evitar lo que sea que se me va a venir encima.

—Está bien —me rindo.

—¿Está bien, qué?

—Que le preguntaré si le apetece venir. Pero no te prometo nada. Todavía no tenemos tanta confianza. Yo desde luego no creo que tuviera ganas de ir a cenar a casa de su madre.

—Más vale que diga que sí, porque de lo contrario, iré personalmente para que me explique sus motivos.

—Mamá, ¿a ti no te parece que eso es un tanto excesivo?

—A estas alturas de la vida y con todo lo que hemos tenido que pasar, sinceramente me importa bien poco si es excesivo o no. Que alguien más me conteste mal o me mande a la mierda o me desee la muerte, no va a cambiar nada.

Capítulo 34
Excitación



Ha resultado mejor de lo que creía. Desconocía que tuviera esas habilidades para camelarse a la gente. Un encuentro que a ella le pareció casual, pero que fue plenamente premeditado. Conocerla de la consulta le proporcionó una ventaja para romper el hielo que no había esperado.

Disfrutó dándose cuenta de que era capaz de seducirla. A pesar de sus complejos, se atrevió a hacerlo. Hace tanto tiempo que se siente a la sombra de un gigante, que había olvidado que le resulta agradable a la gente. No es un hombre especialmente atractivo o guapo, pero sí tiene un rostro con una expresión que hace que los demás se fíen de él. Casi acababa de descubrir esa cualidad, cuando se dio cuenta de que la chica ni se asustaba ni mostraba desagrado, sino todo lo contrario.

En realidad, él es el único que ve el defecto que tiene en la cara. Es algo que en realidad es insignificante, pero su baja autoestima ha hecho que para él sea algo enorme que cree que cualquiera apreciaría a simple vista. Y luego está lo de su diente de metal, algo por lo que hasta hace muy poco apenas se atrevía a sonreír.

Todo esto que está haciendo, este proyecto que tiene en marcha, está logrando que gane confianza en sí mismo, que se sienta más capaz. Tal vez, algún día, pueda incluso enfrentarse a su Goliat. Sabe que esa sería la mejor manera de culminar su obra.

Se pierde unos instantes en sus pensamientos.

Se zambulle en su imaginación.

Cierra los ojos y ve un futuro lleno de posibilidades.

Sin la bruja.

Sin el maldito bebé que nunca está satisfecho con nada.

Abre los ojos otra vez.

Vuelve a la realidad.

Al presente.

A su aquí y ahora.

Ahora observa a la chica en el monitor. Es tan bonita. Y parece tan pequeña, tan frágil a través de la pantalla. Piensa en bajar y tratar de

consolarla, pero concluye que no es buena idea. Si lo hace, puede que al final no sea capaz de ejecutar su plan. Puede que olvide que ella no es más que otra herramienta necesaria. Las obras maestras requieren sacrificios. No puede caer en sentimentalismos.

Entonces ella empieza a gritar. Es rabia lo que muestra. Empieza a dar golpes a la cama y patadas al cabecero. Es una mujer de carácter. Se excita al verla luchar. Eso le gusta, que no se rinda con facilidad.

Sigue observando.

Decide que no es momento de entrar en contacto.

Tal vez mañana.

Debe marcharse.

Capítulo 35
Myrkur



No tengo ninguna gana de hablarle a Patrick de la última conversación que he tenido con mi madre. No sé cuándo se lo voy a preguntar. Buscaré un momento en el que esté distraído para soltarlo sin más. Tal vez ni se dé cuenta y podamos zanjarlo. Sí, soy plenamente consciente de que suena pueril esta forma de afrontar una situación que, en realidad, no tiene tanta importancia.

A veces las menudencias más insignificantes son a las que les damos más relevancia. Somos un mar de contradicciones.

Hemos estado investigando al novio de la supuesta desaparecida. Llevaban apenas un par de meses saliendo y él dice que las cosas les estaban yendo bien. Les gustaba estar juntos. Hasta la fecha, no habían tenido ninguna discusión. Tampoco se veían demasiado. Están en esa fase en la que quedas para conocerte, pero sin agobios. Por otra parte, él asegura que no habían establecido ningún tipo de compromiso. Disfrutaban de la compañía mutua pero no le habían puesto nombre a eso que tenían. Ambos estaban de acuerdo en no hacerlo.

El chico parece sincero. No sé por qué le llamo "el chico", cuando es bastante más mayor que yo. Exactamente tiene treinta y cuatro años, es decir, once más de los que cuento yo en este momento, aunque es algo más joven que Patrick.

—¿Y no te ha parecido sospechoso que no te llamara ni que te contestara a los mensajes? —le ha preguntado mi compañero, que parecía desconfiar de lo que le estaba contando.

—No diría sospechoso, pero sí raro. Es cierto que estábamos comenzando la relación de forma relajada. Ambos hemos tenido malas experiencias previas, por lo que queríamos ir despacio y dejar de lado cualquier tipo de compromiso —dice, insistiendo sobre este tema como si fuera importante para él. Tal vez eso es lo que le ha hecho desconfiar a Patrick—. No estábamos dispuestos a repetir errores. Si la cosa va bien, genial, pero si no es así, no queríamos tener que sufrir demasiado. Así que, como le he dicho, sí me pareció raro porque ya habían pasado varios días, pero no sospechoso. Pensé que le habría

surgido algo o que se habría cansado de mí.

Patrick frunce el ceño. Algo de lo que ha comentado no le cuadra.

—¿Y no crees que te lo habría dicho? Es decir, si alguien se cansa de otra persona, al menos lo manifiesta de alguna manera, aunque sea a través de un mensaje.

—Claro, es lo que supongo. Y es lo que yo haría, decirlo sin más rodeos. Pero no la conozco hasta el extremo de estar seguro al cien por cien de cómo actuaría en según qué situaciones. A veces, las personas nos sorprenden con conductas que no esperas de ellas.

En eso no le falta razón. Cuántas veces nos hemos sentido decepcionados porque alguien en quien confiábamos nos ha traicionado. Eso me recuerda una frase de William Shakespeare que se me grabó a fuego cuando la leí estando en el instituto.

"*Siempre me siento feliz, ¿sabes por qué? Porque no espero nada de nadie, esperar siempre duele. Los problemas no son eternos, siempre tienen solución, lo único que no se resuelve es la muerte*".

Yo no me siento feliz, pero hace mucho que tampoco espero nada de nadie.

Nos ha relatado la última vez que se vieron. En principio, nada hace sospechar que tenga algo que ver. Estoy casi convencida de ello. Pero me recuerdo que soy la novata y que no debo ir de lista. Patrick no podrá decir que no presto atención a sus palabras. No obstante, algo dentro de mí grita que no deberíamos perder el tiempo con él. Lo mejor sería descartarlo desde ya para seguir avanzando en otras direcciones.

Es muy útil observar las expresiones de los demás. Recuerdo cuando era una cría y mi padre me enseñaba muchas cosas a ese respecto. Hay tantos gestos que son involuntarios que es bastante fácil, si estás entrenado en ello, descubrir a un mentiroso.

El novio no miente, de eso estoy segura. Sus microexpresiones iban en consonancia con sus palabras. Solo alguien muy habilidoso y con un dominio absoluto sobre el lenguaje corporal es capaz de controlarlas. Y aun así, siempre hay algo que se escapa. La forma de fruncir el ceño, el grado en el que se eleva la comisura de los labios, la direccionalidad de los ojos… Requiere de un grado tan alto de atención, que casi es imposible que no haya nada que escape a nuestro control. Mi padre debía ser un genio en esto, pues nos engañó a todos durante muchos años. Tal vez ese sea uno de los motivos por los que me obsesioné con estudiar la expresión de otros seres humanos y analizarlos a fondo mientras hablan.

Después de entrevistar al novio, nos dirigimos al trabajo de nuestra supuesta desaparecida. Nos han relatado casi un cuento de hadas, acerca de una empresa en la que todos se llevan genial y no hay rencillas. Por supuesto, todo el mundo se alegraba de su ascenso y no

parecía que nadie le tuviera envidia. Imagino que están en plan ese rollo tan venenoso que está tan de moda, es decir, del “happyflowerismo” —sí, me acabo de inventar la palabra—, que solo sirve para esconder la mierda bajo la alfombra, como se ha venido haciendo toda la vida.

Nadie cree en los mundos de Yupi.

El mundo es un basurero y cada entidad tiene distinto grado de bazofia. Pero todas, sin excepción, tienen la suya.

Empiezo a pensar que alguien de la empresa podría tener algo que ver. Ascendió rápido y de manera inesperada. Eso nunca cae bien, por mucho que alguien sea muy valioso y sea inevitable ver sus múltiples cualidades. Si seguimos entrevistando a los que nos faltan, antes o después alguien meterá la pata y se irá de la lengua.

Sin embargo, aunque no me equivoco en el hecho de que efectivamente no le caía bien a todo el mundo ni mucho menos se alegraban de su ascenso meteórico, no me ha dado la impresión de que ninguno sepa dónde está la chica en este momento.

Habrá que esperar a los registros y a comprobar los movimientos de aquellos que hemos detectado con más animadversión hacia ella para estar más seguros.

Tengo la sensación de que es alguien ajeno a su entorno.

—Tengo la sensación de que es alguien ajeno a su entorno.

¿Qué?

¿Cómo?

¿He oído bien?

Por un momento, he pensado que tenía alucinaciones acústicas cuando he escuchado una voz que pronunciaba exactamente la frase que estaba en ese instante en mi cabeza. Me parece increíble que Patrick acabe de pronunciar una por una las mismas palabras que estaban en mi mente. Es como escuchar el eco de lo que estás pensando.

Muy *heavy*, en serio.

—¿Qué he dicho? —me pregunta con cara de extrañeza. Imagino que mi expresión le habrá dejado bastante desconcertado, porque me ha sorprendido como no lo había hecho nadie antes.

—Nada es que… Ha sido algo raro, ¿sabes? Acabas de decir exactamente lo que estaba pensando.

—Será que tenemos telequinesia —bromea.

Para mí no es ninguna broma. Esa es justo la sensación que me ha dado. Y no ha sido de buen rollo precisamente.

—Bueno, a lo que iba. Digo que, no sé muy bien explicar por qué, pero me da la impresión de que no se la ha llevado alguien de su entorno.

—Entonces, ¿no tienes ninguna duda acerca de si se la ha llevado

alguien?

—¿Acaso tú sí? —me devuelve la pregunta. Lo hace mucho. En algunas ocasiones, me crispa que lo haga, aunque entiendo sus motivos. Es una forma inteligente de descubrir qué piensa la otra persona antes de revelar tus propias ideas. Te garantizas no vender la piel del zorro antes de cazarlo.

Hay muchas cosas que tengo que aprender de él.

—Nunca lo he dudado. Ya lo sabes.

—Bueno, en realidad, yo tampoco, pero eso no significa que no deba cuestionar lo que pienso. No es la primera vez que te lo digo.

—Lo sé. No hace falta que me eches ningún sermón.

Me mira de soslayo. Creo que no le ha gustado mi último comentario. Voy a intentar mejorar mis habilidades sociales. Sé que suelo ser muy cortante. Siempre estoy a la defensiva. Igual debo empezar a relajarme.

—Lo siento, no quería sonar tan brusca. Ya sabes lo que quiero decir.

—Tranquila. Ya te voy conociendo. Bueno, va siendo hora de investigar a nuestra siguiente desaparecida. Por cierto, no sé si te has fijado en que guardan cierto parecido físico entre ellas —comenta como si nada, aunque tengo la impresión de que son palabras cargadas de intencionalidad.

¡Mierda!

No me lo puedo creer.

Es un detalle que se me ha escapado.

Y lo peor de todo es que salta a la vista.

Capítulo 36
Hola



Otro día más le ha sido casi imposible concentrarse a su nivel habitual. Por suerte, no suele cometer errores. Al menos, no errores evidentes. Hubo una época en la que el trabajo era lo único que le servía de distracción, lo único que le servía para evadirse. Pero ya hace tiempo que ni siquiera eso es suficiente. Desde que comenzó a explorar ese lado oscuro que siempre había sabido que tenía pero que no se había atrevido a reconocer.

Piensa en ella y siente que la boca se le seca. Queda poco para salir pero le parece una eternidad. Por suerte, la bruja se creyó lo de su cambio de horario y no le espera hasta más tarde, lo que le da una ventaja y un margen de acción que no suele desaprovechar.

En los periódicos no han hablado de ninguna desaparición reciente. Es raro que todavía no la eche nadie de menos. Quizás sí hayan denunciado su desaparición pero no se haya hecho pública.

A él con eso le vale.

Lo que no quiere es que se levante revuelo.

Termina su turno y, como viene siendo habitual, primero va al parking público donde suele dejar el coche y coge el bus que le lleva al lugar en el que guarda la furgoneta. Todas las precauciones son pocas. En realidad, todo se localiza en un radio de unos pocos kilómetros, incluida la edificación en la que mantiene escondidas a sus víctimas. Pero esos pocos kilómetros son suficientes para que nadie le pueda relacionar con facilidad con nada en concreto.

Cuando llega a las inmediaciones, empieza a sentir como crece su excitación. Aparca la furgoneta en la parte de atrás y revisa bien el entorno antes de bajar. Sabe que es difícil que alguien se fije en él. No en ese barrio en el que cada uno va a lo suyo y que bastante tienen con sobrevivir. Es un barrio en el que el nivel de delincuencia supera el de la media de la zona. El estado de abandono de gran parte de ese lado de la ciudad recuerda a Detroit y esa decrepitud que luce en ciertas áreas.

Abre la puerta. Cada paso que da le parece de lo más excitante. Tal vez sea por el sentido tan erótico que presenta todo lo prohibido, lo

inaccesible, lo que no está bien visto por los demás, lo que se debe ocultar.

Cierra la puerta tras de sí. Le gusta ese momento de plena oscuridad, antes de acceder a la sala donde se encuentra el monitor y la tenue luz que ilumina la mesa en la que está el equipo electrónico. Mira la pantalla. Ahí sigue. Ha entrado ya en una nueva fase. Sumisión. Rendición. Eso es lo que aprecia. Una joven abrazada a sus rodillas con la cabeza hundida entre ellas.

Se pone el pasamontañas. Hace su ritual. Más inútil que nunca, pues esta vez la víctima le conoce. Baja despacio al sótano. Abre la puerta y se adentra de manera dramática y efectista.

—Hola —le dice en un tono seco.

Ella levanta la cabeza. Es como si no se hubiera percatado de que él estaba allí. Tan metida se hallaba en su mundo. En su rostro hay rastro de llanto desconsolado. Dos caminos dibujados por el rímel atraviesan su rostro desde los ojos a la barbilla. Las lágrimas parecen haberse perdido en un lugar indefinido, cayendo desde un abismo de aflicción insoportable.

Parece una muñeca triste.

Un juguete roto.

El cansancio es evidente. No debe haber pegado ojo. Supone que debe ser difícil dormir cuando estás esposada a los barrotes de una cama ennegrecida por la suciedad del paso del tiempo. La única compañía son los posibles habitantes de la oscuridad: ratones, insectos… En esas circunstancias, seguro que prefiere estar sola.

—¿Por qué me haces esto? —le pregunta con voz temblorosa.

—No es nada personal.

—¿No es nada personal? Entonces déjame marchar.

Él no contesta. La mira a través de los agujeros del pasamontañas, desde el fondo de la negrura que lo envuelve.

—Creía que eras un hombre agradable. Pensé que eras buena persona —gimotea esta vez, tal vez tratando de ablandarle—. Me caías bien, ¿sabes? ¡Joder, si hasta me gustabas! —grita esta vez, como si se estuviera regañando a sí misma.

Él no dice nada. Solo respira y observa. Se acerca el momento, pero esta vez siente algo que no ha experimentado con las anteriores. Siente pena y un poco de angustia. Ha dicho que le gustaba. Quizás habría podido encontrar otra salida. Pero ahora ya es tarde y sabe que tiene que sentenciarla como a las demás.

No tiene escapatoria.

Si la dejase libre, le denunciaría.

Capítulo 37
Myrkur



No sé en qué estaba pensando para no haberme dado cuenta de que las mujeres desaparecidas guardan parecido entre ellas. Es evidente que los zoquetes de Ben y Michael lo han pasado por alto. Claro que, en esta ocasión, no soy quien para juzgarles, cuando yo he cometido el mismo error. Estoy a su nivel. Una buena cura de humildad para mi ego, sí señor. Eso sí, siempre podría argumentarse que ellos son policías experimentados, mientras que yo acabo de salir de la academia.

Soy novata para lo que me interesa.

Soy una cínica, no lo puedo negar.

—Por la cara que has puesto, entiendo que no te habías percatado de las similitudes que hay entre nuestras víctimas —concluye Patrick. No sé si se está regodeando. Espero que no. No le pega, la verdad.

—No —respondo con cierta vergüenza.

—En realidad, es uno de los motivos por los que he creído conveniente que investigáramos este caso. Es algo que me llamó mucho la atención —me dice—. Te voy a contar lo que vamos a hacer. Lo primero de todo, buscaremos toda la información posible sobre la siguiente a ver si de ahí sacamos alguna pista. Después, investigaremos si han desaparecido mujeres similares por la zona, ampliando la búsqueda al resto del estado. Por el momento tenemos dos recientes y otra a la que no han localizado desde hace más de dos meses. Tengo el presentimiento de que no han sido las únicas.

—¿Crees que hay un asesino en serie? —me atrevo a pronunciar en voz alta. Sería muy fuerte que mi participación por primera vez en una investigación de verdad fuera a causa de un asesino en serie. Y lo peor de todo, es que algo en mi interior me dice que es así.

Noto un hormigueo creciente dentro de mí.

—¡Eeeeeeeh! Para ahí, que yo no he dicho tanto ni mucho menos. No puedes sacar conclusiones tan precipitadas con tan poco.

—Pero si están desapareciendo mujeres que guardan un parecido físico entre sí, parece que es la conclusión más lógica —defiendo mi teoría.

—Puede parecerlo, pero no puedes asumir que es lo que pasa. Si lo haces, dejarás fuera de tu ángulo de búsqueda el resto de opciones. Buscarás solamente aquello que cuadre con tu hipótesis, Myrkur. ¿Te das cuenta de la falta de rigor que implicaría?

Claro que me doy cuenta. Pero también pienso que hay que hacer caso al instinto. Tengo la sensación, además, de que Patrick es ese tipo de poli, de los que siguen sus corazonadas. Conmigo está tratando de ejercer de mentor y muestra exceso de prudencia. No sé qué pensar. Es algo que me resulta ambiguo. Es decir, ¿no demuestra demasiado interés en mí? Y si es así, ¿por qué?

—Lo entiendo. Pero estoy segura de que muchos casos se han resuelto siguiendo los pálpitos de un investigador.

—Por supuesto. En el cine y en la televisión —responde con sarcasmo—. En la vida real seguimos los datos.

—No te creo.

Me mira desconcertado.

—¿Qué es lo que no crees?

—Tú no eres de los que sigue los protocolos al pie de la letra, de eso estoy segura. No has dudado en copiar sin permiso los expedientes de estas posibles víctimas.

—Eso es diferente. Necesitábamos la información para poder empezar a investigar.

Le miro.

Me mira.

No sé si continuar.

No tengo nada que perder.

—Es más, aunque todavía no me lo hayas contado, me apuesto algo a que has tenido más de un choque con algún superior por ese tema y eso es lo que acabó por tensar la cuerda. Imagino que, si es cierto que estabas muy estresado en tu demarcación, como dicen, y por eso buscaste un destino más relajado, en parte el agotamiento era por discutir con tus jefes y compañeros.

—Es posible que haya parte de verdad en eso.

Contesta muy rápido.

Miente.

Ahora sí que estoy perdida.

Y rabiosa.

¿Por qué oculta sus razones?

Muy bien. Voy a jugar a su juego. Le haré creer que me ha engañado. Y cuando averigüe sus motivos reales, ya veré qué hago con esa información.

Es extraño.

Y decepcionante.

—Mi madre dice que le gustaría invitarte a cenar a su casa. ¿Qué

te parece?

Es un cambio radical de tema de conversación. No obstante, si hay alguien capaz de sacarte información, esa es mi madre. Da igual lo que trates de esconder, al final lo averigua.

Digamos que es una habilidad que perfeccionó después de que enchironaran a mi padre.

—Me encantaría. Dile que estoy disponible cuando a ella le venga bien —responde sin más.

Esperaba más reticencias.

Me acabo de quedar de piedra.

Capítulo 38
Frío



Ha sido la más difícil. No porque la ejecución fuera más compleja que con las demás. Eso no ha cambiado. El procedimiento siempre es el mismo. Corta con la motosierra lo que necesita y les quita la cabeza para enterrarla por separado y que así, si alguna vez hallan los cuerpos, estos sean mucho más difíciles de identificar. Después, aunque el corte sea burdo, con el instrumental necesario perfilará cada uno de las partes de modo quirúrgico hasta que encajen a la perfección.

Lo realmente difícil ha sido asesinarla después de saber que ella sentía algo por él. Emociones inesperadas le han asaltado y le han hecho reflexionar. Por unos momentos, ha dudado en dejarla vivir, a pesar de saber que era una absoluta insensatez. Si la hubiera dejado con vida, ella habría acudido inmediatamente a las autoridades policiales y le habrían detenido en unas pocas horas.

El proceso ha sido más largo que con las anteriores porque, cuando acercaba la hoja dentada al cuerpo de la joven, algo parecía detenerle. Ahora revive lo sucedido y todavía le parece oír los gritos.

Están dentro de su cabeza.

Todo se ha retrasado. Ha tardado más de lo habitual y, como consecuencia, ha entrado en casa pasada la hora habitual esperada. A la bruja le dan igual los imprevistos, así que no duda en chillarle desde que atraviesa el umbral de la puerta porque dice que el bebé estaba enfermo y ella no ha podido localizarle para que la ayudara. Ha tenido que hacerlo todo sola.

Le ha castigado. Le ha obligado a arrodillarse delante de ella y pedirle perdón. Ha implorado. Ha suplicado. Y ella ha disfrutado como hace siempre. Lo ha visto en su cara de satisfacción.

Le ha humillado una vez más.

Intuye que empieza a desconfiar. Es como si nada hubiera ido ese día como debiera. Eso le hace temblar como una hoja ante un viento huracanado. Le cuesta mantener la compostura. Se le está formando un nudo enorme de nervios en el estómago, especialmente porque no está seguro de haber dejado los restos enterrados a suficiente

profundidad.

Repasa lo acontecido en su mente.

Trata de rememorar cada uno de los pasos que ha dado.

Tiene lagunas.

Vacíos.

Puede que, esta vez sí, haya cometido errores.

Capítulo 39

Myrkur



Pelirrojas.

Es un detalle que me debería haber llamado la atención desde el primer momento.

Pelirrojas y con pecas en el rostro.

Una tez muy blanca.

No era algo para pasar por alto.

Si fueran castañas con un tono de piel corriente, podría estar justificado no reparar en el detalle de los elementos en común. Pero no es el caso. Las desaparecidas tienen unas características físicas poco frecuentes.

Me siento estúpida. No soy más que una ignorante con ínfulas. Igual me viene bien este baño de realidad. Una cura de humildad a tiempo para que me de cuenta de que tengo mucho que aprender y debo aprovechar que mi compañero es bastante competente.

No obstante, por mucho que él diga que hay que seguir los datos, estoy convencida de que también piensa que lo que hay detrás de todo esto es un asesino que busca un perfil claro de víctima.

Es lógico que no se quiera adelantar a los hechos. No tenemos cadáveres que certifiquen esta teoría. ¿Cómo hablar de un asesino sin cuerpos? Ni siquiera hemos hallado ningún rastro abundante de sangre que fuera incompatible con la vida. En realidad, no hemos visto ningún rastro de nada. Pero desde luego es singular que este tipo de mujeres desaparezcan sin más. Y que no se vuelva a saber de ellas.

La víctima de la que se halló el coche con el maletero cargado con la compra en el parking del supermercado es, quizás, la que más evidencia que es un secuestro. Por mucho que Ben defienda su absurda teoría de que se ha ido sin más porque estaría saturada de su mierda de vida, cualquiera con dos dedos de frente y con ganas de trabajar vería que no es así. ¿Quién iría hasta el supermercado, recorrería todos los pasillos para coger lo necesario y pagaría después en caja para abandonar sin más su coche cargado? Nadie. Nadie en su sano juicio se iría dejando un maletero lleno. Nadie se iría sin su coche si está pensando en comenzar una nueva vida en ese preciso

instante.

Salvo que se hubiera suicidado.

Pero eso tampoco cuadra.

—He contactado con alguien que conozco de la sección de desaparecidos en Boston. Están buscando el perfil de víctimas del que habíamos hablado —me informa mi compañero.

—Mujeres entre los treinta y los cuarenta años, piel blanca, pelo cobrizo y pecas en el rostro.

—Exacto. Esos datos son burdos todavía, puesto que seguramente hay algo más que las conecta, pero son suficientemente reveladores. Veremos si dan resultados.

—Esperemos que sí.

Suspira. No sé muy bien a qué viene eso, pero supongo que no tardará en explicármelo.

—Sí, bueno —empieza a decir—. En estas situaciones, eso siempre es ambiguo. Si es sí, implica que hay más víctimas y en ese sentido ojalá no diera resultados. Pero por otro lado, que sí haya más víctimas, nos dice que hay un depredador suelto al que hay que atrapar. No estoy seguro de haberme explicado con claridad. Perdona. Hoy estoy algo cansado.

—Te he entendido. Y eso es a lo que me refería. Yo tampoco quiero que haya más mujeres desaparecidas, pero sí eso nos da información para avanzar y averiguar qué les ha pasado, entonces bienvenida sea.

—Lo sé, Myrkur, no necesitas aclararlo. Solo destacaba la ambivalencia de ciertas situaciones o expresiones. Que queramos que haya resultados en la búsqueda, en el fondo, es lamentable y triste.

No digo nada. No es que no le comprenda o que me importe un bledo la vida de otras mujeres. Es simplemente que solo puedo centrarme en el aspecto práctico. Siempre he sido muy pragmática, no sé si para bien o para mal. Probablemente, constituya una ambivalencia más. Ser pragmático puede ser muy útil, pero también puede resultar ofensivo cuando de lo que se trata es de conectar con otro ser humano a nivel emocional.

—En cualquier caso, debemos ser prudentes. Una parte de la victimología nos dice que, si estamos ante raptos, el secuestrador parece demostrar un gusto por un tipo de mujer específica. Pero todavía no hemos analizado nada más. Nuestra primera víctima trabajaba en un puesto de responsabilidad, pero si no me equivoco, la señora Sanders era ama de casa.

—La que llamas nuestra primera víctima, en realidad es la segunda —le recuerdo.

—Lo sé. Tú ya me entiendes. Me refiero a la primera que hemos comenzado a investigar.

—Exacto —corroboro—. Parece que le importa poco todo lo que

no sea su aspecto físico. No lo hemos comentado, pero ambas tienen el pelo con unas ondas muy marcadas, sin ser un pelo de peluquería. O es la impresión que me ha dado a mí, al menos. Es decir, no es imprescindible que vayan bien arregladas.

—Mmmm —murmura Patrick. Hay algo de lo que he dicho que no le convence—. No sé, me parece que sacas conclusiones un tanto apresuradas, perdona que insista en ello.

¿En serio? No creo haberme precipitado en esta ocasión. Parece que se ha aferrado a esa cantinela y me la va a soltar cada dos por tres.

No puedo esconder mi gesto de hastío.

Tampoco quiero hacerlo.

—Tú has visto las fotos igual que yo —argumento.

—Las fotos que han facilitado los familiares, no la de la jornada en la que desaparecieron. A lo mejor, ese día iban más arregladas de lo habitual. No puedes asegurarlo de forma tan tajante. Cuando barajes hipótesis, no te olvides de que son conjeturas. Hay partes importantes que desconocemos y que hay que ir descubriendo paso a paso y sin tomar atajos.

Me da rabia que me corrija con tanta frecuencia. Especialmente cuando sé que tiene razón. Sí, la tiene. Una vez más. Ojalá algún día pueda demostrarle mi valía. Aunque empiezo a desconfiar que la tenga.

Capítulo 40
Dormir



Esa noche, dormir se ha convertido en misión imposible. Cierra los ojos y, en cuestión de décimas de segundo, en su imaginación ve con claridad una mano fuera de la tierra.

Una mano de mujer que no ha sido bien enterrada.

Acto seguido, se imagina un perro olfateando a su alrededor hasta que halla los cuerpos de todas sus víctimas. Sabe lo que eso significaría. Sabe lo que vendría después. Sabe que, entonces, empezaría el principio del fin y no tendría tiempo de culminar su obra.

Por suerte para él, también sabe que sería improbable que descubrieran a la totalidad de sus víctimas, porque no se encuentran todas juntas. Podrían localizar solo a una parte de ellas en el mismo lugar, pero sería más que suficiente para que terminaran por apresarle y que pasara el resto de su vida entre rejas.

En realidad, el número no cambiaría nada. Solo con que encontraran evidencias de que había asesinado a una mujer, pasaría los días que le queden por vivir encerrado en la cárcel del condado. O tal vez en una prisión estatal.

Está tentado de levantarse en mitad de la noche, subirse al coche y conducir hasta allí para comprobar *in situ* que todo está bien, que no ha cometido un error imperdonable que desembocará en su irremediable detención. Sin embargo, algo en su interior le dice que no es necesario preocuparse. Porque es metódico, porque es muy cuadriculado en su forma de hacer las cosas. Gracias a ello, aunque su mente no estuviera plenamente concentrada en lo que hacía en ese momento, sabe que sus procedimientos están memorizados de tal forma que no necesita concentrarse para llevarlos a cabo.

Tal vez no lo sabe a ciencia cierta, pero lo quiere creer.

Ejecuta cada una de las partes del proceso siempre de modo preciso, siguiendo la misma rutina, ciñéndose escrupulosamente al mismo manual de acción.

Ve las tres de la mañana en el reloj.

Ve las cuatro.

Las cinco.

El sueño le ha esquivado prácticamente toda la noche.

La preocupación ha sido mayor que su necesidad de descansar.

Dentro de poco, sonará el despertador y el ciclo volverá a comenzar. Atrapado en la rutina del día a día hasta que caiga el sol.

Capítulo 41
Myrkur



Hace unos días, visitamos al marido de la mujer que desapareció en el parking del supermercado. Fue una entrevista sumamente dura, lo cual es comprensible. Su mundo se ha derrumbado de la noche a la mañana. Gertrude, la desaparecida, era quien se encargaba de todo lo de la casa y de los niños. Eran un matrimonio demasiado tradicional en ese aspecto, por no decir un tanto retrógrado. Ahora está desbordado por lo sucedido.

—Señor Sanders, de veras que lamentamos enormemente tener que molestarle en estas circunstancias, pero necesitamos recabar la máxima información posible —se explica Patrick, tratando de mostrarse cercano y amable. Se le da muy bien. Suele vencer las reticencias de quien tiene enfrente.

—No entiendo nada. No comprendo cómo todavía no pueden tener ninguna pista. Los agentes con los que hablé insinuaron que ella se había ido por su propio pie. Pensé que ni siquiera iban a investigarlo. Cuando les dije que eso no era posible, insinuaron que tal vez le había hecho yo algo. Me trataron como si yo fuera el responsable, como si fuera un monstruo. Nunca le haría nada a Gertry, ¿lo entienden? —finaliza el hombre gimoteando—. Nunca. Mi mujer y mis hijos lo son todo para mí.

—Por supuesto que lo comprendemos, señor Sanders.

—Esto está siendo muy duro. Es una pesadilla. No sé ni qué decirle a los niños. No tengo ni la menor idea de si su madre va a volver. Creo que la incertidumbre es lo peor. ¿Se hacen una idea de lo duro que es esto?

Dejamos que se desahogue, aunque dentro de unos límites. Si no cortamos en algún momento, corremos el riesgo de que entre en bucle y no nos aporte ninguna información.

—Por eso es fundamental que nos cuente todo lo que considere relevante para localizarla. ¿Cree que podrá hacerlo? —continua mi compañero.

—Sí, por supuesto.

—Bien, no quiero que se moleste por las preguntas que le voy a

hacer, señor Sanders, porque algunas pueden ser duras, pero le aseguro que solo quiero encontrar a su mujer lo antes posible. Eso es lo único que me interesa.

El hombre mira a mi compañero con desconfianza y con recelo. No sé por qué razón, en estas circunstancias, la gente no se da cuenta de que hay que preguntar cosas difíciles. No vamos a hablar de si le gustaban las flores o de imágenes de gatitos.

—¿Cree que hay alguna posibilidad de que su mujer tuviera alguna aventura?

Le cambia la cara. Es obvio que no le ha gustado la pregunta.

—No, rotundamente no —responde categórico. Me parece apreciar que se ha puesto un poco rojo por la ira que esa cuestión le ha provocado. Nadie quiere creer que su pareja le engaña, pero es más frecuente de lo que imaginamos.

—Piénselo bien, por favor. No tiene que responder tan rápido. Necesitamos que reflexione con calma si hubo algún detalle que le hiciera sospechar que su mujer veía a otro hombre. Hay veces que…

—Le he dicho que no. Siguiente pregunta —le corta, a pesar de que Patrick está siendo comedido y comprensivo. Al principio, se ha mostrado como un hombre afligido y destrozado. Ahora parece el típico tío con ego de machote de esos que me parecen tan repulsivos. Igual hasta prefiere que le haya pasado algo a su mujer a que le haya puesto los cuernos.

Soy bastante cínica, lo sé.

Patrick respira. Es increíble la de veces que coger un soplo de aire nos es de utilidad para tantas y tantas cosas. Para rebajar la tensión, para aclarar las ideas, para dar tiempo a elaborar una respuesta, para tomar la decisión correcta.

—¿Su mujer le habló en alguna ocasión de si había tenido la sensación de que la seguían? ¿Le comentó si había tenido algún conflicto o encontronazo con alguien?

—No, nunca. Si hubiera sido así, me lo habría contado.

—¿Cree que pudiera tener algún enemigo, alguien que tratase de vengarse de ella por algún motivo?

—Por supuesto que no. Gertry es muy buena persona. Todo el mundo la quiere.

—Estoy seguro de ello, señor Sanders —afirma Patrick, mirándole a los ojos con un gesto comprensivo y una ligera sonrisa. Sin duda, se le da bien adaptarse a otras personas, empatizar con ellas y así ganarse su confianza—. ¿Solía acudir tan tarde a hacer la compra de manera habitual? Por lo que tenemos entendido, el día que desapareció se acercó al supermercado cuando ya estaba próxima la hora del cierre.

—No, jamás. Pero aquel día fue muy estresante. Tuvo que ir con

los niños al médico y se hizo tarde para todo lo demás.

¿Y dónde estaba el superpadre mientras la mujer se encargaba de todo? Luego dicen que el mío era un monstruo, que por supuesto lo es. Pero, al menos, nunca se podrá negar que se encargaba de su hija. Él era quien me llevaba al médico, quien hacía los deberes conmigo y el que nunca se perdía ninguno de mis partidos de baloncesto.

Bueno, reconozco que eso no le hace mejor persona, pero sí un padre decente.

Patrick vuelve a coger aire. Ahí va otra pregunta de esas que escuecen. Lo veo en su mirada.

—Señor Sanders, ya estamos acabando, pero me gustaría que me dijese algo y que fuese sincero, se lo ruego.

El hombre gruñe por toda respuesta. Muy bien. Este tío cada vez me cae mejor. Es un fenómeno.

—¿Tenían problemas conyugales?

Según algunos testigos, tenían frecuentes discusiones. Pero no creo que este tipo vaya a ser sincero en este aspecto. El orgullo puede resultar tremendamente venenoso cuando es mal empleado.

—No, deje de insinuar eso. Ya le he respondido antes que mi mujer no tenía ninguna aventura.

—No es de eso de lo que hablo ahora. Estoy preguntando si ustedes estaban distanciados, si discutían con frecuencia o si ella manifestaba de algún modo que estaba cansada o harta. Si había dado señales de que quería que se separasen o de si estaba pensando en pedir el divorcio.

—Deje de ir por ahí, detective, porque se equivoca. Nosotros somos un matrimonio feliz. Sin fisuras.

Su tono de voz se ha agravado y se ha elevado. Se abren las apuestas acerca de si va a lograr mantener el control hasta el final de la entrevista.

—Bueno, cuesta creer que un matrimonio con hijos no tenga ciertos conflictos o desacuerdos. Eso forma parte de lo normal. No hay por qué avergonzarse —insiste mi compañero de forma acertada.

—Estamos bien. Nosotros estamos muy unidos —dice, apretando con fuerza las mandíbulas.

Patrick se ha dado perfecta cuenta de que, aunque hubiera problemas, nunca los reconocería. Es absurdo continuar por ese camino.

—¿Y cree que Gertrude estaba deprimida por algo?

—No lo creo.

—No lo cree pero no está seguro, ¿no es así?

—Sí, lo estoy. Ella estaba bien.

Me temo que este hombre solo ve lo que quiere. Le interesa tener a una ama de casa. Una sirvienta que se ocupe de todo. No digo que no

la quiera, pero desde luego no de forma sana. Yo desde luego no querría ese tipo de amor.

Al menos, debo reconocerle que ni una sola vez ha hablado de ella en pasado. Si él fuera el responsable, si verdaderamente le hubiera hecho daño, sería posible que en alguna ocasión hubiera usado un verbo en pretérito. Pero no, no lo ha hecho ni una sola vez, quizá porque confía en que ella siga viva.

Poco después, nos despedimos y le aseguramos que le mantendremos informado. La impresión de que su mujer ha sido asesinada no para de crecer dentro de mí, pero no voy a compartir mis pensamientos con mi compañero. Ya sé lo que me iba a decir: que me anticipo, que no sigo las pruebas. Es verdad, pero no es menos cierto que esta mujer está muerta. Y sé que él también lo sabe.

La mayor sorpresa viene al llegar a comisaría.

El cambio de conversación me deja totalmente descolocada.

—Todavía no me has dicho qué día vamos a cenar en casa de tu madre —me dice justo antes de que entremos por la puerta.

Me quedo en *shock*.

Casi lo olvido.

La cena.

La maldita cena.

Creo que debería haber tratado de evitarlo.

Ya es tarde.

Debo asumir que va a pasar.

Mi madre y Patrick se van a conocer.

No estoy entusiasmada precisamente.

—Creo que la semana próxima —digo dubitativa.

No sé ni por qué contesto eso.

Para salir del paso, supongo.

—Avísame con tiempo para que no haga planes —me pide y me guiña un ojo según pronuncia la frase.

—De acuerdo.

No sé por qué, siento como un ramalazo de celos. No debería, lo sé, pero no puedo evitarlo. Tal vez porque me gustaría que me incluyera en esos planes. Estoy siendo ingenua y estúpida. Pero lo cierto es que cada vez me siento más atraída por él.

Y eso no es bueno por diferentes motivos.

Capítulo 42
COMPROBACIÓN



El día se le hace inusualmente largo. Posiblemente la zozobra que le produce ese posible error que pudo haber cometido la pasada noche es lo que lo provoca. Se siente nervioso. Suda más de lo habitual. No para de mirar el reloj, buscando que las manecillas de este corran más rápido de lo habitual, cuando en realidad parecen arrastrar una losa y no poder avanzar.

—¿Qué te ocurre? Pareces enfermo —le pregunta una compañera. Sabe que no debe hablar mucho con ella. Solo lo justo. Si se entera la bruja, se lo haría pasar mal. Es una chica muy mona y le cae bien. Es buena persona. Le gusta. Por suerte para ella, no es pelirroja.

—He dormido fatal esta noche, pero creo que no es nada más. Gracias por preocuparte —responde con una sonrisa tímida.

No tiene la menor idea de que a ella también le gusta. Si diera el más mínimo paso, como invitarla a tomar un café o a cenar, su compañera lo recibiría encantada. Sin embargo, no sabe lo afortunada que es por no estar en su radar y porque eso nunca va a pasar. Si algún día descubre lo que ha hecho, será de las personas que no se lo podrán creer.

—Parecía un hombre muy bueno y muy tranquilo. Nunca me habría imaginado de lo que era capaz de hacer. Estoy consternada. Es horrible saber que he trabajado día tras día con un monstruo capaz de matar a mujeres —diría en una declaración a los medios de comunicación que se hicieran eco de la noticia.

Por fin llega la hora de finalizar el trabajo. Hoy saldrá pronto. Ha recibido un mensaje de la bruja para que vaya a comprar pañales para su vástago. Es un inconveniente que le retrasará, pero tendrá que hacerlo. No siente ni el menor cariño hacia el crío. Nunca quiso ser padre. Solo es una carga más.

En el mensaje, además, le pide que vuelva pronto a casa porque hoy tienen invitados. Lo había olvidado por completo. Debe darse prisa. Eso le pone todavía más nervioso. Encima tendrá que fingir que está a gusto, que se siente cómodo en compañía, cuando en realidad, lo único que querrá será salir corriendo de allí.

Esta vez no toma las precauciones habituales. No hay tiempo. No va en autobús hasta el lugar en el que tiene la furgoneta, ni se desplaza con ella, sino que va con su coche, ese que le identifica y que las personas que le conocen reconocerían. No obstante, es poco probable que alguno de sus conocidos le vea en el lugar al que tiene que ir.

Lo primero que hace es ir adonde enterró los restos de la última víctima. Aparca el vehículo en un camino cerca de la carretera. No está totalmente oculto, pero no suele haber tráfico por allí. Pasea entre los túmulos, bajo los que se ocultan los cuerpos. Por un lado las cabezas. Por otro lado lo demás. Nunca todo junto. Tal y como hace siempre.

Comprueba que todo está cómo debería. Eso le tranquiliza. Se toma unos minutos para respirar, mientras revive lo que ha hecho mientras contempla el terreno. Sabe dónde está cada una de sus víctimas. Cierra los ojos. Las puede ver. Las imagina en su estado actual. Disfruta de un placer que un ser humano normal no entendería.

No se da cuenta de que alguien le observa en la distancia.

No sabe que ha captado la atención de otra persona.

Capítulo 43
Myrkur



Pasan los días con rapidez. Me gusta esta sensación de cómo fluye el tiempo cuando algo absorbe tu atención. Es cierto que seguimos sin tener claro que hay detrás de estas desapariciones, pero es embriagador investigar, pensar en posibles hipótesis, seguir las pruebas, recoger las piezas del puzle que, con un poco de suerte, tal vez un día encajen por completo.

En una zona un tanto aislada de la comisaría, Patrick y yo hemos montado un tablón en el que vamos recogiendo la información relacionada tanto con Caroline Manson como con Gertrude Sanders. Por suerte, Harry, nuestro jefe, nos ha dado el visto bueno en cuanto a lo de investigar por nuestra cuenta, siempre y cuando no desatendamos nuestras tareas principales y los casos que nos asigne.

A mí no me importa hacer horas extra. Tampoco se puede decir que tenga una vida privada interesante. Mis amigos son tan escasos que me sobran dedos de una mano. A mi edad es algo que suena bastante triste y soy consciente de ello. Pero estoy acostumbrada a ser la apestada. Es el resumen de la historia de mi vida. Una vez que lo asumes, ni siquiera te parece tan malo.

Tal vez por eso empiezo a considerar a Patrick un buen amigo, quizá porque parece ser el único al que no le preocupan mis orígenes y no me juzga por ellos. Al margen de la atracción que siento, me gusta estar con él, me gustan las conversaciones que mantenemos porque son muy interesantes e instructivas.

Todavía no tenemos demasiadas pistas de las dos desaparecidas. Al margen de la descripción física, seguimos sin encontrar otros puntos o aspectos que las relacionen. Investigamos los últimos lugares en los que se las vio con vida. Tampoco ahí hay conexiones. No frecuentaban los mismos lugares. No acudían a los mismos servicios, como puede ser por ejemplo la peluquería. Puede que su selección haya sido aleatoria y que el único requisito fuera cruzarse con el secuestrador teniendo esos particulares rasgos.

De todos modos, Patrick y yo vamos a acudir a los sitios en los que se cree que desaparecieron. Somos conscientes de que no hallaremos

nada nuevo. Ha pasado demasiado tiempo. Sin embargo, nos servirá para hacernos una composición mental de cómo pueden raptarlas, si es que alguien lo hace.

Esperamos que no tarden mucho en llegar algo de la base de datos de desaparecidos, aunque sospecho que, por mucho que sea un colega de Patrick quien se ha puesto a ello, no se lo ha tomado demasiado en serio. Si no, me sorprende que no haya más coincidencias, salvo que estemos ante las dos primeras víctimas, que también sería factible.

Esta noche es la cena. Aunque lo disimulo, la verdad es que estoy de los nervios. No sé qué ponerme. No quiero ir demasiado arreglada. Por un lado, por lo que pueda pensar él. Por otro, por lo que pueda interpretar mi madre, a quien no se le escapa una. Supongo que haber estado tan solas gran parte de nuestra vida ha hecho que se agudicen sus sentidos y que me conozca más que yo misma.

—Myrkur, tenemos algo.

Por un instante, no sé que me está diciendo y le miro embobada.

—¿Qué?

—Decía que tenemos algo. Me ha llamado mi colega. Ha encontrado varias mujeres desaparecidas que coinciden con la descripción que le hemos dado dentro del estado de Massachussets.

—Eso ya nos da un patrón.

—Bueno, no te aceleres. Aunque esta vez te voy a decir algo que te va a gustar: al menos hay diez de las que se ha denunciado su desaparición dentro del condado de Essex.

—Luego, ahora sí, tenemos a alguien que está actuando en la zona —reflexiono en voz alta—. ¿Han encontrado a alguna de ellas?

—No, ninguna hasta la fecha. La primera desapareció hace diez meses. Y la periodicidad ha sido en torno a tres semanas o un mes hasta hace poco, que nuestras dos desaparecidas lo han hecho con un margen de unos diez días. No obstante, tenemos otra mujer que desapareció poco antes de Caroline Mason. Por lo que, si estamos ante el mismo sujeto, me da la sensación de que está empezando a acelerarse.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora se toma menos tiempo entre una y otra?

—Bueno, es algo relativamente frecuente que en los criminales crezca el deseo y cada vez necesiten más en menos tiempo. Como si fueran adictos, en un sentido un tanto macabro.

Es posible. Pero yo tengo otra teoría. Siempre he sido intuitiva. No me cuadra que durante casi diez meses haya sido paciente y fuera capaz de esperar entre una víctima y otra y, de pronto, tenga más prisa. Además, es posible que se acelere incluso más en los próximos días. Es una sensación que tengo. Pura intuición.

—¿Y si las primeras fueron un ensayo?

—¿A qué te refieres? —me pregunta Patrick intrigado.

—Tal vez con las primeras estuvo entrenándose. Al principio, se sentía más inseguro y necesitaba más tiempo para cerciorarse de que la policía no llegaba hasta él y, además, de que no localizaban a las chicas.

—Estamos dando por supuesto que a todas se las ha llevado el mismo, cosa de la cual no tenemos ni la menor certeza. Puede que haya otras explicaciones. Además, si las ha secuestrado alguien, no tenemos ni la menor idea de qué ha hecho con ellas.

—Las ha matado. Lo sabes igual que yo.

—No, Myrkur, lo supongo igual que lo supones tú, pero eso está muy lejos de saberlo.

—Son solo formas de hablar.

—Puede ser, pero no hay que obviar el peligro de las palabras, porque se pueden convertir en creencias arraigadas.

—Ya estás sermoneándome.

—Un poco —dice sonriendo—. Pero no quiero que te mosquees, que luego vamos a cenar a casa de tu madre y me gustaría que pasáramos una velada agradable.

—Baker. Cranston —nos llama Arthur Payne desde el otro lado de la sala. Arthur es uno de los veteranos de la comisaría. Un peso pesado por aquí—. Creo que tengo algo para vosotros.

Nos miramos. Los dos estamos deseando saber más. Nos dirigimos hacia su mesa.

—¿Qué pasa?

—Ha vuelto a llamar el tal David Truman. Ha dicho que tiene algo que te iba a interesar. ¿Te lo paso? —pregunta tapando el auricular.

—Por supuesto.

Estoy muy intrigada. ¿Qué más tendrá que añadir?

—David, soy Patrick.

Me pego a mi compañero tratando de escuchar la conversación. Huele tan bien que me cuesta concentrarme. Demasiada tentación.

—Acaba de entrar algo que seguro que os va a interesar a tu compañera y a ti.

—Suéltalo de una vez.

—Acaban de informarme que hace unos días el padre de una tal Susan Harley ha denunciado la desaparición de su hija. Dice que estaba viajando sola y que la última vez que habló con ella se dirigía a Salem.

Nos miramos a los ojos. Está claro que pensamos lo mismo. Si mi intuición no me falla, tenemos una nueva víctima.

El problema, una vez más, es que no tenemos ni la menor prueba de ello.

Capítulo 44
Supermercado



Se da cuenta de que debe irse. Aún no ha pasado por el supermercado a por los pañales y se acerca la hora en la que llegarán los invitados a casa. Siente cómo la rabia asciende dentro de él y le llena por completo.

Grita fuerte.

Se desgañita.

Siente una terrible frustración porque se sabe atrapado en una jaula. Necesita acelerar el proceso. Necesita encontrar a su siguiente víctima. Necesita ese desahogo, su particular oasis en medio del desierto. Necesita empezar a perfilar su proyecto, ese tan siniestro en el que le dará forma a la mujer perfecta.

Su mujer perfecta.

Llega al supermercado. Aparca el coche de mal humor. Lo deja casi tirado, sin preocuparse de que quede dentro de las líneas como es habitual en él. Siempre intenta ser el perfecto ciudadano. Siempre procura ser cívico.

Se adentra en la tienda sin decir una palabra. No saluda al de seguridad que hay en la entrada como suele hacer. Va con paso rápido hasta la fila en la que se encuentran los pañales y el resto de productos para bebés. Revisa el mensaje. No puede equivocarse. Busca en los estantes exactamente el modelo y la marca que le ha dicho la bruja. Los tiene. Coge dos paquetes. Mejor que sobren a que falten, aunque seguro que a eso también le pondrá una alguna pega. Encontrará un motivo para decirle algo que ha hecho mal.

Ese pensamiento hace que suba un grado más su ira.

Se dirige otra vez a paso rápido por los pasillos. Golpea sin querer a una mujer al pasar y no se disculpa. Esta le mira con mala cara. Él la ignora y sigue hacia la línea de cajas. Mejor para ella. Debido a la hora, hay bastante gente. Largas filas con carros llenos. Le cuesta decidirse en cuál ponerse. Siempre parece que la que escogemos es la que va más lenta. Será debido a una extraña especie de efecto túnel.

Entonces la ve.

La elige.

Es perfecta.
Ella será la siguiente.
Se pone en la línea de la cajera pelirroja.
Su humor parece haber cambiado de golpe.
Tiene un motivo.
Tiene un objetivo.
Respira.
Todo parece volver a encajar.

Capítulo 45
Myrkur



Ya era tarde y no nos ha dado tiempo a mucho. Hemos hablado por teléfono con el padre de la chica. Al parecer, decidió hacer un viaje después de romper con su novio, con el que llevaba siete años. Decía que necesitaba despejarse. Desde luego, nunca sabemos cuando las decisiones que tomamos son la peor idea posible.

El padre no sabía precisar cuándo podía haber desaparecido. No hablaban todos los días ni mucho menos. Ella era una mujer independiente y no le gustaba sentirse controlada. Sin embargo, le extrañó que no le contestara las última llamadas ni los mensajes, puesto que ya hacía varios días desde la última vez que hablaron. Cuando lo hicieron, la chica le contó que quería ir a Salem.

Puede que sea el epicentro de las desapariciones.

En Salem es justo donde nos encontramos.

En Salem es donde Ben y Michael desestimaron la opción de investigar dos posibles desapariciones. Tres en realidad. Quién sabe si no han sido más los casos que han obviado.

Sí, Salem.

Ese Salem.

El archiconocido por los juicios de las brujas que ocasionaron la muerte de veinte inocentes y donde más de doscientas personas fueran injustamente vilipendiadas entre 1962 y 1963. Sé que resulta curioso que mi madre y yo nos trasladásemos precisamente a esta localidad después de dar vueltas por muchos sitios. Quizá nos gustaba la ironía que suponía terminar precisamente en la ciudad con tan extravagante pasado.

Dos brujas apestadas y rechazadas.

Estoy terminando de arreglarme mientras le doy vueltas a todo esto. Trato de convencerme de que no puedo cegarme con mis intuiciones, pero cada vez tengo un pálpito mayor de que tenemos a un asesino en serie en los alrededores y está campando a sus anchas. Es algo que me produce una sensación extraña. Es como perseguir mi pasado. Es como enfrentarme cara a cara con mi padre. O al monstruo que fue.

Me miro en el espejo antes de salir. Llevo un vestido de tirantes ajustado, sin demasiado escote y que me llega por las rodillas. Igual debería haberme puesto unos vaqueros y una camiseta un poco mona y ya está. No obstante, no me parece que vaya demasiado arreglada, puesto que además el maquillaje que llevo es bastante discreto.

No soy de pensar demasiado en mi atuendo, pero esta cena me pone especialmente nerviosa. Tal vez son las expectativas que tengo. Eso es algo que suele arruinarlo todo, cuando esperamos que algo salga de una manera y discurre justamente al contrario.

Y así es justo como sucede.

Cuando llego a casa de mi madre, me sorprendo de que Patrick ya esté allí. No sé el rato que llevarán hablando, pero veo que la copa de vino que tienen ambos está a punto de agotarse. Es evidente que se han compenetrado bien y que han disfrutado de su compañía mutua en mi ausencia. No se me escapa tampoco la forma en la que se miran y me doy cuenta de que se atraen mutuamente.

Siento rabia por ello.

Me siento traicionada.

Mi madre tiene cuarenta y seis años y Patrick casi treinta y siete. Ella es mayor que él, pero es una mujer a la que no se le puede negar el atractivo. Tiene unos ojos grandes y muy llamativos con largas pestañas y unos labios sensuales, además de un cuerpo muy cuidado que cuesta creer que sea de una mujer de su edad. Se conserva muy bien y sigue llamando la atención de los hombres.

Hasta que se enteran de quien era su marido.

Ahí suelen salir corriendo despavoridos.

—Has llegado pronto, Myrkur —dice mi madre cuando me ve entrar. He traído mis llaves, así no tengo que llamar. Parece un comentario inocente, pero estoy convencida de que no lo es. Como si les hubiera pillado haciendo algo indebido. Igual les estorbo y todo.

—No creas, mamá. Son solo diez minutos antes de la hora que me dijiste. En realidad, yo diría que el que ha llegado pronto es Patrick, aunque no parece que eso te moleste —respondo, sin poder esconder mi malestar ni ocultar una mirada de reproche. Estoy siendo infantil y lo sé, pero me cuesta evitarlo.

Mi compañero me mira con una mueca divertida. Parece que todo se lo tomase a risa. Esta situación me parece surrealista. Está disfrutando de lo lindo y todavía no nos hemos sentado a la mesa.

—Es que no me habías dicho que tenías un compañero tan guapo. Te lo tenías muy callado —flirtea mi madre. Lo que me faltaba, que ni si quiera disimule.

—Tampoco me había dicho a mí que su madre era como una actriz de cine.

Estoy a punto de vomitar. Si siguen poniéndose así de

empalagosos, cojo la puerta y me marcho.

Genial. La noche acaba de empezar y tengo la impresión de que no puede ir mejor.

Capítulo 46
REspiro



No ha sido difícil apresarla. Desde el momento que la vio la noche anterior, no ha podido parar de imaginársela atrapada en su sótano, dispuesta para él. Se ha convertido en una obsesión que le nubla el pensamiento.

Gracias a ella, la cena de la noche anterior con los compañeros de trabajo de la bruja se hizo más llevadera. Le devolvió la serenidad que necesitaba. Le ha dado un respiro. Es un experto en meterse en su mundo interior mientras los demás creen ver en su rostro apacible que presta atención a lo que sucede a su alrededor. Es su manera de sobrevivir a esa realidad que cada vez le parece más ajena.

La bruja le miró de forma extraña en distintos momentos. Le pareció que podía leer en su interior. Eso hizo que se pusiera algo tenso en ciertos instantes. ¿Y si realmente veía lo que pasaba por su mente? Pero era algo absurdo. Solo le miraba para ponerle nervioso y seguirle teniendo bajo control. Era su manera de recordarle que le tiene dominado.

Pero hoy todo es distinto. La noche pasó, llegó el amanecer y poco después ha salido de esa casa que es como una jaula para él. El día ha transcurrido en ese anticipo constante de lo que sucedería en cuanto saliera del trabajo. Un cambio de turno con un compañero para hacerle un favor, le sirve de coartada perfecta, puesto que saldrá un poco más tarde de lo habitual, pero no tanto como le hará creer a su esposa. Solo lo justo para llegar a tiempo a su misión.

Todo ha transcurrido según lo previsto. Todo estaba calculado. El tiempo que necesitaba para ir a recoger la furgoneta y el que emplearía hasta llegar al parking del supermercado, antes de que este cerrara. Desde allí, metido en su furgoneta anodina y gris, ha esperado hasta que su objetivo ha terminado su turno.

Ha sido tan fácil.

Tan predecible.

Cuando todo se ha quedado desierto, se ha acercado a la parada del autobús donde esperaba sola y se la ha llevado en cuestión de segundos. La experiencia se le nota. No comete fallos y todo lo hace de

manera más fluida.

En menos tiempo de lo esperado, se encontraba con ella en esa edificación perdida y abandonada en medio de un barrio aislado y marginado hasta que él la hizo suya. Se encuentra próxima al camposanto en el que descansan el resto de sus víctimas, pero no lo suficiente para conectar ambos lugares directamente.

El generador continúa funcionando a la perfección. Lo revisa cada cierto tiempo para evitar sorpresas. No puede conectarse al sistema de electricidad general. No puede tener un contrato en esa zona de la ciudad a su nombre. Eso dejaría demasiadas pistas. Preparar todo lo que ahora tiene le llevó su tiempo, pero merecieron la pena las semanas invertidas, quizá incluso más de dos meses, mientras probaba sus habilidades como cazador.

Le gusta grabar todo el tiempo, sin cortes, sin vacíos. En realidad, no es más que una excentricidad más, puesto que nunca tiene tiempo de revisar las cintas, sino que solo observa la pantalla cuando ya está allí. Pero si algún día pasara algo inesperado, eso le serviría para descubrir lo ocurrido.

Se ha quedado inconsciente esposada a la cama. La mira a través de la pantalla. Su rostro relajado, fruto de un sueño químico y artificial que mantiene en pausa la pesadilla en la que despertará cuando abra los ojos.

Se relame mientras la mira. Es tan perfecta. Su rostro blanco, casi níveo, salteado por pequeñas pecas distribuidas por su nariz y sus mejillas. Su pelo cobrizo y sedoso descansando sobre la almohada, enroscándose sobre sí mismo.

Mañana será otro día.

Mañana.

Capítulo 47
Myrkur



Apenas tengo ganas de comer. Estos dos me han quitado de golpe el apetito. Se han pasado todo el rato de risitas y hablando como si se conocieran de toda la vida. Me siento traicionada por ambos. Me hacen sentir una niña estúpida asistiendo a una cena a la que no ha sido invitada.

—Myrkur, cariño, casi no has comido nada.

—No tengo hambre.

Me abstengo de decir que me parece repulsiva la forma en la que se están comportando. Sería una evidencia de celos demasiado clara. Y debo reconocer ante mí misma que eso es lo que me pasa: siento celos. Gestionar mis emociones nunca ha sido lo mío. Ocultarlas. Disimularlas. Esconderlas. Eso es lo que se me da bien.

—Y yo añadiría que no has hablado demasiado, aunque es cierto que tampoco es que seas demasiado habladora de forma habitual —apostilla mi compañero, ayudando más si cabe.

—No pensaba que fuera el centro de atención esta noche precisamente. Tampoco es necesario que analicéis cada cosa que hago. Vosotros seguid a lo vuestro mejor.

—Myrkur, ¿pasa algo? —pregunta mi madre, con cara de extrañeza.

Sí, mamá, pasa que estás pensando en tirarte a mi compañero y no me hace ni pizca de gracia. Obviamente, esto no se lo digo. Ya sabe cómo soy, pero eso no significa que suelte todo lo que me pase por la mente.

Patrick me mira. Me está analizando. Ahora mismo, sus ojos son como un escáner intentando recabar la máxima información posible. Estoy tentada de hacerle burla, pero eso ya sí que sería el colmo del comportamiento pueril.

—Nada, estoy bien —respondo, al final.

Fuerzo una sonrisa. Imagino la mueca que me ha salido. Supongo que estoy estropeando este ambiente de colegueo tan estupendo que tenían.

—La cena está deliciosa, Karen.

—Me alegro de que te guste, Patrick —comenta, apoyando su mano en el antebrazo de él—. Quería agradar al compañero de mi hija. Para mí es muy importante que ella esté a gusto y estaba deseando conocer en primera persona con quién pasa todos los días. Debo decir que me he llevado una agradable sorpresa. Pareces un buen tipo. Y esto no es algo que diga muy a menudo.

—Me gusta mucho trabajar con Myrkur. Es una chica muy inteligente y perspicaz —comenta mirándome para ver mi reacción a sus palabras.

—¿Y qué te trajo a Salem, Patrick? Tengo entendido que has trabajado en Boston y Nueva York. Es un cambio importante, desde luego. Me atrevería a decir que radical.

—Supongo que, al final, el motivo principal ha sido el estrés. Son dos ciudades en las que el trabajo de policía puede ser muy duro y muy exigente.

No sé por qué me sorprendo que mienta sobre esto de manera tan descarada. He llamado a las dos demarcaciones en las que trabajó en los últimos años. Patrick es un enamorado del estrés y de la acción. Ama la adrenalina. Al menos, es lo que he podido averiguar. No es propio de él trasladarse a una localidad tranquila como esta, con un índice de criminalidad bajo en comparación con la mayor parte del país. Algo no cuadra. Pero todavía no he podido indagar mucho más.

Tengo previsto ahondar en los casos en los que trabajó, descubrir cuáles fueron los más significativos para él, aunque va a ser una tarea complicada. Tal vez tampoco halle nada ahí y al final sea un motivo personal. Desde luego, no me han relatado problemas de esa índole con compañeros de las comisarías en las que ha estado asignado. Más bien al contrario. Patrick Baker siempre ha sido un policía querido por sus colegas, en el que podían confiar y con el que disfrutaban trabajando codo con codo.

En resumen: tenemos un poli bien valorado por sus compañeros y al que le gustaba la acción. No ha venido a Salem para tomarse un respiro. Hay un motivo oculto. Pero no se me ocurre qué es lo que esconde.

—Bueno, creo que mucho estrés no vas a encontrar aquí, así que parece que has acertado con tu elección.

—Eso creo. Además, me gusta hacer de mentor con Myrkur. Es una joven con un gran talento.

—Yo no te lo he pedido, que quede claro. Nunca he solicitado algo similar.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo. Me recuerdas mucho a mí cuando empecé. Y me encanta verme reflejado en ti.

Mi madre nos está estudiando en este momento. Patrick clava sus ojos en los míos. No sé qué responder ahora mismo. Me hace sentir

incómoda que me mire así. ¿Qué pretende?

—¿Qué tal si tomamos el postre? —pregunto para salir del paso. No he sido nada original, pero no se me ocurría nada mejor.

Mi madre ha hecho una receta especial de un dulce casero que le enseñó su abuela. Con el postre y el café, la conversación se vuelve más relajada. Patrick nos cuenta algunas anécdotas de cuando estuvo en la universidad y de su primera etapa como policía. Entonces, la conversación vira de forma imprevisible.

—Supongo, Karen, que habrá sido muy difícil para vosotras encontrar vuestro lugar después de lo sucedido.

Mi madre se pone un poco rígida. Casi logra disimularlo, después de tantos años de enfrentarse a conversaciones similares. No obstante, es más que evidente que no le ha gustado en absoluto que saque ese tema.

—Perdona, no tienes que contestar si no quieres. Es solo que he estado hablando de mí mismo sin parar y me he dado cuenta de que no me he interesado en ningún momento por vosotras. He sido un egocéntrico. Lo último que querría es que te sientas incómoda.

Es un embaucador. Pero mi madre no es idiota. No es del todo verdad lo que dice. En realidad, lo pregunta porque anda detrás de algo. Estoy deseando que muestre sus cartas.

—Sí, lo ha sido. Ha sido muy complicado. Tampoco voy a contarte nada que no puedas imaginar. Con lo que arrastramos, no es fácil encontrar personas que nos acepten sin reticencias. Pero Myrkur y yo somos fuertes. Somos mujeres duras.

Patrick mira a mi madre. Creo que se ha dado cuenta de que es un tema tabú. No le va a valer con una bonita sonrisa y una velada agradable para conseguir que ella le abra su corazón. Este es un asunto muy delicado para nosotras.

—Lo siento si te he molestado, Karen. No era mi intención —se disculpa.

—No pasa nada. Está bien —responde escueta.

Algo se ha estropeado y todos los presentes somos conscientes de ello.

—Se hace tarde. Creo que va siendo hora de irse. Estoy molido. Además, mañana tenemos que madrugar.

Nos levantamos, recogemos la mesa y ayudamos a mi madre a meter todo en el lavavajillas antes de irnos. Otra vez me doy cuenta de cómo se miran, del modo en que se roban caricias furtivas, apenas unos roces que parecen casuales, y me siento celosa. Otra vez.

—Muchas gracias por esta encantadora velada, Karen. Ha sido muy agradable conocerte. Espero que no sea la última vez que nos veamos.

—Cuando quieras. Ya sabes dónde encontrarme.

Se despide dándole un beso en la mejilla, igual que hago yo.

Cuando ya estamos en la calle, no puedo reprimirme.

—¿De qué ha ido todo eso, Patrick?

—No te entiendo, Myrkur. ¿A qué te refieres?

—A que te has pasado tonteando con mi madre toda la cena. Si lo que quieres es acostarte con ella, igual todavía puedes subir.

Me mira y respira. Está pensando qué decirme.

—Tu madre es una mujer preciosa, Myrkur, pero yo no soy un aprovechado. Y si el día de mañana decidimos acostarnos, será algo entre ella y yo. No es de tu incumbencia.

—Eres un cretino.

—No entiendo por qué. He venido a cenar, tal y como me pediste.

—No te costó ningún esfuerzo aceptar. Parecía casi como la oportunidad que estabas esperando.

Le cambia la expresión. Es casi imperceptible pero me he dado cuenta.

—Solo he intentado ser agradable. Si tu madre me invitaba a cenar, me parecía que lo más correcto era aceptar. No sé qué es lo que te sienta mal.

No respondo. No sé qué decir. Bueno, sí lo sé, pero no me parece oportuno hacerlo. No me parece que deba decirle que estoy celosa y que yo soy la que quiere acostarse con él.

—¿Te gusta? —me atrevo a preguntar.

—Ya te he dicho que me parece muy atractiva.

—No es lo que te he preguntado.

—Sí, me gusta.

Estoy furiosa, cada vez más.

—¿Y yo?

Esa pregunta sí que le ha pillado a contrapié, es obvio.

—No voy a seducirte ni a acostarme contigo, Myrkur. Trabajamos juntos. Soy algo así como tu mentor. No creo que sea lo correcto. Además, eres una cría —responde de forma ambigua. ¿Quiere decir que si tuviera cinco años más se lo pensaría?

—No creo que la edad sea un inconveniente para un tío. Eso es de mojigatos. Y una excusa, nada más.

—Para mí sí es un inconveniente. Tienes veintitrés años y yo casi treinta y siete. Y creo que deberíamos dar por finalizada esta conversación, no sea que al final alguno de los dos diga o haga algo de lo que se arrepienta.

Capítulo 48
Arcón



Lo primero que hace al llegar a la casa esa noche es abrir el arcón y comprobar el género. Es así como él lo ve, como algo despersonalizado, no como partes de seres humanos. Esposas, hijas, novias, hermanas, sobrinas. Mujeres a las que sus familias echan de menos.

Revisa lo que ha ido acumulando y el estado en el que se encuentra. Por suerte, la carne se ve en buen estado. No hay tumefacciones reseñables, seguramente gracias a la precisión del procedimiento seguido tras el corte y a la rapidez en su ejecución. Le preocupa lo que sucederá cuando los saque del estado de congelación y comience a unir todas las piezas.

Acaricia todas y cada una de las partes. El tacto helado le produce escalofríos, pero eso no le impide que siga palpándolos. Con cada roce, le viene a la memoria la dueña del que ahora no es más que un pedazo de carne. Revive cada momento con ellas, desde que las capturó hasta el momento de su sentencia inapelable.

Cierra los ojos. Imagina ahora el resultado final. Lo ve con absoluta nitidez. Respira mientras toma conciencia de la magnitud de su proyecto. De lo que significa. De las implicaciones que conllevará. Tendrá que guardarlo en secreto. La humanidad no está preparada para comprender sus motivos. Le tacharían de monstruo, le verían como una bestia sin sentimientos.

La evolución requiere de sacrificios.

Los avances implican acciones difíciles de entender.

Después, se dirige donde tiene instalado el monitor. Lo que ve le sorprende. La joven pelirroja se encuentra sentada en la cama, con los pies apoyados en el suelo y mirando hacia la cámara. Él da un respingo hacia atrás. Da la impresión de que le está viendo. Se siente intimidado por esos ojos que destilan seguridad y fiereza.

Esta no parece como las demás. Da la impresión de ser una mujer fuerte de carácter. Pero, en realidad, no lo sabe, solo se basa en la imagen que acaba de ver de ella. Cuando la vio en el supermercado no le produjo esa sensación, pues ella parecía dulce, amable y sumisa. Sin

embargo, se da cuenta de que puede que sea bueno para él. Si la domina, si la somete y logra su propósito, hará que se sienta más fuerte y crezca la confianza en sí mismo.

Ahora tiene claro qué parte de su cuerpo se quedará.

Debe ser una con mucha personalidad.

Cabeza y corazón son los que nos definen.

Razón y sentimiento.

Y esta joven es puro arrojo.

Capítulo 49
Myrkur



La sensación al llegar a la oficina es rara. Patrick y yo nos miramos midiéndonos, tratando de descubrir qué pasa por la cabeza del otro. Puede que no haga tanto tiempo desde que nos presentaron, pero creo que ambos tenemos la impresión de conocernos de toda la vida.

Sin embargo, hoy todo resulta extraño. Parecemos dos desconocidos. Tal vez, volvamos a serlo.

—¡Hola, Myrkur! ¿Has dormido bien?

Es él quien rompe el hielo. No podría ser de otra manera. Perdí mis habilidades sociales a los doce años, cuando el mundo se volvió un lugar hostil en el que ya no había sitio para mí.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Bien también —contesta. Guardamos unos segundos de silencio. Ninguno de los dos aparta la mirada. Parece un duelo de titanes—. ¿Qué te parece si investigamos lo de la turista?

—¿Susan Harley?

—La misma.

—Me parece una buena idea.

No me da tiempo ni a sentarme. Patrick coge su americana del respaldo de su silla y se levanta. Durante un segundo, justo antes de que cierre lo que sea que esté viendo, tengo la sensación de que está leyendo mi expediente. Ha puesto el monitor en modo hibernación. Estoy tentada de activarlo de nuevo.

Trago saliva. ¿Está investigándome? Siento que me tiemblan un poco las piernas. Si la única persona en la que he podido confiar mínimamente en los últimos años me traiciona, entonces, ¿qué me queda?

Intento serenarme y no sacar conclusiones precipitadas. Seguramente todo tiene una explicación. Incluso es posible que no haya visto lo que he creído ver. Pero no logro autoengañarme.

—¿No vienes? —me pregunta ya casi desde la puerta, al darse cuenta de que me he quedado clavada en el sitio y no le he seguido.

—Claro. Ya voy.

Instintivamente, giro mi cabeza una vez más hacia el monitor del ordenador, como si él fuera quien puede revelarme el secreto y abrirme los ojos de una vez. El problema es que, por primera vez en mucho tiempo, creo que no quiero descubrir la verdad, porque me temo que esta pueda doler demasiado.

Empiezo a andar con mi mente todavía en otra parte. Salgo a la calle y una racha de viento fresco me recibe de forma agradable. Es lo que necesitaba, algo que me despeje y me haga dejar atrás estos pensamientos intrusivos.

—Vamos a ir al hotel en el que se alojaba. He hablado con una de las personas de recepción y me ha dicho que investigará todo lo que pueda mientras llegamos. Podremos hablar con el personal del hotel que la atendió en algún momento. Tal vez ellos puedan darnos algo de luz acerca de la chica.

—Estupendo —contesto de forma escueta.

Durante unos segundos, ninguno de los dos ni hace ni dice nada. Es como una espera tensa en la que cada uno confía en que sea el otro el que tome la iniciativa.

—Oye, Myrkur, me gustaría que olvidásemos lo de ayer, ¿vale? No quiero que nuestra relación se enturbie por cosas que no tienen importancia.

Bueno, para mí mis sentimientos no son algo que no tenga importancia, pero gracias por ser tan comprensivo, Patrick.

Continúa hablando al ver que no respondo.

—No sé si me he expresado bien, ¿vale? No quiero decir que no tenga importancia. —Me acaba de leer el pensamiento. Esto empieza a ponerse raro de más. No es la primera vez que lo hace—. Lo que trato de decir es…

—Tranquilo, estamos bien —le corto, forzando una sonrisa que estoy segura de que no me ha salido sincera. Algún día lo conseguiré. Seguiré esforzándome para que parezcan auténticas.

Él se ha dado cuenta. Su gesto le delata. Aun así, cabecea como aceptando lo que acabo de decirle.

Entonces ambos nos dirigimos en silencio hasta el coche. Cada uno a un lado, él al del conductor, yo al del copiloto, como si fuera un acuerdo tácito. En realidad, lo es. Yo soy la aprendiz y no tengo suficientes privilegios. Tampoco es justo que piense así, porque Patrick suele tratarme de igual a igual, cosa que agradezco.

Arranca inmediatamente. Pone la radio. Hoy necesitamos llenar los silencios. Echan un clásico de Aretha Franklin, *I'm feeling good.* Sé que puede parecer casi un sacrilegio, pero prefiero la versión de Muse, tal vez porque son más de mi época, aunque los tres pasan ya de los cuarenta. La canción casi me resulta una broma pesada, con ese título de ánimo tan positivo, quizás porque yo en este instante estoy lejos de

sentirme bien.

El trayecto se me hace eterno. Sospecho que a mi compañero también. No lo dice, pero hay ciertas cosas a las que no hace falta ponerles palabras. Se sienten y, por eso, se saben. Son certezas.

—Hemos llegado —dice ahora. Parece que nos adentramos en la fase de las obviedades. Para ser justos, yo tampoco se lo estoy poniendo fácil.

Nos bajamos casi al unísono. Parecemos un equipo bien coordinado. Honestamente, creo que lo somos, aunque hoy el horno no esté para bollos.

Capítulo 50
Miedo



Se dirige hacia el sótano. Quiere verla frente a frente. Se pone la capucha y cumple con su ritual habitual. Baja las escaleras y abre la puerta con lentitud. Entra en la habitación, si es que se puede llamar así a ese cuchitril definido por cuatro paredes en un estado de decrepitud alarmante. Allí está ella. Sentada. Los pies en el suelo. Mirándole.

—Suéltame —le ordena. Le sorprende el tono autoritario. Cualquiera diría que es ella quien está al mando.

No dice nada. La observa desde la seguridad que le confiere esa capucha que oculta su rostro. Siente miedo. Él. No ella.

—Te he dicho que me sueltes, ¿o es que no me has oído?

Su tono de voz no deja dudas. Le está dando una orden y quiere que la acate ya.

—¿No piensas decir nada, mamarracho? ¿Qué pasa, que estás acojonado? Maldito cobarde que tienes que esconderte detrás de una máscara y drogarme para lograr controlarme. Como se te ocurra acercarte, te vas a enterar de lo que es bueno. Más te valdría haberme atado los pies y las manos, porque te aseguro que te voy a dar una paliza.

Es peor de lo que imaginaba. Se siente acorralado. No es capaz de articular palabra. Ella está tomando el control. Parece que fuera él quien se haya esposado, porque literalmente se siente atornillado al suelo.

—¿Sabes una cosa? —le pregunta mirándole desafiante—, que te has equivocado de chica. Si pensabas que iba a suplicar que me soltaras, estás listo. Vas a desear no haber nacido y, por supuesto, vas a querer volver atrás, al momento en el que tomaste la peor decisión de tu vida cuando decidiste secuestrarme.

En realidad, ella también tiene miedo. Sabe que se encuentra en desventaja. No tiene escapatoria. Está a su merced. Ella no tiene nada de lo que valerse para defenderse, salvo una de sus manos y sus pies. Luchará con uñas y dientes si es preciso, con todo lo que tenga, pero sabe que está perdida. Lo que está haciendo no es nada más que una

estrategia. Trata de desconcertarle, mostrando una imagen que nunca esperaría encontrar. El valor puede ser la clave. Mostrar valentía. Nada de rendición. Y piensa mantenerse en ese papel y vencer su miedo porque, si existe alguna posibilidad de salir con vida, se le ocurre que esa es la única.

Él se da la vuelta. Abre la puerta. Sale. La cierra con llave. Se asegura de que está bien cerrada y sube corriendo las escaleras. Cuando llega arriba, se quita con urgencia el pasamontañas, que siente que le está asfixiando.

Le falta el aire.

Respira, pero la bocanada de aire que toma es insuficiente.

Respira otra vez.

Respira.

Se le nubla la vista.

Si no logra tranquilizarse, se va a desmayar.

Respira.

Una vez más.

Poco a poco, se tranquiliza.

Deja que su espalda resbale por la pared. Pone la cabeza entre las piernas. Se la golpea con las manos.

—¡Idiota! ¡Estúpido! ¡Eres un inútil!

Se tira del pelo.

Abre la boca para gritar, pero al final se reprime.

Aprieta los puños.

No sabe qué va a hacer.

Capítulo 51
Myrkur



Nos recibe la recepcionista con la que habló Patrick por teléfono. Es una mujer de unos cuarenta años muy agradable y con sinceras ganas de ayudar. Es de agradecer, la verdad, aunque dudo mucho que podamos obtener información verdaderamente útil aquí.

—Muchas gracias por atendernos, señora Roselyn.

—No hay de qué. Espero que podamos servirles de ayuda. Es terrible que una joven desaparezca sin dejar rastro.

—Bueno, todavía no podemos aseverar tal cosa. No obstante, sí que nos gustaría saber si puede contarnos algo sobre Susan Harley.

—Sí, detective Baker. Después de hablar con usted, he estado indagando por mi cuenta, con el fin de recabar la mayor información posible antes de que llegasen. He estado unos días de vacaciones y no estaba al corriente de las cosas que han sucedido en los últimos días en el hotel.

—Nos hacemos cargo, no se preocupe —le asegura Patrick con una sonrisa, a la que ella responde encantada. Estoy tentada de poner mis ojos en blanco. Ya me conozco demasiado bien sus trucos. En esta ocasión, desde luego creo que es innecesario, porque no existe la menor duda ante la disposición de esta mujer a ayudarnos.

—Por lo que me han dicho mis compañeros, le resultó muy sospechoso no haber vuelto a ver a la joven en varios días desde que se registró.

—Bueno, tal vez no la vieran, pero eso no tendría que ser necesariamente sospechoso —contraargumenta.

—Es posible. No obstante, no es un hotel demasiado grande, por lo que solemos recordar a nuestros huéspedes mientras están alojados. Procuramos que el trato sea cercano. Además, parece ser que la joven llamaba la atención, ya que no es tan habitual ver a pelirrojas por aquí. Y dicen que era muy guapa, una mujer que no pasaba desapercibida. Cuando alguien tiene un aspecto fuera de lo corriente, por decirlo de alguna forma, es más fácil recordarlo, ¿no les parece?

—En eso tiene razón —certifica mi compañero.

—Por ejemplo, creo que sería muy fácil recordar a su joven

compañera, la agente Cranston —dice mientras mira mi apellido en la placa que llevo en el uniforme, dejándome sin palabras—. Es una joven muy llamativa y muy bella, con esos ojos azules tan grandes, ese pelo tan rubio y esas facciones tan aniñadas —culmina la frase acompañada de una amplia sonrisa.

Me desconcierta que diga eso de mí, que me convierta en el centro de atención y que, además, lo haga de forma positiva.

Entonces Patrick me mira. Siento como si fuera la primera vez que me ve. Tal vez porque, en esta ocasión, me ve de otra manera.

—Por otra parte —continúa—, creo que les interesara saber algo muy curioso. Me han comentado que se cumplieron sus días de estancia, pero no hizo el *checking out*. Sus objetos personales seguían en la habitación, por lo que la desalojaron y las guardaron en una consigna, ya que teníamos otras reservas y necesitábamos ocuparla.

Esto tiene muy mala pinta, aunque eso ya lo sabíamos. Parece que tenemos otra víctima de nuestro secuestrador o de nuestro asesino en serie, que es lo que estoy convencida que es en realidad.

Si al menos pudiéramos dar con el último lugar en el que se la vio, con lo que tenía previsto hacer o dónde pensaba ir, tal vez pudiésemos acotar su radio de acción.

—¿A alguno de sus compañeros les comentó algo acerca de sus planes? —le pregunta justo en ese instante Patrick. Una vez más, me deja con la boca abierta.

—Pues en eso sí van a tener suerte, puesto que me han dicho que estuvo hablando largo rato con uno de los recepcionistas el día que llegó. Su turno empieza ahora, así que podrán hablar con él en unos minutos.

Capítulo 52
Decisiones



Cuando regrese a casa, las cosas irán a peor. Llegará más tarde de lo habitual y no sabrá cómo ha podido entretenerse. En realidad, debería llegar antes, puesto que en la casa todo se ha torcido después de quedarse bloqueado al descubrir el carácter de la chica. Por ello, no ha llevado a cabo lo que tenía planeado.

Cuando sube las escaleras, permanece un rato en *shock*. Después, da vueltas por la habitación tratando de buscar una solución y tomar una decisión. Mira una y otra vez el monitor, tratando de entender en qué situación se encuentra en ese momento. No debería tener miedo. No debería sentirse a su merced. Debe recordarse que quien tiene el control es él.

Sale de la casa. Se sube a la furgoneta y repite el ritual de cada vez. Va en piloto automático. No entiende por qué las horas han pasado tan rápido. El tiempo ha volado sin darse cuenta. Debe llegar a casa lo antes posible. ¡Maldita sea! Está en un buen lío. Para colmo, le cuesta encontrar aparcamiento cerca del edificio en el que viven. Hay varias calles en obras en los alrededores, por los que las posibilidades se han reducido drásticamente en los últimos días, aunque nunca le ha costado tanto como hoy. Es la bruja la que guarda su vehículo en la plaza de garaje que tienen, así que ella no tiene que enfrentarse a ese problema.

Cuando por fin logra estacionar el coche, va todo lo rápido que puede hasta el portal. Sube por las escaleras, corre con la mayor celeridad de la que es capaz, puesto que no quiere arriesgarse a esperar demasiado el ascensor. Como si ahorrar unos segundos le sirviera para librarse.

Ya llega tarde.

Eso no lo puede remediar.

—¿Dónde te has metido? Tendrías que haber llegado hace casi una hora. Sabes lo que me molesta que hagas esto.

Le recibe un rostro serio, agrio, sin un ápice de alegría por ver que su marido ha regresado a casa.

—Lo siento, cosita. Las cosas se han complicado. Pero dime lo que

puedo hacer para compensarte —le dice sumiso, mientras se acerca a besarla en la mejilla.

Ella retira el rostro y le regala una mirada de hielo.

—Claro que vas a compensarme. Llevo toda la tarde aguantando los cólicos de tu hijo. Ha sido una auténtica pesadilla. Si hubieras estado aquí, nos podríamos haber repartido la tarea. Ahora estoy agotada y no he podido adelantar nada de trabajo.

—De verdad que lo siento mucho. Encima no encontraba dónde dejar el coche. Ya has visto como están las calles.

—No me cuentes excusas. Si hubieras salido mucho antes, no estaríamos hablando de esto. Ya sabes lo que viene ahora.

Lo sabe.

Claro que lo sabe.

Y no es nada agradable.

Capítulo 53
Myrkur



Susan Harley debió ser secuestrada poco después de llegar a Salem. Es el epítome de la mala suerte. Parece mentira como, en algunas ocasiones, las cosas suceden de manera absurda.

Cuando atraparon a mi padre, no fue gracias a una brillante investigación. Era demasiado listo para que le pillaran. Sin embargo, una carambola del destino acabó con sus huesos en la cárcel.

Llevaban ya mucho tiempo hablando del caso del Devorador de Corazones en los medios de comunicación. Yo era una cría y no solía prestar atención a las noticias. Sí recuerdo que mis padres conversaban sobre el horror que suponía que ese sujeto estuviera suelto. Mi madre nunca tuvo ni la más mínima sospecha de que vivía con él, con el hombre más buscado en aquel momento. Y no lo digo porque lo recuerde, pues era pequeña para ser consciente de ello, sino porque mi madre me lo confesó en una ocasión.

Le pregunté expresamente cómo no pudo haberse dado cuenta, cómo podía haber estado conviviendo con un asesino sin saberlo. Y ella me dijo lo siguiente: ¿alguna vez pensaste o sentiste que tu padre era una mala persona? Tenía razón. Jamás se me pasó por la mente que hubiera ni el menor rastro de maldad en él. Y sin embargo era un ser despiadado que mataba por placer.

Mi padre era muy meticuloso. Nunca dejaba ningún rastro que pudiera inculparle. No estaba en los registros de la policía ni tenían su ADN identificado. Estuvo durante años asesinando impunemente. Pero un día, de la forma más absurda, lograron darle caza. He leído que en numerosas ocasiones esto sucede, asesinos en serie con una inteligencia por encima de la media que acaban siendo capturados por errores tontos: multas de tráfico, evasión de impuestos, multas de aparcamiento…

Aquel día fue a recogerme al colegio. Un día como otro cualquiera que acabó grabándose en mi memoria para siempre. Una patrulla de la policía apareció por allí. Le pidieron que les acompañara. Al parecer, alguien le había denunciado y tenía que acompañar a los agentes.

—Señores, he venido a recoger al colegio a mi hija. No creo que sea necesario asustarla así de esta manera. ¿Qué les parece si la dejo en casa y me acerco ahora a la comisaría?

—Lo siento, caballero, pero no podemos hacer eso. Debe acompañarnos ahora. Es el procedimiento.

—¿Van a decirme, al menos, los cargos que se me imputan? —les preguntó con absoluta frialdad y tranquilidad, como si no tuviera nada que esconder. Muchas veces he pensado sobre eso, sobre cómo mantuvo la compostura en todo momento. Estaba seguro de que no tenían nada para atraparle.

Y en cierto sentido, así era.

Una cosa llevó a la otra.

Yo no entendía nada. Todo el mundo nos miraba. Todos los padres de mis amigos estaban allí, pues era la hora de la salida del colegio. El tiempo se detuvo. Yo tenía unas ganas inmensas de llorar. Ni siquiera era consciente de toda la gente que se iba congregando a nuestro alrededor.

—Papá, ¿qué ocurre? ¿Por qué quieren estos policías que les acompañes? —le pregunté con voz temblorosa. Mi mundo se estaba desmoronando y yo todavía no era consciente de ello.

—No te preocupes, cariño. Tiene que ser un error. Ya verás como por la tarde estoy en casa. Seguro que llego antes de la hora de cenar.

Pero nunca volvió.

Lo único que llegó a nuestra casa fue un infierno que no tendría final.

Capítulo 54
Patrick



Tiene una sensación extraña. No sabe bien cómo definirla. Sabe que no está siendo del todo sincero y que, cuando Myrkur averigüe la verdad, habrá consecuencias. No es lo que quiere. En realidad, la chica le importa. Le cae bien. Incluso le gusta, aunque sabe que no va a pasar nada con ella. Es demasiado joven, no mentía cuando se lo dijo. No es de ese tipo de tíos. Y además trabajan juntos. Hay un código que debe seguir. Eso también era cierto.

El caso es que su motivo para trasladarse no tiene nada que ver con el estrés ni con las malas relaciones con sus compañeros. Ni siquiera tiene planeado quedarse en Salem de manera permanente. Es solo un destino de paso. En realidad, sus razones son un tanto espurias.

Se da cuenta de que las cosas no salieron todo lo bien que esperaba cuando asistió a la cena en casa de la madre de Myrkur. Era una oportunidad única. Y la desaprovechó. Pecó de soberbia y de exceso de confianza. Creyó que sería pan comido. En realidad, no logró nada de lo planeado, salvo captar el interés de la madre. Menos es nada. Es una mujer bellísima, algo que le pilló desprevenido, a pesar de que no era tan difícil de imaginar después de apreciar a diario que su compañera también lo es.

Se ha dado cuenta de que ahora ha crecido cierta desconfianza entre los dos. O tal vez no sea tal, pero sí que han dado un paso atrás en la relación que estaban construyendo. Se mortifica por ello, puesto que tenía todo pensado antes de recalar en la localidad de Massachussets. Sabía que era muy difícil acercarse a ella, mucho más ganarse su amistad o algo que se le parecía. Y contra todo pronóstico, lo había logrado mucho antes de lo esperado. Había conseguido que cayera la coraza.

Era consciente de los imprevistos. Siempre los hay. No obstante, estaba bastante seguro de que sería capaz de manejarlos. Sin embargo, ahora hay ciertos sentimientos en juego que complican sus planes. Eso sí que no lo había contemplado como una opción. Y mucho menos que se pudiera sentir atraído por la madre de la joven.

Sabe que Myrkur tiene una personalidad compleja. Es hermética y muy desconfiada, con una permanente actitud a la defensiva que la convierte en una persona a la que es difícil acercarse. Y a pesar de todo, parece haberlo conseguido. Espera poder regresar a ese punto anterior a la cena en el que los dos se sentían cómodos estando juntos, aunque sea de una forma extraña, pues ambos se analizan mutuamente casi a cada instante.

Sin embargo, es consciente de que eso no es sinónimo de estar más cerca de su objetivo. Lograrlo va a ser más complejo de lo que supuso en un primer momento.

De momento, no tiene un plan a la vista.

Espera que se le ocurra algo sobre la marcha.

Capítulo 55
Myrkur



Cuando llego a comisaría, descubro que hay una denuncia por la posible desaparición de una joven pelirroja que trabaja como cajera en unos grandes almacenes de la zona. Otra más. Si todavía pretenden pasarlo por alto, entonces es que ya no pueden ser más cenutrios. Claro que, a efectos prácticos, ni Ben ni Michael ni el jefe Swanson saben nada de la turista. No hemos compartido ese dato con ellos, ni tampoco el de las otras mujeres desaparecidas en los últimos diez meses.

Supongo que no habrá más remedio que compartir todos estos datos, pero no estoy por la labor de que nos quiten este caso, después de que han mirado para otro lado con total impunidad. No obstante, no puedo ser ingenua. Por mucho que luche con uñas y dientes, no me van a hacer ni el menor caso. Solo espero que las habilidades persuasivas de mi compañero surtan efecto.

—No se preocupe, jefe. Nosotros nos encargaremos de investigar lo de la denuncia que ha puesto el novio de la chica. Es mejor que los agentes Walker y Allen se dediquen a otras tareas más interesantes —se ofrece Patrick de forma condescendiente. El jefe asiente y se dirige a su despacho, pocos metros más allá. Se ve que tiene tareas más interesantes que atender, como hablar con el alcalde.

En fin. Me reservo mi opinión.

—Somos detectives, Baker. Estamos dentro de la unidad de investigación criminal. Ya deberías saberlo. No somos simples agentes de patrulla —arremete Ben, mirándome de soslayo. Cada vez que abre la boca se cubre de gloria.

Michael sigue la jugada con una mueca de estúpida suficiencia en la cara. Es obvio que estos dos no me caen precisamente bien.

—En mi opinión, Ben, ser agente de patrulla no es nada sencillo. Todos hemos pasado por ahí. Creo que es importante no olvidarlo y ser respetuosos.

—Bueno, alguna parece estar saltándose ese paso —responde con evidente mala intención dirigiéndose a mí.

—¡Vete a la mierda, Ben! —contesto, sin poderme reprimir. Patrick

me pone una mano en el antebrazo, como para tranquilizarme, gesto del que no pierde detalle el inútil que ha logrado sacarme de mis casillas.

—Myrkur está trabajando muy duro —me defiende. ¡Qué caballeroso! Como si no pudiera hacerlo sola…— No deberías minusvalorarla. Es una joven con muchas cualidades y no se está saltando nada. Yo he sido quien le pidió al jefe que fuera mi compañera.

No se me escapa la sonrisa maliciosa de Ben después del último comentario de Patrick. No tarda en certificar que tengo razón y tiene preparado otro dardo envenenado.

—Bueno, si os lo montáis juntos, yo no voy a decir nada. Es una forma como cualquier otra de ascender. Sobra decir que yo no tenía tanto que ofrecerle como tú. Sabe bien a quien elegir para irse a la cama con él.

Entonces, Don "*Nuncapierdolosnervios*" le arrea un puñetazo en la cara que me deja con la boca abierta. No me esperaba esta reacción. No voy a negar que incluso lo he disfrutado.

—Eres un capullo, Walker, ¿te enteras? No deberías insinuar algo así sin pruebas. Desde luego, es de muy mal gusto y rastrero —le dice Patrick furioso. La expresión de su rostro y su mirada felina no mienten. La vena que se le hincha en el cuello, tampoco. Le ha salido de dentro. Siento hasta orgullo.

En ese momento, se asoma el jefe Swanson que debe haber visto lo sucedido. No está acostumbrado a que nadie se salga del tiesto. Siempre nos recuerda lo importante que es tener un ambiente de trabajo tranquilo. Tal vez sea que prefiere mirar para otro lado antes de darse cuenta de los malos rollos que hay entre algunos compañeros. Pero un puñetazo en toda la jeta no se puede obviar.

Esta comisaría se ha puesto interesante.

—¡Walker, Baker, a mi despacho!

Capítulo 56
Rabia



Lo sucedido la noche anterior no hace más que acrecentar la rabia que ya siente. Lo ha pensado mucho. Ha reflexionado una y otra vez. Se ha quebrado la cabeza dándole vueltas a lo sucedido. Ahora sí que sabe que no tiene miedo de la chica que tiene encerrada en el sótano. Ahora sí que sabe que la va a hacer sufrir más de lo que ha hecho con ninguna. Es perfecta para ejecutar su venganza. Hará que logre resarcirse por todas las humillaciones que sufre a diario. Se lo va a hacer pasar muy mal.

No tiene nada que temer. No sabe por qué razón se ha sentido atemorizado. Al fin y al cabo, ella está esposada a los barrotes de la cama y él tiene una motosierra. Es una clara situación desigual en la que él cuenta con todas las ventajas. Seguro que cuando vea la dentellada sonrisa de su amiga mecánica se le van a quitar las ganas de ponerse chula.

De esa noche no pasará. No puede reprimir ese sentimiento que crece dentro de él y que ahora tiene que arrinconar, hasta que salga de casa, hasta que termine de trabajar y pueda volver a ser él mismo y no ese fantasma que deambula por la vida tratando de ser una persona que no es.

Cuando al fin llega la hora de salir de casa para ir a trabajar, finge una vez más. Besa a su esposa en la mejilla. Besa al bebé llorón que nunca parece satisfecho. Se despide. Pone una mueca que intenta ser una sonrisa sincera. De tanto practicarla a lo largo de los años, casi parece creíble. Pero desde luego no expresa ni el menor rastro de felicidad. Es una sonrisa que no llega a los ojos. Es un hombre desgraciado que desconoce lo que es disfrutar de la vida.

Se sube al coche. Golpea el volante. Luego lo agarra con fuerza, como si eso pudiera servir para aplacar el incendio que se ha desatado en su interior. Llegará al trabajo y tendrá que fingir, una vez más, que es alguien que no es en realidad. Pasa los días entre una máscara y otra, en un intercambio casi rutinario. Tendrá que mostrarse dócil, amable, incluso risueño. Tendrá que esconder lo que siente de verdad, camuflar al monstruo.

Arranca. Oye el rugido del motor y le parece una metáfora de sí mismo. Algo dentro de él brama, esa fuerza que le impulsa a seguir, esa voluntad de superarse. Baja la ventanilla y deja que el aire fresco de la mañana se cuele en el reducido habitáculo para que limpie los sentimientos tóxicos que se le acumulan.

Respira.

Respira.

Respira.

Respira.

Poco a poco, la fiera vuelve a dormirse. A última hora de la tarde la despertará para ejecutar su venganza.

Para restañar las heridas.

Para aplacar el ansia.

Capítulo 57
Myrkur



Me quedo observando como Patrick y Ben se dirigen al despacho de Harry. Mi compañero se gira de improviso y me dedica una sonrisa justo antes de entrar. Me fastidia sentir debilidad por ello, pero no puedo evitarlo. Me da rabia que sepa lo que siento por él. Cometí un error estúpido.

El jefe puede tener muchos defectos, pero debo reconocerle que suele tener un claro sentido de la justicia. Estoy segura de que hará lo correcto. Si no lo hace, entonces no podré respetarle. Ya le perdono que sea un incompetente, pero que sea injusto sería superior a mi nivel de tolerancia.

Michael me está mirando. Lo sé. Lo siento. No voy a darle el gusto de girarme hacia él. Me haré la indiferente. Eso no tengo que fingirlo. Me sale natural. Sabe de sobra que le desprecio. A pesar de que trato de mostrarme impasible, no puede evitar hablarme.

—Estarás contenta, ¿verdad? Eres un puto cáncer, Myrkur. Eres la encarnación del mal.

Aprieto los dientes. Cierro los puños. No pienso darle el placer de responder. Ni siquiera pretendo ver la cara de mierda que tiene.

—Mírame, niñata. Ten al menos el valor de hacerlo.

Por ahí sí que no paso. Soy muchas cosas, pero no me considero una cobarde. Me giro hacia él y le ofrezco mi mejor expresión de displicencia. Que vea que me paso por el arco del triunfo todo lo que me quiera decir. No tiene el poder de hacerme daño.

—Ya te imaginarás que lo que ha dicho Ben no ha sido más que expresar en voz alta el pensamiento de todos en la comisaría. Si no estás patrullando las calles como te correspondería es porque te estás cepillando al de Boston. Buena jugada.

—¿Crees que me importa lo más mínimo lo que penséis? Está claro que no me conoces en absoluto. Me resbala la opinión de los demás.

—Eres como el puto psicópata de tu padre.

—Claro. Por algo llevo sus genes. Así que, yo que tú, me andaría con cuidado. Se me ocurren formas muy imaginativas de matarte sin dejar huella. No creo que quieras que te las cuente.

—Puta loca —dice finalmente con cara de desquiciado, justo antes de darse la vuelta y marcharse.

Mejor. Lo único que necesito es un poco de paz. Que me dejen tranquila. Que no me observen. Ser invisible por una vez, pasar desapercibida. Solo pensar que, de no haber llegado Patrick habría tenido que estar un tiempo con estos dos memos, se me pone mal cuerpo.

Poco después salen Ben y Michael del despacho de Harry. Debe haberles echado un buen rapapolvo, imagino. Según se va acercando, Patrick compone una mueca divertida que me arranca una sonrisa. Y eso no es fácil en mí. No sé qué les habrá dicho, pero desde luego no parece haberle afectado demasiado.

—¿Todo bien? —le pregunto con sincero interés.

—Más que bien —me responde satisfecho—. Ahora, vámonos. Tenemos trabajo que hacer.

Capítulo 58
Sin salida



No sabe de dónde ha sacado el valor. La realidad es que está muerta de miedo. Se encuentra en una situación que no termina de creer que pueda ser real. Ayer mismo estaba comiendo con sus amigas antes de que comenzara su turno en el supermercado. Se reían de banalidades y planeaban la despedida de soltera de Laila. Todo parecía como siempre, un día más, sin novedades ni nada especial.

Un día más que ha terminado de la peor forma posible.

Repasa en su cabeza qué hizo mal, qué error cometió para que aquel hombre la secuestrara. Porque no duda de que sea un hombre. Tiene que ser fuerte para haberla conseguido doblegar. Además, su corpulencia y la forma del cuerpo que se aprecia bajo la ropa que lleva es masculina.

Ella sabe defenderse. Después de que, hace un par de años, un cretino la atracara y le pusiera un cuchillo en el cuello, comenzó a acudir a clases de defensa personal. Pero a este no le ha visto venir. Sospecha que la ha drogado, porque no ha detectado que tenga ningún golpe en la cabeza. Sin embargo, no logra recordar cómo lo ha hecho. Debió atacarla por detrás.

No cesa de buscar una salida, de tratar de localizar algo que le ofrezca una ventaja para poder escapar. Gracias a eso es como localizó la cámara, oculta entre unas maderas. La estudió con detenimiento, por si la minúscula luz cambiaba de color en algún momento o parpadeaba. Ha llegado a la conclusión de que debe estar continuamente conectada, puesto que cuando él bajó al sótano, no hubo cambio alguno. Eso le dice que debe actuar todo el rato. No se puede permitir llorar ni mostrar debilidad. Tal vez no le sirva de nada, pero intuye que no estará acostumbrado a que sus víctimas, si es que ha habido más, le planten cara con determinación. Y por eso también, mientras no hace algo útil para escapar, mira casi todo el tiempo hacia el objetivo.

Ella no es de las que se rinden. Siempre ha tenido mucho carácter y sabe que es de las que va a morir matando, como suele decirse. Va a enfrentarse a él. Va a pelear con uñas, dientes y lo que tenga a mano.

No se lo pondrá fácil. Por eso se ha mostrado desafiante. Ha procurado demostrar seguridad en sí misma y aplomo. Le ha increpado. Le ha insultado. Y no dudará en hacerlo otra vez cuando vuelva.

Suplicar no la va a sacar de esa situación. Tal vez, tratar de desquiciarle le de algo de tiempo mientras la buscan. Su familia, su novio o alguna de sus amigas ya habrán denunciado su desaparición.

Mira su muñeca. Está herida. Tiene un corte feo que no para de sangrar. Le duele. Es lo normal. Ha intentado incluso dislocarse el dedo gordo para quitarse las esposas que la mantienen amarrada a los barrotes metálicos de la cama. Era muy difícil, casi imposible, y lo sabía, pero no por ello iba a dejar de intentarlo. Una muñeca rota, un dedo fuera de sus sitio o un corte profundo son el menor de sus problemas.

Entonces oye un ruido. Ha vuelto. Escucha pasos arriba. Van de un lado a otro. Una vez. Otra. Una más. Son pasos rápidos, nerviosos, impregnados de rabia. Esa no es una buena señal. Se oye una puerta que golpea. Luego le llega un sonido que no es capaz de descifrar. Parece el de un motor. Ha parado.

Silencio.

Oye el sonido de su propia respiración, que parece haber subido su volumen.

Oye su corazón que grita.

Oye su miedo amplificado.

Oye la sangre corriendo por sus venas.

Silencio arriba.

El crujido de unos escalones de madera.

Ahora escucha la llave encajándose y las demás tintinean en el llavero.

Gira dentro de la cerradura.

Oye el roce de metal contra metal.

Casi puede ver como se descorre el cerrojo.

Así de magnificados están los sonidos.

Así de alerta sus sentidos.

Oye los latidos de su corazón otra vez. Es un tambor que resuena. Es una taladradora rompiendo la carne. Es el estallido de la ansiedad.

Cuando por fin la puerta se abre, sabe que ha llegado el final. Y sabe que no se lo va a poner fácil. Será una pelea a muerte. Literalmente.

Capítulo 59
Myrkur



Otra desaparecida. Una más. Esta vez, la cajera del supermercado que hay dentro de unos grandes almacenes, según la información que nos han facilitado. Después de la reunión de colegas de Patrick y Ben en el despacho del jefe, parece que este le ha asegurado que mandaría a algún agente a hablar con el novio y la familia de la chica. A ver si cuando regresemos, han hallado información de utilidad. Nosotros debemos seguir con lo que teníamos entre manos antes de abrir otro melón.

Cuando estuvimos en el hotel en el que se alojó Susan Harley, la turista desaparecida, estuvimos hablando con un recepcionista que estuvo conversando con la joven. La señora Roselyn fue la que nos lo presentó, puesto que consideraba que tal vez podría darnos alguna información de interés.

—En principio, no iba a estar demasiados días. Había reservado tres noches, pero no sabía si se quedaría más. Yo le confesé que tres días eran incluso demasiados para ver esta ciudad. Ya sé que eso no es la mejor forma de venderla —se avergonzó, poniendo una sonrisa tímida. Después, sacudió la mano como quitándole importancia a sus últimas palabras. Este hombre casi acaba con mi paciencia. A mí me gusta la gente directa que no se anda con rodeos—. Salem es más atractiva en Halloween, ya saben, por todo lo que el turismo mueve en torno a los juicios de las brujas y todo eso. Pero en primavera, no tiene demasiado encanto. Es casi una ciudad más.

—¿Y te comentó qué es lo que quería hacer primero?

—Creo que hizo caso de mis recomendaciones.

—Y fueron… —dijo Patrick, invitándole a continuar a ver si nos contaba algo que nos sirviera.

—Sí, claro. Le estuve explicando los atractivos de la zona. Le di uno de los planos turísticos que solemos facilitar en el hotel y le hablé del Museo de Las Brujas, del recorrido histórico que se suele hacer habitualmente, pues hay un *trail* marcado con una línea roja, y del memorial de las víctimas de los juicios. Por último, le comenté que la casa de las brujas es una de las mayores atracciones de la localidad y

dijo que sería lo primero que visitaría. Después se dirigiría al museo.

—¿Te dio en algún momento la sensación de que estuviera asustada o algo parecido?

El chico pareció reflexionar un momento antes de contestar. Imagino que trataba de ajustarse a su verdadera percepción en aquel momento. El tiempo difumina los recuerdos y los emborrona.

—Yo diría que no. Todo lo contrario. Estaba ilusionada con su viaje. Me dijo que le apetecía mucho correr esa aventura sola, porque lo necesitaba para reencontrarse consigo misma. No supe a qué se refería, la verdad. En cualquier caso, parecía entusiasmada, pero no preocupada en absoluto.

—¿Viste algo sospechoso? ¿Te percataste de si alguien la esperaba fuera del hotel o de si alguna persona la había seguido?

—Lo siento, pero no. Si alguien iba detrás de ella, yo desde luego no me di cuenta. Ojalá lo hubiera hecho.

—No te preocupes. Nos has sido de gran ayuda.

Y no mentía. Ahora estamos siguiendo los pasos de Susan, tratando de no perder la pista de las migas de pan que nos ha dado el recepcionista.

Lo primero que hacemos es preguntar en los establecimientos cercanos a la casa de las brujas. Nadie parece recordar a la desaparecida Susan Harley. Por tanto, no podemos estar seguros de si llegó a venir hasta aquí o se la llevaron antes de que lo hiciera.

Después de varios intentos, decidimos ir al Museo de Las Brujas, puesto que parecía que sería su segunda parada. Somos conscientes de que pudo cambiar de planes y no hacer caso a lo que le dijo el joven del hotel. Pero no tenemos otra opción mejor por el momento.

—¿Vas a contarme qué ha pasado en el despacho de Harry? —le pregunto a Patrick, en un intento de que me cuente algo de lo que sucedió de puertas para dentro.

—No hay gran cosa que contar. Ben sigue siendo igual de imbécil como tú le consideras y no me ha hecho falta apenas abrir la boca para que haya dicho algo inapropiado.

Se debe pensar que con ese comentario tan ambiguo me basta. Quiero más. Quiero que me cuente algo jugoso. No sé muy bien por qué. Quizá lo mejor sería que me fuera indiferente. Pero me pica la curiosidad.

—Si no quieres, no me lo cuentes —le digo ante su evasiva.

—Vale, te lo cuento si tanto te intriga —comenta con cierto retintín. Se está haciendo el interesante—. En primer lugar, Harry me ha echado la bronca por pegarle el puñetazo a Ben. Tenía toda la razón. Perdí los papeles, no debería haberle golpeado. Sin embargo, no dudes que lo volvería a hacer, porque me ha sentado de miedo.

Me encanta la sonrisa cáustica que pone. Por varios motivos:

porque le hace parecer travieso y porque está guapísimo con ella principalmente. También porque me gusta el lado oscuro que implica dicha sonrisa.

Sin embargo, lo que me ha contado no me satisface.

—Así que Harry te ha echado la bronca y Ben se ha ido de rositas. Maravilloso.

—No, Myrkur, nada de eso. Le he explicado lo sucedido y ahí es dónde Harry se ha puesto colérico. Le ha dicho que no va a tolerar más comentarios ni comportamientos inadecuados por su parte. Al parecer, ya le ha dado varios avisos. Te ha defendido, ¿sabes?

Me quedo a cuadros. ¿El jefe ha sacado la cara por mí? Eso sí que no me lo esperaba. Estaba convencida de que yo para él no suponía más que un estorbo del que uno quiere deshacerse cuanto antes.

—¿Por qué pones esa expresión de sorpresa?

—Porque pensaba que Harry me detestaba.

Patrick frunce el ceño.

—No, en absoluto. Me da la impresión de que siempre esperas lo peor de los demás.

Y vuelvo a pensar en Shakespeare cuando dice “*esperar siempre duele*”. Esa frase que tanto me ha enseñado en la vida. Esa frase que he utilizado casi como un lema: no esperes nada de nadie, porque esperar siempre duele.

No dudo en pronunciarla en voz alta. Es importante dejarlo claro y que sepa lo que pienso al respecto.

—Esperar duele, Patrick. Te llevas decepciones.

—Y también sorpresas agradables —se apresura a rebatirme—. Entiendo que lo has pasado mal y que has sentido el rechazo de otros muchas veces. Pero eso forma parte de tu pasado. Tú eres la única que no se permite un nuevo comienzo. Eres la que no para de recordarle al mundo que eres la hija de quién eres y lo supedita todo a eso. Igual va siendo hora de soltar ese lastre, ¿no crees?

Le miro, mientras intento buscar una respuesta a lo que acaba de decirme. ¿Es posible que tenga razón? ¿Puede ser que yo esté proyectando lo que recibo de los demás?

Cabe la posibilidad.

De todos modos, no es fácil deshacerse de esta losa.

Pesa demasiado.

Capítulo 60
Salvaje



Está fuera de sí. El día ha sido una mierda. Un error tras otro. Tampoco es que fueran graves, pero al final eran errores. Han amenazado con denunciarle por negligencia, a pesar de que al final lo ha solucionado. Mezcló dos sustancias incorrectas, aunque se dio cuenta a tiempo. Por los pelos. Eso no significa que la demanda no vaya a llegar. Es lo último que le faltaba.

Y es comprensible que todo haya ido de mal en peor. Desde la noche anterior, está que no está. Está desquiciado. La culpa es de la zorra de la pelirroja que tiene en el sótano, con su mirada de suficiencia, recordándole que ella también es mejor que él. Y la culpa también la tiene la bruja, por volverle a hacer sentir pequeño una vez más. Pequeño e inservible. La culpa la tienen las mujeres que le han sometido a lo largo de su vida y que le han convencido de que no es más que un mierda que no vale para nada.

Ha llegado el momento de darle la vuelta a esa situación, de demostrarles a todas que es mejor que ellas y que ninguna volverá a hacerle sentir un ser inferior, un inútil que no sirve absolutamente para nada, un hombre impotente.

Ahora la tiene frente a él. Cree que con esta podrá derribar un muro que se ha ido levantando a su alrededor con los años. Será lo que le ayuda a perpetrar la demolición definitiva de esas rocas que mantienen sitiada a la persona que es con todas sus potencialidades.

Se intenta creer sus propias palabras, su monólogo interior. Pero el sentimiento de inferioridad está demasiado arraigado dentro de él. Y cuando se enfrenta a la mujer que está en ese momento en el sótano, vuelven todos sus miedos multiplicados por mil.

¿Cómo no puede estar muerta de miedo?

—¡Puto degenerado! ¿Necesitas una jodida motosierra para matarme? No tienes huevos de hacerlo con tus propias manos. No vales una mierda. Sabes que contigo no tengo ni para empezar.

—¡Cállate! —le grita, escupiendo la palabra, impregnando el pasamontañas por dentro con su saliva.

—Eres un cobarde. Ni siquiera das la cara. Joder, tienes que

esconderte detrás de una máscara. Tienes que ser jodidamente feo para no querer mostrar tu cara.

—¡He dicho que te calles! —chilla más fuerte todavía que la vez anterior, mientras le asaltan unas ganas casi incontrolables de llorar. No puede permitir que le humille de esa manera.

—Tú no me mandas callar. ¿Te enteras? No eres nadie para hacerlo. Te voy a dar de hostias como te acerques a mí. Y lo primero que voy a hacer es darte tal patada en los huevos que vas a desear no haber nacido.

Entonces duda qué hacer. Sigue teniendo la motosierra sujeta con ambas manos. Debería sentirse seguro, debería sentir que tiene el control. Pero, por alguna inexplicable razón, cree que es ella la que domina la situación.

—No tienes cojones. Eres un depravado y un cagado de miedo. Venga, acércate si te atreves. Veremos quién sale perdiendo.

Se queda paralizado. No se da cuenta de que con ello está permitiendo que ella se crezca, que gane seguridad y que confíe en que, al final, tal vez exista una oportunidad para ella.

Todo puede cambiar en los próximos minutos.

Solo uno de los dos saldrá vencedor.

Capítulo 61
Myrkur



No puedo parar de darle vueltas a la conversación que hemos tenido hace unos momentos. Hace mucho que nadie me hacía ver otras posibilidades. Sospecho que es difícil romper la coraza que te has puesto después de años de sufrimiento. Solo pensarlo, me hace sentir desnuda y un frío de esos que congelan se me agarra a las entrañas.

No debería distraerme. Supongo que puedo justificarme pensando que la culpa no es mía. Podía decirse que el responsable bien podría ser Patrick, que es el que me habla de estas cosas en medio de una investigación. No es momento de filosofar. Tengo que centrarme. Es la primera vez que tengo la oportunidad de participar en un caso de forma activa y debo demostrar lo que valgo. Además, mi compañero de por sí ya es suficiente distracción para mí. Solo me falta liarme con reflexiones metafísicas.

Llegamos al museo de Las Brujas, la supuesta segunda parada que hizo nuestra turista. Esperamos tener más suerte esta vez.

Hablamos con el encargado. Es un hombre que debe andar por mitad de los cincuenta. El pelo le ralea. Profundas arrugas surcan su frente y rodean sus ojos y boca. Es espigado, diría que sin un gramo de grasa, pero no da ninguna sensación de fragilidad, sino todo lo contrario. Será quizás por su pose y su gesto, firmes, un tanto correosos, pero a la vez risueños, como si estuviera ligero de cargas. Nada más presentarnos no para de sonreír y de hablar. Me asombra la capacidad que tienen algunos de entablar conversación. Para mí es una tarea que se asemeja a la resolución de un problema de física teórica.

—Claro que la recuerdo —dice después de que Patrick le muestre una foto—. Una mujer preciosa y muy simpática. Se interesó mucho por la historia del museo.

—¿Se fijó si vino sola o alguien la acompañaba?

—No hacía falta fijarse, ella lo dijo. Me contó que estaba viajando sola. La felicité por su valentía, pero también le advertí de que no me parecía buena idea que se lo contase a cualquiera. Supongo que me

salió mi vena paternal, porque tengo tres hijas. La pequeña todavía es adolescente y nos está robando la energía a mi mujer y a mí. No se imaginan lo intensa que puede llegar a ser —nos relata, acompañando sus palabras finales con un largo suspiro.

Patrick le ofrece una sonrisa condescendiente. No podemos permitir que se nos desvíe del tema que estamos investigando.

—¿En algún momento alguien habló con ella o la molestó de alguna manera?

—Que yo sepa, no, pero tampoco puedo estar seguro. Prácticamente la vi a la entrada y a la salida. No me pareció que le hubiera pasado nada mientras tanto, porque compartió sus impresiones conmigo sobre el museo y seguía con buen ánimo.

—¿Le comentó dónde se dirigía a continuación?

—Déjeme pensar —dice, mientras se acaricia la barbilla de una forma un tanto teatral para mi gusto. Realmente da la impresión de que está hurgando en su baúl de los recuerdos—. No estoy cien por cien seguro, pero creo recordar que tenía intención de ir a tomar algo y luego ir a su hotel a descansar. Es probable que, si paró a tomar un café o un tentempié, lo hiciera en alguna de las cafeterías que hay aquí cerca. Prueben en la de la esquina, que suele estar muy concurrida.

—Gracias por su ayuda, señor Preston.

—No hay de qué. Espero que lo que les he contado les haya resultado útil.

Le damos la mano y, antes de que nos vayamos, hace un comentario que me sorprende.

—Esta joven es muy bonita, pero desde luego es parca en palabras. Estoy seguro de que tú también tienes cosas que aportar —afirma, mirándome—. No deberías tener miedo a hablar.

—No lo tengo —le respondo seria.

—Pues lo parece.

Me ha dejado totalmente descolocada.

—Señor Preston, gracias nuevamente —añade Patrick, mientras me pone una mano en la espalda invitándome a que me mueva.

Salimos a la calle y, antes de decidir en qué dirección vamos para ir hasta la cafetería que ha mencionado, mi compañero considera que es el momento oportuno de llamarme al orden.

—Myrkur, a partir de ahora, me gustaría que estuvieras más activa en los interrogatorios. Ya sé que te gusta observar, pero no nos sirve que solo hagas eso.

—Tú eres bueno preguntando y haciendo que la gente confíe en ti —me defiendo exponiendo sus habilidades.

—Y tú tienes que aprender a hacerlo. No puedes delegar en tu compañero todo el peso. Estás retrasando lo inevitable. Tendrás que

tomar las riendas.

—No soy ninguna cobarde, si es lo que insinúas.

—No, ni mucho menos se me ocurriría sugerir algo similar. Creo que eres muy valiente. Pero también veo que te estás acomodando y eso no es bueno. En la cafetería vamos a cambiar los papeles. No voy a abrir la boca. Tú verás si estás dispuesta a perder una posible pista.

—No creo que vayan a decirnos nada.

—Es posible. Pero si nunca llegó a ninguna de las cafeterías de los alrededores, tal vez es que la atraparon aquí cerca. Y ahí tendríamos nuestra pista. Podríamos establecer de manera aproximada en qué lugar se la llevó. Y esto no está demasiado lejos del supermercado donde trabajaba la chica que nos han dicho hace unas horas que había desparecido. ¿Te das cuenta de lo que digo?

Sí, claro que me doy cuenta. Muchos criminales, especialmente algunos asesinos, llevan a cabo sus delitos cerca del área en el que viven o trabajan. Se trata de un tema de control. Conocen la zona, las vías de escape y dónde atacar a las víctimas. Saben dónde pueden sacar más ventaja. En un lugar desconocido, lo tienen más difícil. Eso lo hacen los más osados e inteligentes.

—Tal vez tengamos un radio de acción —continúa explicándome Patrick ante mi mutismo—. Si es así, incluso es posible que nuestro secuestrador no viva demasiado lejos de aquí.

Una vez más, parece que me ha leído el pensamiento. Debería haberle explicado en voz alta lo que estaba pensando. Puede que no esté demostrando mucha proactividad, pero dentro de mi cabeza hace ya tiempo que tengo un posible perfil psicológico del hombre al que perseguimos.

Cuando llegue el momento, lo expondré ante mi compañero. Por ahora, no quiero que me recuerde la cantinela sobre lo de no anticiparse y seguir las pruebas. Pero estoy segura de que no diferirán en exceso de la teoría que tengo en mente.

Capítulo 62
Precauciones



Ha sido una lucha encarnizada. También una desigual. Ella tenía esposada una de sus manos al cabecero de la cama y no contaba con ningún elemento de ayuda. Él tenía absoluta libertad de movimientos y empuñaba una motosierra. Sin embargo, ha aprendido que no toma suficientes precauciones. A la próxima víctima, la atará todas sus extremidades.

¿Qué podría torcerse?

Aparentemente, nada.

Uno de los dos tenía de su lado una clara ventaja.

Pero no ha resultado fácil. En realidad, él pensará que ha sido horrible, una auténtica pesadilla. Ha sido su peor experiencia. Ha vuelto a sentirse un principiante. Los nervios le jugaron una mala pasada y casi acaba malherido. Parecía que ella tuviera una fuerza sobrenatural. Tal vez sea la sensación de no tener nada que perder. La chica ha luchado como si ya estuviera muerta y solo tuviera esa opción para vivir. En lugar de rendirse y someterse, decidió plantar cara y luchar.

Cada vez que se acercaba a la cama, ella le lanzaba una patada seguida de improperios e insultos que le herían profundamente. En una que le ha dado en la espinilla, le ha hecho un daño terrible. Ha gritado de dolor, consciente además del moretón que le saldrá. Casi se le cae la motosierra. Piensa en lo que le habría podido suceder de ser así. Todo habría terminado. Tal vez ella le hubiera matado.

Cada vez que lo piensa, le parece increíble. Todo ha salido mal. Incluso cuando la ha alcanzado y la ha cortado, ella ha seguido peleando y gritando, como si no le doliese. Y en algún momento, no sabe ni cómo, algo ha hecho click dentro de su cabeza. El monstruo ha salido a la superficie y se ha puesto al mando, dejando tras de sí un rastro inequívoco de violencia.

Ha sido una auténtica carnicería. Él no suele actuar así. Hay partes desmembradas. El tórax de la joven está cubierto de heridas. Ya no le sirve. La cama, el suelo y las paredes, llenas de sangre. Y él también de arriba abajo.

Mete los trozos que hay esparcidos en bolsas. Llora mientras lo hace. Nada debería haber sucedido cómo lo ha hecho. Debía haberse rendido y todo habría sido más fácil.

Va a lavarse. Tiene sangre por todas partes. En la cara. Supone que son gotas que han entrado por los orificios del pasamontañas. Pero son demasiadas. En el pelo. En las orejas. ¿Cómo es posible? Entonces se acuerda. Ella logró de algún modo arrancárselo cuando se acercó a cortarle la cabeza. ¿Cómo podía seguir con vida? Tenía ya cortes por todos lados.

Se frota con fuerza. Está histérico. Se hace tarde y no puede dejar ese desastre tal y como está en ese momento. Entonces ve también sangre debajo de las uñas. Vuelve a frotar con fuerza. Si sigue así, terminará por hacerse heridas. Se baja los pantalones. En sus piernas empiezan a revelarse las marcas de los golpes que le ha propinado. La patada de la espinilla, la que tanto le dolió, está inflamada.

Está lleno de cardenales que según avancen las horas serán más y más evidentes. A ver cómo le explica eso a la bruja si le manda desnudarse. Si le castiga como la última vez. Le viene el recuerdo a la mente y experimenta sentimientos encontrados.

Por un lado miedo, vergüenza, tristeza, impotencia.

Por otro, rabia, furia y ansias renovadas de matar.

Y hoy volverá a llegar tarde. Tal vez más que la última vez. Imagina que vuelve a pedirle que se desnude y se arrodille frente a ella. Que bese y lama sus pies, mientras ella golpea su espalda con el cinturón y le recuerda que no sirve para nada.

Está a punto de llorar.

Entonces recoge las bolsas con rabia. Las va trasladando a la furgoneta. Sin ningún cuidado ni precaución. Tiene la suerte de que en ese barrio ven cosas como esa e incluso peores a diario. Nadie le presta atención. Nadie sigue sus movimientos. Bastante tienen con lo suyo y con sobrevivir.

Se dirige a su lugar especial, ese que le suele proporcionar paz, donde descansan las demás. Entonces decide que la última es impura y no merece ese privilegio. Se deshará de ella de forma irrespetuosa, porque es lo que merece.

Capítulo 63
Myrkur



Nos dirigimos a las cafeterías que hay en los alrededores del museo. Desde luego, Patrick se ha metido en su papel, porque no abre la boca, salvo para saludar y despedirse. Tampoco hace falta ser tan drástico, pero bueno.

Reconozco que esto me cuesta y me pone terriblemente nerviosa. Creo que no voy a caer bien y que la gente no querrá contarme nada porque no confiará en mí. Igual debería recordarme que, hasta los doce años, tenía muchísimas amigos y era muy popular en mi colegio. En cualquier caso, si alguna vez tuve habilidades sociales, ahora las tengo bien oxidadas.

Entramos en la primera cafetería. La que nos ha recomendado el señor Preston, el hombre del museo con el que hemos hablado hace unos minutos. Hay bastante gente. No tengo muy claro a quién dirigirme. Los camareros están hasta arriba de trabajo.

—Enseña tu placa y pregunta por el encargado —me recomienda Patrick, mientras me señala con la cabeza a un chico que está preparando un par de cafés en la barra.

Y así lo hago.

—Soy la agente Myrkur Cranston —le digo enseñando mi placa—. Este es mi compañero, el detective Patrick Baker. Necesitamos hablar con el encargado.

Igual he sonado demasiado autoritaria.

El chico me mira. Mira mi placa. Luego mira a Patrick. Ha pasado la ronda completa.

—No está en este momento, pero quizá puedo servirles yo. Díganme en qué puedo ayudarles.

Le pongo en antecedentes de lo sucedido. Le enseño el retrato de la chica. Al joven le cambia la cara.

—Yo trabajé ese día, pero no la recuerdo. Pueden observar la cantidad de gente que suele pasar por aquí casi a diario. Es prácticamente imposible recordar a alguien. De todos modos, déjenme un instante la foto y le voy a preguntar al resto. Así tardaremos menos, si les parece bien.

En principio, no veo inconveniente. Patrick da el visto bueno. Mientras tanto, observaremos a la gente del local y los rostros del resto de compañeros cuando les muestre la imagen.

Entonces, nos sorprende ver que el primer chico al que le pregunta asiente con la cabeza. Nos mira, siguiendo la dirección de la mano del que nos ha atendido en primera instancia.

No me gusta la expresión que veo en su rostro cuando se fija en nosotros.

Capítulo 64
Casa



Regresa tarde. Más tarde aún de lo que había calculado. Después de lo que se ha complicado la noche, era lo esperable. La bruja le está aguardando. No comprende por qué nunca le da ni el más mínimo respiro. No entiende qué más quiere de él. Debería llevar ya rato dormida.

—¿Dónde has estado?

Su rostro es puro hielo, aunque se cuela fuego por él, pues por dentro está ardiendo de rabia y quiere hacerle daño. Le ha faltado al respeto. Hoy no podrá decirle que su turno se ha alargado. Se ha encargado de llamar. Se fue horas antes.

—¿Dónde has estado? —insiste, endureciendo más si cabe el tono de voz.

Él no responde. Sigue a lo suyo. Como si no la oyera. Esa noche es distinto. Se siente distinto. No va a ser dócil ni va a claudicar.

—Te estoy hablando, Jackson.

Se dirige hacia el baño. No dice ni una sola palabra. Ella le sigue. No comprende por qué se comporta así. ¿Es que acaso se ha quedado sordo o qué le pasa?

—Jackson, más vale que me contestes, porque si no lo haces, va a ser peor.

Entonces, él se queda quieto. La espalda recta. Está rígido. Ella se da cuenta. Algo ha cambiado. Su lenguaje corporal no es el habitual. Cuando se gira lo ve también en su mirada. Y por primera vez, es ella la que siente un poco de miedo.

—Déjame en paz.

La bruja no es estúpida. Sabe que no es un buen momento. Ya se le pasará ese arranque momentáneo de valentía. No es más que un cobardica y un llorón sin personalidad. Lleva demasiado tiempo sometiéndole para que todo se esfume en un rato.

No imagina a cuántas mujeres como ella ha matado.

Si lo supiera, igual se lo pensaba dos veces.

La bruja está acostumbrada a mandar. Lo ha hecho siempre, casi desde que nació y fue una bebé tirana. Después, en el colegio, no

dudaba en lograr todo lo que quería del modo que fuera necesario. Muchos niños sufrieron sus abusos. Su narcisismo sin límites.

Ahora está al frente de una empresa y reproduce a diario su patrón de comportamiento. Ella considera que es la única forma de que las cosas funcionen, manejando a la gente con una correa corta, con puño de hierro.

Igual que a su marido.

Pero él es un inútil que le saca de sus casillas. Ni siquiera le sirve para el sexo, puesto que ya no recuerda la última vez que se le levantó, cosa por la que le humilla con frecuencia. Para eso, para satisfacer esas necesidades, tiene que acudir a otros.

Y no le importa.

Siempre que siga teniendo el control.

Debe mantener la imagen de mujer dura y controladora.

Capítulo 65
Myrkur



Al final, resulta que no ha sido tan difícil. No es que no sepa qué preguntas debo hacer, sino que temo no saber utilizar el tono adecuado. No obstante, es probable que tenga mucha razón Patrick cuando dice que, como todo, es cosa de práctica. Y lo daría por bueno sin pensarlo, si no fuera porque hay gente a la que parece que eso no le sirve de nada. Igual lo más importante al final sea tener ganas de aprender.

Cuando vi la expresión del camarero al ver la foto de Susan Harley, supe que ahí pasaba algo. Era más que evidente, no eran necesarias habilidades de ningún tipo. Se acercó hacia nosotros con la imagen en la mano y el rostro contraído. Una de dos, o había tenido algo que ver o había visto algo.

—La vi aquí en la cafetería. Charlamos un poco, no demasiado porque, como es habitual, el local estaba lleno y teníamos muchas mesas que atender.

—¿Y qué sucedió?

—En realidad, nada. Estuvo en su mesa tomando el café con un sándwich y consultando un mapa que creo que le habían facilitado en el hotel. Pero había un tipo que no le quitaba ojo de encima. Tampoco es que fuera nada anormal, porque la chica era muy guapa.

Patrick y yo nos miramos. Tal vez ese hombre fuera un posible sospechoso.

—¿Recuerdas algo de él? ¿Te llamó algo la atención en el hombre? —le pregunto tuteándole. Él es joven y yo también. Me parece que esa puede ser la forma de que los dos nos sintamos más cómodos.

—No me fijé mucho en él. En realidad, lo único que resultó llamativo fue la forma de mirarla. Muy intensa. Es que no le quitaba ojo, no sé si saben a qué me refiero.

—Me hago una idea —le respondo. Lo he sentido en mi propia piel muchas veces. Como las que Ben me ha mirado y he tenido bastante claro que quería hacerme daño.

—Al menos, esa es la impresión que me dio, tal vez sea cosa mía. Poco después, ya no estaban ninguno de los dos. Con todo el jaleo, ni

me percaté de cuándo se fueron.

—¿No recuerdas nada más?

—No, lo siento. Solo que aquel tipo me dio muy mala espina.

—Bueno, si se te ocurre alguna cosa, llámanos —le dice Patrick dándole su tarjeta.

—No lo duden. Ojalá a la chica no le haya pasado nada. Me sentiría fatal pensando que, tal vez, yo podría haberlo evitado si hubiera estado más atento.

—No debes culparte por algo que no habrías podido controlar —le dice Patrick, poniéndole la mano en el hombro para tranquilizar su conciencia. El joven asiente levemente, aunque supongo que no acaba de servirle de consuelo.

No sabemos cuántas veces un pequeño gesto por nuestra parte, tal vez, acabe salvando vidas, real o metafóricamente hablando.

Entonces, nos dirigimos a la puerta, mientras los dos nos fijamos con detenimiento en los lugares en los que estuvieron sentados ambos. Próximos. Uno frente a otro. Igual Susan se dio cuenta de que él la miraba. Igual fue ese el motivo por el que se fue, tratando de evitar la incomodidad de sentirse observada.

—Esperen —nos llama el camarero.

Nos damos la vuelta y él viene hacia nosotros.

—¿Qué ocurre? —pregunta Patrick.

—Acabo de recordar algo. El tío tenía un defecto. Nada llamativo pero, no sé por qué, me fijé en ello. Le faltaba el lóbulo de la oreja derecha. Como llevaba gorra y el pelo por dentro, se apreciaba con bastante nitidez.

Le damos nuevamente las gracias. Ese puede ser un detalle a tener en cuenta. Si es nuestro sospechoso, quizá podamos identificarle gracias a esa marca singular.

Después de hablar con los camareros de la cafetería, estudiamos la zona. Volvemos a recorrer la distancia que hay entre la cafetería y el museo. Tratamos de hacernos a la idea de qué camino escogió la posible víctima y, si el desconocido de la cafetería la siguió, dónde pudo atraparla. No es fácil, porque es una zona concurrida. Pero debe tener experiencia.

Seguimos avanzando y giramos la esquina que da a la parte de atrás del museo. Y entonces lo vemos. Una inmensa extensión de terreno verde con árboles, una parque de juegos y también algunos monumentos conmemorativos. El parque Salem Common. Se encuentra en la trayectoria que bien podría haber seguido nuestra desaparecida. Por allí atajaría de camino al hotel. Seguro que le pareció una buena idea si trataba de alejarse de él. Pero se equivocó.

Ahí no le sería difícil.

Parece el lugar ideal.

Nos miramos.

Creo que los dos pensamos lo mismo.

—Aquí la secuestró —asevera Patrick, poniéndole voz a mis pensamientos.

Capítulo 66
SEQUÍA



Tras lo sucedido con la última, cree que lo mejor será entrar en una etapa de sequía. Es una sensación que tiene. Un mal fario que presiente. Es como si el temor a ser atrapado fuera más fuerte que él, más poderoso que sus instintos. No logra superar el sobresalto. A pesar de que el resultado final fue a su favor y de que eso debería proporcionarle más seguridad.

Lo resolvió.

Logró matarla finalmente.

Fue una dura prueba que superó.

Ahora teme que, si entra en el dique seco, todo se eche a perder como en anteriores ocasiones y no pueda culminar su proyecto porque ha pasado demasiado tiempo. El género se puede echar a perder.

No debería ser así. El arcón congelador que compró está diseñado para mantener el buen estado de los productos durante mucho tiempo. No obstante, está seguro de que no lo han probado con carne humana. Se permite un instante de humor y se ríe para dentro de su propia broma, la cual es de mal gusto, aunque a él no se lo parezca.

Esta última vez, además, ha corrido más riesgos. No solo por las magulladuras que cubren sus piernas y que evidencian una lucha cuerpo a cuerpo, sino por la forma en la que la furia que le recorría de pies a cabeza hizo que se deshiciera del cadáver. No debería haberse dejado llevar. Tendría que haberse controlado y enterrarla como a todas las demás. Pero no. Tuvo que ser más imprudente de lo que estaba acostumbrado.

Llevó los restos de su última víctima a Proctor’s Ledge, el lugar en el que se cree que colgaron a las brujas después de los juicios. Dispuso los trozos en el suelo a modo de pira funeraria y les prendió fuego. No podía colgarla de la horca, pero al menos podría hacer que ardiera como les hubiera gustado a los habitantes de la localidad en 1692. Al fin y al cabo, esta también era una bruja y merecía morir y ser ajusticiada como tal.

En cuanto fue consciente de la imprudencia que estaba cometiendo, se dispuso a apagar los trozos de carne que ardían con

ansia. Echó tierra por enciman con la pala que llevaba en la furgoneta y, cuando la intensidad de las llamas fue disminuyendo, los tapó como pudo con una manta grande.

Ahora recuerda la sensación de pánico que le asaltó cuando se dio cuenta de que alguien podría haber avisado a los bomberos al detectar el fuego. Ante las prisas con las que intentó recogerlo todo, se quemó ligeramente la palma de la mano izquierda. Por suerte, es diestro y confía en que nadie en su trabajo se percate de su lesión. Sin embargo, va a ser inevitable. Cuando se ha levantado, no le ha gustado el aspecto que tiene la mano. Le duele bastante y no puede correr el riesgo de llevarla al aire y que se infecte, puesto que alguna de las ampollas se han reventado.

Todo se ha torcido. La cajera debería haber sido su penúltima víctima. Tendría que tener preparado todo para el paso final. Si en verdad entra en ese período de sequía, en ese paréntesis que su razón le clama que tome, no sabe cuándo podrá retomar la actividad. La última vez el pánico le dominó durante semanas.

No se lo puede permitir.

Capítulo 67
Myrkur



Mi madre me llama poco después de terminar el turno. Demasiada comunicación en tan poco tiempo para lo que estamos acostumbradas. Quiere que cenemos juntas o que, al menos, me pase a verla antes de irme a casa. No me apetece nada, especialmente después de lo de la última vez y me temo que la cosa no va a mejorar.

En realidad, no suponía que pudiera ser tan malo.

Después de mucho insistir, me convence para que vaya. Me paso por allí y le digo que no voy a quedarme a cenar. Estoy cansada y quiero estar tranquila. Tengo demasiado en lo que pensar. A los pocos minutos entiendo sus motivos para empeñarse en que cenara con ella. No sé si piensa que podría digerir mejor lo que tiene que contarme con unos aperitivos delante.

—Estoy pensando en quedar con Patrick, Myrkur. Quería decírtelo a ti primero. Me gusta, ¿sabes? —me suelta así, sin más, casi sin preámbulos, salvo un rutinario qué tal te ha ido el día. Es verdad que las dos somos muy directas, no nos gusta dar rodeos. Pero en esta ocasión, igual habría agradecido un poco de adorno.

Me quedo de piedra. Esa es mi reacción. Esto no puede estar pasando. Igual es una broma con poco gusto que han orquestado entre los dos. Muy bien, pues yo no me río.

—Estás casada, por si no lo recuerdas —le digo como si eso fuera un argumento a tener en cuenta. Mi padre lleva encerrado once años en una prisión de alta seguridad y no saldrá de allí, salvo que lo haga con los pies por delante. Se puede asemejar a enviudar.

Me mira con una expresión extraña, entrecerrando ligeramente los ojos. No le ha sentado bien. Lo siento, mamá, a mí tampoco.

—¿Cómo puedes ser tan hipócrita, Myrkur? Hace años que no ves a tu padre, actúas como si estuviera muerto y ahora me dices que yo estoy casada con él y que no puedo quedar con otros hombres por eso. ¿En serio? ¿Eres capaz de ser tan ruin? —no digo nada. No puedo. Me he quedado sin habla. ¿Por qué Patrick precisamente?— Además, sabes que ya no estamos casados.

Lo sé. Mi madre le pidió el divorcio y él se lo concedió sin

condiciones. En eso no puedo negar que fue honesto. Si alguien me preguntara, lo negaría sin dudarlo, pero la realidad es que sigo pensando que mi padre nos quería de verdad a mi madre y a mí. Pero igual me equivoco, puesto que se supone que los psicópatas son incapaces de amar a nadie que no sean ellos mismos.

—¿Qué sucede? ¿Te gusta Patrick? —continúa indagando después de unos segundos de mutuo silencio y miradas desafiantes. A veces, me parece que me miro en un espejo cuando estoy frente a ella. Un espejo que me dobla la edad. Igual es mi propio yo visitándome desde el futuro.

No pienso hablar con mi madre de mis sentimientos. Ya debería saber que nunca lo hago. Son algo mío. Compartirlos es exponerte a que te hagan daño. Me da igual que sea supuestamente la persona que más me quiere en este mundo.

Me salgo por la tangente. Es mi especialidad.

—Lo que sucede es que me sorprende tu cambio de actitud. No hace tanto te parecía que los policías eran el enemigo y ahora quieres meter en tu cama a uno.

Me da una bofetada que no me espero. No ha sido fuerte, pero eso no hace que duela menos. Me duele en el orgullo. Me voy de allí sin decir adiós. He visto el arrepentimiento en sus ojos, pero no pienso ponérselo tan fácil.

Cuando regreso a mi piso llena de rabia, suena otra vez mi teléfono. Miro el identificador de llamadas. No doy crédito a lo que veo.

Sopeso si contestar o no.

Respiro tratando de calmar la zozobra interior.

No resulta fácil.

Desde la conversación con mi madre me encuentro bastante agitada.

Capítulo 68
Necesidad



Su cabeza es una olla a presión. No es consciente de cuántas cosas han cambiado dentro de él a raíz de lo sucedido con la última víctima. Para empezar, lleva casi tres noches apenas sin dormir. El agotamiento empieza a hacer mella en él y su pensamiento comienza a ser errático. No sabe que necesitará estar sereno para lo que se le viene encima en los próximos días.

La bruja le mira de forma diferente. En un descuido que ha tenido, ha visto los golpes que salpicaban sus piernas, además del vendaje de la mano. Parece que le observa con recelo. Y con cierto temor. Ella es consciente de que esos golpes son fruto de una pelea.

Desde la noche de autos, cuando ella se apercibió de que esa vez él no estaba por la labor de acatar sus órdenes, se mantiene a cierta distancia. No le incordia. No le increpa. Está en un paréntesis en el que le vigila y le analiza. Quiere saber hasta qué punto se ha producido un cambio dentro de él.

Apenas conversan. Se dirigen preguntas cortas y monosílabos, poco más. Conversaciones sin trascendencia pero que a ella le sirven para medir la temperatura de la situación. Es una maestra analizando su conducta.

—¿Compraste el café?

—Sí.

—¿Puedes llevar hoy al niño a la guardería?

—No.

—Te toca ir a la compra.

—Lo sé.

—¿Vas a volver tarde esta noche?

Silencio por respuesta.

Porque no lo sabe. No tiene claro qué va a hacer ese día. Entonces la mira y ella da un paso atrás. Lo ha hecho siguiendo su instinto de supervivencia. La encimera la frena. No hay más margen. Ese es todo el recorrido que puede hacer. Casi se le cae la taza de las manos. Lo que ve en los ojos de su marido no le gusta. Algo se ha despertado dentro de él, algo que no había percibido hasta la fecha.

Se oye al bebé llorar de fondo. Él sigue mirándola. Ella se ha quedado congelada. No se atreve a moverse. No tiene el valor de empezar a andar y darle la espalda. De reojo ve dónde se encuentra la *tacoma* con los cuchillos. Están al alcance de su mano. Por si acaso.

Es él quién se gira despreocupado. Se ha dado cuenta de su reacción. Ha visto cómo ella miraba los cuchillos. Sonríe para sí satisfecho. Ahora es él quien está al mando.

Sale de casa. Suena la puerta al cerrarse. Entonces ella respira. Tiene la sensación de que unos segundos antes el aire era irrespirable. Abre la boca y toma una bocanada que le sabe a vida. Siente la necesidad de coger todo el oxígeno que pueda, como si el que hubiera dejado escapar unos minutos antes fuera imprescindible para su supervivencia. Se ha mantenido recta, con la espalda erguida, la cabeza alta. Pero no cree haberle engañado.

Él ha visto su miedo.

Jackson se sube al coche. Conecta el encendido del coche. Pone en marcha la radio. Está sonando *Welcome to the Jungle*, de Guns N' Roses. Sonríe ante la ironía. Parece que la haya puesto en su honor.

Se siente un hombre diferente.

Se siente un hombre totalmente distinto, renovado.

Se siente el rey de la jungla.

A veces, los hechos más inesperados producen giros de ciento ochenta grados. La última víctima no consiguió destruirle, sino más bien al contrario. Le ha hecho renacer. Ahora es más fuerte, o lo cree. Ahora tiene más seguridad en sí mismo y en sus capacidades. Ahora sabe que puede solventar con éxito situaciones difíciles que le producen miedo. Se acabó la sequía. Eso era una estupidez que provenía de su yo timorato.

Se pone el cinturón de seguridad.

Tarda unos segundos todavía en arrancar.

Respira y cierra los ojos. Ve su vida pasar como en una moviola. Algunas escenas se han transformado y, por encima de todo, el final de la película lo imagina muy diferente a lo que solía pensar hasta hace muy poco.

Se dirige al trabajo como un día cualquiera.

Pero no es un día cualquiera.

Es el primero de una nueva forma de ser y estar.

Hoy se cobrará otra víctima.

Tal vez hoy comience el ensamblaje.

Capítulo 69

Myrkur



Al final, decido contestar al teléfono. Es Patrick quien me llama. Eso no contribuye a que me serene, sino todo lo contrario. Mi corazón se dispara como un cohete sin destino ni control. Tengo la sensación de que ha hablado con mi madre y quiere excusarse. O quizá trata de hacerme entrar en razón para que solucione las cosas.

Pero nada más lejos de la realidad.

Lo que tiene que decirme no está en absoluto relacionado con esto.

—Myrkur, soy Patrick —dice al contestar. Detesto las obviedades. Debería saber que sale en mi teléfono el nombre de la persona que me llama. No es precisamente un adelanto tecnológico del último año.

Estoy de mal humor. Se me nota.

—Lo sé. ¿Qué quieres? —le pregunto con un tono de voz duro.

—Me he enterado de que hay otra mujer desaparecida de la que no teníamos constancia. Como ya imaginarás, también es pelirroja y tiene el rostro pecoso.

Escuchar esto hace que reaccione y me olvide de todas las tonterías que están aturullándome. Esto sí que es algo importante de verdad. Tenemos la cajera, que es bastante reciente, y ahora resulta que hay otra más.

Está en plena espiral.

Me da la sensación de que vamos todo el tiempo a remolque. Me explico. Obviamente, el secuestrador va siempre por delante. Si fuera al revés, hace tiempo que lo habríamos detenido. Lo que quiero decir es que parece que nos vamos enterando de las distintas desapariciones con excesivo tiempo de retraso. Con las primeras era comprensible, teniendo en cuenta que los zoquetes de Ben y Michael no le dieron importancia y no lo investigaron. Pero, a estas alturas, tendríamos que ser los primeros en enterarnos. Le estamos dando una ventaja extra al responsable de estos supuestos secuestros.

—¿Y por qué nadie nos lo ha dicho?

—Al parecer, esta de la que acabo de tener noticia vive en Peabody y su familia ha puesto allí la denuncia. Hace varios días que no saben nada de ella, pero no sabemos a ciencia cierta cuándo despareció.

Puede que haga entre una semana y diez días. No tiene pareja y tampoco habla a diario ni con sus padres ni con su hermana.

—¿Y nadie se dio cuenta en su trabajo?

—Al parecer, se encontraba de baja por una enfermedad crónica. Lo que tiene es incurable y ahora estaba en una fase bastante aguda que le impedía trabajar. Estaba siguiendo un tratamiento en la unidad del dolor de una clínica de la zona, según me ha parecido entender.

—Al menos, tenemos algo. Puede que allí la vieran en los últimos días —sugiero con esperanza de que así sea. Solo nos faltaba encontrarnos a otra víctima sin lazos ni vínculos a la que nadie ha echado en falta hasta que ya es demasiado tarde. Entonces pienso en los que yo tengo. Mi madre. Punto. Y nosotras no hablamos con frecuencia. Puede que si a ella le pasara algo, tardase mucho tiempo en averiguarlo. Esto me suena demasiado triste para permitirme el lujo de reflexionar sobre ello en este instante.

—Es una posibilidad, desde luego. Tendremos que investigarlo.

—¿Cómo te has enterado de esta desaparición? —pregunto intrigada.

—Gracias a que se hizo también el registro electrónico de la denuncia y por eso mi colega lo ha visto y me ha llamado enseguida. Al parecer, esto no lo hacen siempre. Algunas denuncias las recogen solo en papel y, cuando tiene tiempo el administrativo, lo registra también en la aplicación destinada para ello. Para colmo, han sufrido un hackeo en las últimas semanas y aún están poniéndose al día.

Pues menos mal que esta sí la recogieron de forma electrónica. De no ser así, a lo mejor nunca nos habría llegado la información.

—¿Qué quieres que hagamos? —le pregunto porque realmente no sé qué es lo correcto en este caso. No tenemos un cuerpo ni un escenario del crimen al que acudir—. Puedo estar en comisaría en diez minutos a lo sumo.

—No, Myrkur, es muy tarde. No vamos a poder averiguar gran cosa a estas horas de la noche. Mañana a primera hora nos ponemos a trabajar.

—Cuenta con ello.

Capítulo 70
Pendiente



Su descenso por la pendiente se ha iniciado un par de noches antes, pero ahora va a una velocidad de vértigo. Él no es consciente de que es así. Él será el último en enterarse.

Cuando llega al trabajo, su actitud es diferente a la habitual. Suele ser amable y tiende a mostrarse sumiso. Si le cambian los turnos o los pacientes, no protesta. No es que sea común, puesto que se suelen respetar esas cosas, pero si hay que hacerlo porque surge algún imprevisto, normalmente él es el damnificado. Los jefes saben que asume lo que le toca y ya está. No se queja. No hay necesidad de asignárselos a otros que saben que van a protestar hasta que se salgan con la suya.

Pero Jackson ese día tiene planes. Necesita estar libre antes de caer la noche. No va a admitir ni una sola variación. Así que cuando se le acercan para comunicarle que uno de los anestesistas está de baja y que necesitan que atienda a alguno de sus pacientes, se niega en rotundo y de forma que no deja lugar a plantear otras opciones.

Al otro le pilla desprevenido, sobre todo el gesto de su compañero. Ha visto un brillo inusual en su mirada. Y no le ha gustado. Se aleja pensando en otras opciones. Debe ser cosa suya. Sugestión, a lo mejor. Será que Jackson tiene un mal día y ya está. «A veces, vemos cosas donde no las hay», se consuela.

La jornada transcurre de una manera que a ninguno de los compañeros se le escapa. La tosquedad que destila no es propia de él. Da la sensación que ha sido reemplazado por un hermano gemelo del que nadie tenía constancia hasta ese momento.

Con los pacientes, no obstante, se comporta más o menos como siempre. Muchos acuden en busca de una solución a su dolor crónico, otros para informarse acerca de las posibilidades y el coste de los cuidados paliativos para algún familiar y los menos para el chequeo rutinario antes de una intervención quirúrgica.

Ningún paciente dirá que el médico que le atendió le trató de forma cruel o despectiva. Solo podrán contar alabanzas acerca de su profesionalidad y el buen trato recibido.

No imaginarán que sesgó días atrás la vida de una paciente. Le cortó el dolor de raíz.

Llega el final de su turno. Apaga el ordenador. Organiza de forma pulcra su mesa. Cuelga su bata. Realiza estas acciones de manera automática, sin pensar, sin ser consciente de que las hace.

Es tiempo de cazar.

Capítulo 71
Myrkur



Llego tan pronto a comisaría que no han puesto ni las calles, como se suele decir. Estoy excitada ante la nueva información que tenemos. No paro de mirar el reloj esperando a que venga Patrick. No me dio el nombre de la última desaparecida, por lo que no puedo comenzar a investigar por mi cuenta. Tampoco sé quién se encargó de hablar con el novio y la familia de la cajera. Tendría que habérselo preguntado. No obstante, lo más probable es que no hubiera servido para gran cosa. No habría tenido en ningún caso la información al alcance de mi mano. A veces me olvido de que sigo siendo el último eslabón de la cadena en esta comisaría.

Reviso lo que hemos fijado en el corcho y los informes que hemos ido elaborando con los avances de la investigación. Mezclo esos datos con los nuevos del día anterior. Me fijo en el mapa. El área en el que se encuentra el supermercado. El parque Salem Common. Las calles en las que residían las otras víctimas. Todo se encuentra en un radio que en un principio no me parece demasiado amplio. Tal vez tres kilómetros a la redonda, cinco a lo sumo. Peabody se encuentra también entre esos límites.

Observo que dentro de ese radio se hallan también el área de conservación Forest River y el parque Salem Woods Highland. Se me ocurre que podrían ser lugares a los que llevar los cadáveres. Igual es una estupidez. Y entonces veo otra cosa que me llama la atención. El hospital y una clínica privada de cierto renombre. Pienso en esa última desaparecida que estaba siendo sometida a un tratamiento para paliar su dolor. Sin embargo, me doy cuenta de cuántas cosas caben dentro de esos tres a cinco kilómetros a la redonda y me siento un tanto estúpida.

Cuando entra el jefe, se sorprende de verme allí tan pronto. Yo ni siquiera me había percatado de que había llegado.

—Myrkur, ¿qué haces aquí a estas horas? Tu turno no empieza hasta…

—Lo sé, señor. Es temprano. Pero tenemos algo que investigar. Al parecer, hay otra mujer desaparecida que parece guardar relación con

nuestro caso. De esta no teníamos constancia porque pusieron la denuncia en el departamento de policía de Peabody.

Harry me mira desconcertado. Es evidente que se acaba de enterar de esto por mí. Es comprensible, cuando me llamó por la noche mi compañero, ya era bastante tarde.

—¿Cómo es eso posible? Había dado órdenes de que os pasaran todas las denuncias que entrasen que pudieran estar relacionadas con vuestro expediente.

—Lo sé, señor. Como le he comentado, la denuncia la pusieron en Peabody. En este caso, creo que está más que justificado que usted no tuviera noticias. No puedo contarle mucho más.

—¡Maldita sea! Son ya demasiadas mujeres desaparecidas en poco tiempo —dice, mientras mueve ligeramente sus ojos de un lado a otro, como si estuviera buscando el dato en su cerebro.

—Que tengamos constancia en el departamento, con los nuevos datos, estaríamos hablando de cinco en los últimos tres meses. Quizá la cifra sea incluso superior. Cabe la posibilidad de que haya desapariciones anteriores incluso a estas —recapitulo de forma hipotética, aunque lo sepa a ciencia cierta, para hacerle consciente de la magnitud del asunto.

La expresión del jefe Swanson es de absoluta incredulidad. Esto es más grande de lo que pensaba. Intuyo que también está pensando en las consecuencias de que esta información salte a los medios y ponga en el punto de mira la negligencia de esta comisaría. La opinión pública nos va a lapidar.

—Pero… Yo… No comprendo nada. ¿Cómo es posible que haya sucedido esto? ¿Cómo pueden haber pasado desapercibidas?

Me abstengo de decirle que es debido a que ha confiado en la gente equivocada. Y sobre todo me abstengo de decirle que Ben y Michael son unos inútiles y unos vagos que deberían ser degradados. Mejor me callo, no sea que piense que les tengo ojeriza.

En ese momento llega Patrick. Da la sensación de que ha venido deprisa y corriendo. Leo en su rostro signos de fatiga y no puedo evitar que por la cabeza se me cruce la idea de que ha pasado la noche con mi madre.

—Has llegado temprano, Myrkur —me dice a modo de saludo—. Buenos días, Harry, por cierto.

—Buenos días. ¿Estabas al corriente de la última desaparición? —le pregunta a mi compañero.

—¿La de la chica de Peabody? —responde con otra cuestión para asegurarse de que hablan de la misma.

—Esa, sí.

—Me enteré anoche. Me llamó David Truman, un colega que trabaja en la policía de Boston y que colabora con los de la sección de

desaparecidos. Tiene acceso a una base de datos nacional y, hace un tiempo, le pedí que buscara en la zona más denuncias similares a las mujeres que estamos buscando. Ayer volvió a encontrar datos interesantes que creo que debemos investigar.

El jefe se pasa la mano por el pelo. Este asunto empieza a agobiarle, está claro.

—No dudéis en pedirme todos los recursos que sean necesarios. Tenemos que resolver esto. Es terrible que esté ocurriendo.

—Se agradece el apoyo, Harry. De hecho, me alegro de que lo sugieras porque creo que este caso es inmanejable solo para nosotros dos. Hay mucho que investigar. Demasiado. Vamos muy retrasados. Da igual las horas que echemos. Tengo la sensación de que el responsable de estos secuestros, porque ya no dudo que lo son —asegura rotundo—, nos lleva cada vez más ventaja.

Le miro decepcionada. En realidad, sé que tiene razón, pero me da miedo que asignar a más agentes a la investigación provoque que me releguen al banquillo. No voy a permitirlo. Estoy trabajando duro. Igual no debería anticiparme a los hechos, pero no puedo evitar que mi lado desconfiado gane la batalla.

—No se hable más. Hoy mismo asigno un equipo. Hay que ponerse manos a la obra.

—Perfecto. Pero me gustaría pedir un par de cosas —se aventura Patrick a decir.

—Te escucho.

—Lo primero, Myrkur y yo estaremos al mando del equipo —pide de forma tajante.

El jefe me mira. Parece que no le convence la idea.

—Eso está hecho —responde claudicando.

—Lo segundo es que no quiero a Walker y a Allen trabajando con nosotros. Creo que hay demasiadas rencillas personales que no beneficiarían a la investigación. Además, son ellos los que han pasado por alto diversas denuncias. Si se las hubieran tomado en serio, no estaríamos en este punto.

—Son buenos policías. No deberías…

—No lo son —le corto. Me he apresurado, lo sé. Pero no voy a permitir que les defienda—. Cuando fuimos a investigar la desaparición de aquel bebé hace ya varias semanas, no fueron capaces de ver que el padre era el responsable. Se habrían ido sin más después de hacerles unas preguntas rutinarias que no servían para nada.

—Myrkur, ellos fueron los que lo detuvieron —argumenta con convencimiento. Si hubiera estado allí como yo, seguro que ni se plantearía sacar la cara por ellos.

—Porque yo se lo dije, pero eso obviamente no se lo contaron. Y si todavía duda de que es así, le puedo hablar del sujeto al que estamos

persiguiendo en este momento. Hablamos de él como si fuera un secuestrador, pero la realidad es que estamos ante un asesino en serie que mata a mujeres con unas características físicas muy específicas.

La cara del jefe ahora sí que es un poema. Viendo su expresión, estoy tentada de ir a por el desfibrilador.

De perdidos, al río.

—Myrkur, no. —Patrick me mira tratando de advertirme de que no me lance a hacer afirmaciones que no puedo contrastar. Puede que tenga razón, pero algo dentro de mí me impulsa a hacerlo.

—Todas son pelirrojas, con el pelo rizado u ondulado, tez blanca y pecas en el rostro. Todos esos detalles son importantes para él. La edad, aunque es relevante, no es lo principal. De hecho, todas las víctimas, incluidas las desapariciones de meses atrás, esas de las que hasta ahora no tenías ni la menor idea, Harry, están entre los treinta y los cuarenta, un margen amplio de edad —me doy cuenta de que he convertido en afirmación algo que antes le he planteado como posibilidad remota.

—Myrkur, por favor, para ahora que estás a tiempo —vuelve a sugerirme Patrick. Ya es tarde. Estoy lanzada.

—Sé que esto que voy a decir es pura teoría y que no tengo evidencias en las que apoyarme por el momento, pero estamos ante un hombre por mitad de la treintena que posiblemente ha sido maltratado por mujeres similares a estas. Puede que su madre siendo niño. Apostaría que está casado y su mujer le maltrata psicológicamente, le desprecia y le hace sentir pequeño. Posiblemente, debido a ello, sufra impotencia sexual, lo que le hace sentir todavía peor. Además, tiene algún tipo de defecto físico que le avergüenza. Si metemos todo en la coctelera, tenemos a un hombre con una autoestima por los suelos. Tiene acumulada mucha ira dentro, así que sospecho que, cuando localicemos los cuerpos, estos mostrarán signos de brutalidad y violencia inusual. Debe retenerlas en algún lugar aislado, pero no muy lejos de donde vive. Necesita sentir que las controla y las tiene sometidas a su voluntad.

He hablado del tirón, casi sin respirar. Los dos me miran de una forma indescifrable, aunque por lo que voy conociendo a Patrick, creo que piensa que acabo de cometer mi suicidio profesional.

—¿Has terminado, Myrkur? —me pregunta el jefe Swanson muy serio.

—En realidad no, señor —mi compañero se lleva la mano a la frente y se la frota. Pero eso no me frena—. Está asesinando a sustitutas hasta que reúna el valor para matar a su esposa. Deberíamos dar la alerta a los medios de comunicación. Puede que esté en plena escalada, viendo como se ha ido reduciendo la periodicidad entre las últimas mujeres.

Se hace el silencio.
No hemos encontrado ni un solo cadáver.
Nada evidencia que se estén cometiendo asesinatos en la zona.
Siento una soga que se va cerniendo sobre mi cuello.
No tardaré mucho en descubrir si me he quedado sin trabajo.

Capítulo 72
Cae la noche



Sale a la hora prevista. Se dirige a toda velocidad a por la furgoneta. No se da cuenta de que su comportamiento resulta llamativo a los viandantes. La gente se fija en ese coche que pasa tan rápido por la calle. Aunque no sean capaces de ver la matrícula, capta su atención.

Está en modo kamikaze. Se cree inviolable. Indestructible. Si no le han cazado hasta ahora, seguramente nunca lo harán. No entiende cómo no ha sido consciente hasta ahora. Ha superado muchas cosas. Se da cuenta de que no es un cobarde, sino un luchador. Sigue en pie a pesar de todas las vejaciones que ha padecido a lo largo de la vida. Muchos se habrían hundido con menos. Muchos habrían llegado al extremo de quitarse la vida.

Ese click que se produjo en su cabeza cuando tuvo que enfrentarse a su última víctima, lo está desbaratando todo. Se han colado en su mente pensamientos de grandiosidad, megalómanos, exacerbados hasta límites desconocidos para él.

Llega hasta el lugar donde guarda la furgoneta. Deja el coche donde siempre. Se baja. Abre la persiana del pequeño almacén. Se cambia de ropa. Se pone prendas oscuras que le camuflen en la noche. Se coloca la gorra. Se sube al vehículo y empieza la ronda en busca de la víctima que necesita. Esta vez, patrullará las calles despacio hasta que la encuentre.

Tiene que ser esa noche.

No quiere tener que esperar.

Ahora no es solo necesidad, es algo más.

Circula despacio, pero sin llamar la atención. No va a ser fácil. Debería pensar en la increíble suerte que ha sido localizar a las anteriores. Solo el uno coma cinco por ciento de la población es pelirroja.

Empieza a ponerse nervioso. Le viene a la cabeza la última, la cajera de los grandes almacenes. Todo es culpa suya. Si no se hubiera portado tan mal, ahora estaría planeando el paso definitivo. Pero necesita una parte más.

Comienza a barajar otras opciones. No ha avistado ninguna últimamente. Tal vez no sea necesario que sea pelirroja. Con que tenga la piel blanca puede ser suficiente. Siente que ya no se puede controlar.

Golpea el volante frustrado. Una señora se ha fijado en ese gesto de furia cuando ha pasado a su altura. Por suerte para él, está oscuro y no podría reconocerle, mucho menos dar una descripción fiable si fuera preciso.

Los nervios se van apoderando de él.

Su posible presa no aparece.

Capítulo 73
Myrkur



El jefe le pide a Patrick hablar con él a solas. Parece que es peor de lo que me esperaba. Me cabreo conmigo misma por ser tan imprudente e impulsiva. No era el momento de vomitar esa teoría que entiendo que parece una locura sin ton ni son. Puede que en realidad lo sea. Pero siento que tengo razón. Algo dentro de mí clama que estoy en lo cierto. Pueden diferir algunas cosas, pero he acertado en las líneas principales.

Es un asesino.

Está matando sustitutas de alguien.

Está armándose de valor para ajusticiar a su verdadero objetivo.

La edad del asesino es fácil de justificar. Es demasiado sofisticado para encontrarse en la veintena, puesto que los altos niveles de testosterona a esa edad hace que los criminales sean más impulsivos y cometan errores. Ha logrado que no encontremos a ninguna de las víctimas, por lo que cuenta con recursos que se lo permiten. Una furgoneta es una buena opción, tanto para secuestrar a sus víctimas como para deshacerse posteriormente de los cadáveres. De mitad de los treinta a mitad de los cuarenta, es cuando más asesinos en serie dan rienda suelta a sus fantasías. Por otro lado, teniendo en cuenta la edad de las mujeres, me parece evidente que nuestro homicida está matando a una sustituta de una novia o una esposa. Estoy casi completamente segura de ello.

Sale Patrick del despacho y se dirige hacia mí con una expresión neutra, lo que me impide adivinar de qué pueden haber hablado y cómo ha transcurrido la conversación. No me cabe duda de que ese gesto es estudiado. No quiere que lea lo que pasa por su cabeza en ese instante. Nos vamos conociendo. Demasiado. No sé si para bien o para mal.

—Tienes suerte de que sea tu compañero y haya intercedido por ti. Parece que no te quedó claro el mensaje que te dije hace unas semanas de no creerte más lista que los demás —me riñe. No me gusta que lo haga. Detesto que me regañen.

Le miro seria. No sé si espera que diga algo. Supongo que ya sabe

que no lo voy a hacer. Voy a guardar silencio y a esconder detrás de un rostro hierático mis sentimientos. Es lo que debería hacer siempre.

—Al menos, has tenido una buena idea y el jefe ha accedido a poner una alerta en los medios acerca del perfil de las mujeres desaparecidas. Esperemos que así tengan más cuidado y puedan avisarnos si ven algo o a alguien sospechoso.

—Tengo razón —insisto.

—Claro. Siempre la tienes —Está mosqueado. Yo tampoco estoy para risas—. Dime, después de todo lo que has dicho hace un momento, ¿podrías precisarme en qué exactamente? ¿En lo de que es impotente, por ejemplo? —me pregunta con sarcasmo.

—Muchos asesinos matan por sadismo y como forma de darse placer erótico. De hecho, puede significar una sustitución del acto sexual para ellos. No son infrecuentes los casos de impotencia entre los homicidas.

Su gesto sigue siendo impenetrable.

—Encima, has dado por hecho lo del defecto físico por lo que nos contó el joven camarero de la cafetería acerca del hombre que observaba a Susan Harley. Aquel al que le faltaba el lóbulo de la oreja, seguro que lo recuerdas. Te lo has sacado de la manga como si fuera un conejo de la chistera, cuando en realidad te has basado en eso. Buena jugada.

—No es así, aunque no dudo que eso me sirviera para apoyar mi hipótesis. Si es él, eso demostraría que tengo razón.

—Joder, en serio, ¿no vas ni siquiera a reflexionar un segundo acerca de la imprudencia que has cometido? Me da igual si tienes razón o no, Myrkur. No puedes soltar todo lo que has dicho sin tener nada que lo apoye. Los casos no se resuelven solo con intuición. No es la primera vez que te lo digo.

—¿Crees que estoy equivocada? —le pregunto para cambiar el rumbo de la conversación. Le he pillado a contrapié. Ahora soy yo la que manejo los tempos.

—¿Qué?

—Me has escuchado a la perfección. No hagas como si no hubieras entendido lo que te he preguntado.

—No voy a responderte a eso.

—Luego crees que estoy en lo cierto.

—Tenemos trabajo que hacer. No pienso perder más tiempo con esta discusión estéril.

Capítulo 74
Noticias



Se levanta por la mañana con un nivel de actividad impropio en él. Ha dormido como mucho tres horas, pero no se nota cansado. Al contrario. Se siente cargado de energía y de fuerza. Se siente seguro de sí mismo.

Recuerda la noche anterior. La adrenalina corriendo por sus venas. Una adrenalina que sigue en su torrente sanguíneo, que no le abandona, provocándole un estado continuo de excitación. Una sonrisa se dibuja en su cara. Parece que ya nada puede detenerle.

Cuando ya estaba a punto de darse por vencido, apareció. Debía ser una señal divina de que merecía cumplir con su misión. No era exactamente el prototipo que buscaba, pero se ajustaba lo suficiente para no desaprovechar la oportunidad. Esperó el momento propicio y se la llevó. La noche le camufló. Ni siquiera es consciente de las imprudencias que cometió, los riesgos no calibrados. Y a pesar de todo, se salió con la suya.

Ahora le espera encerrada entre cuatro paredes.

Era muy tarde cuando regresó a su hogar, pero ya no le da miedo llegar a casa a la hora que le parezca. Se han establecido unos nuevos parámetros en su matrimonio. Ya no es un don nadie que acata órdenes sin más.

Baja a la cocina. Está solo en casa. Hoy libra. La bruja se habrá ido a pasear con el bebé. Mejor. No tiene prisa. Se prepara el desayuno y enciende el televisor. Cuando va a tomarse las tortitas con el sirope, siente que flaquea, que esa confianza recién estrenada se resquebraja.

—La policía quiere alertar a las mujeres de la zona que tengan especial cuidado si cumplen con las siguientes características…

Empiezan a enumerar los rasgos en los que él se fija. Uno por uno. Era inevitable. Antes o después, tendría que pasar. Demasiado tiempo ha escapado lo que estaba haciendo del radar de la policía. La única que difiere es la de ayer. Tal vez eso le dé ventaja. No pensarán que encaja en el perfil. Al menos, no exactamente.

Después, empiezan a hablar de las posibles desapariciones en la zona. Él sabe que no solo han desaparecido, sino que son pasto para

los bosques y la fauna de la zona. Pero está claro que eso la policía todavía no lo sabe. En las noticias, no hablan de muertas. No mencionan que hayan localizado los cuerpos inertes de diecisiete mujeres, que son las que lleva a sus espaldas desde que empezó con esta particular actividad extracurricular.

Once meses atrás, empezaron a ser más frecuentes, pero ya se había cobrado la vida de otras cuatro mujeres con antelación. Muy distanciadas las unas de las otras, eso sí. Cuando el pánico se apoderaba de él porque todavía no había establecido un procedimiento seguro.

Necesitaba meses para reponerse. Para recuperar el control y la paz interior. Durante ese tiempo, vivía angustiado y padecía con mayor crudeza los abusos y las burlas de la bruja. Recuerda esos tiempos con tal sufrimiento que casi percibe un dolor con un correlato físico.

Tiene que terminar. Tiene que lograr llegar al final de su proyecto. No puede permitir que lo interrumpan, que quede a medias. Necesita sentirse capaz de hacerlo. Necesita crear a la mujer perfecta, con los rasgos que él ha imaginado, una que, por encima de todo lo demás, lo respete y lo ame.

Tiene mucho trabajo por delante.

Será una jornada larga.

Extenuante.

No puede perder más tiempo.

Desconoce cuánto sabe la policía.

Tal vez estén más cerca de lo que cree.

Capítulo 75
Myrkur



La última vez que se vio a Stephanie Prince fue once días atrás. Después de preguntar a familiares, amigos y en el gimnasio al que acudía para realizar sesiones de pilates que la estaban ayudando a controlar su dolor, era el momento de acudir a la clínica en la que había estado el día anterior al de su supuesta desaparición.

Nos recibe un hombre joven muy sonriente y agradable. No puedo evitar que me sorprenda esa facilidad que tienen algunas personas para mostrar tanta amabilidad de forma gratuita. Para mí es un esfuerzo descomunal. Se encarga de gestionar las citas de la clínica y también de los trámites administrativos que puedan precisar realizar las personas que acuden a ser diagnosticadas por los médicos o para recibir algún tratamiento que ya se les ha prescrito.

—Sí, es paciente nuestra —nos responde al instante. Es evidente que la conoce bien. Debe ser de las que lleva tiempo acudiendo—. La lleva el doctor Thompson. Yo no puedo comentarles nada acerca de su afección clínica, como comprenderán, no solo porque no estoy al corriente de todos los tratamientos, sino también por la protección de datos, ya me entienden.

—Nos hacemos cargo.

—No obstante, cuando salga el paciente que está ahora con el doctor, tal vez pueda atenderles unos minutos y contarles algo más.

—Eso sería maravilloso —responde nuevamente Patrick—. Mientras tanto, igual puedes facilitarnos algún dato relevante. Quizás te fijaste si al salir de la clínica vino alguien a recogerla o la esperaban fuera.

—La verdad es que no. Siempre acude sola y regresa sola. Es una mujer muy independiente. Lo sé porque lo hemos hablado muchas veces. Una de las cosas que peor lleva de su enfermedad es no poder acudir a trabajar con normalidad y depender de otros para según qué cosas. Por eso trata hacer todo lo que pude por sí misma. No le gusta dar pena, ¿saben? Es de esas personas de carácter fuerte.

La entiendo perfectamente. Si algo detesto más que el desprecio de los demás es que sientan compasión por mí. Eso sí que no lo soporto.

—¿Alguna vez te habló de su vida personal? Igual, si conversabais con frecuencia, te hizo alguna confidencia al respecto.

—Lo lamento, pero me temo que no. No llegamos a tanto. Solo sé que vivía sola y que pensaba seguir así mientras pudiera. Le gustaba tener su espacio. Pero no tengo la menor idea de si tenía o no pareja, si es a lo que ser refieren.

En ese momento se abre la puerta de la consulta del médico que trata a nuestra desaparecida. El doctor Thompson acompaña a un hombre de edad avanzada y a la que intuyo que es su hija. Le habla con un tono de voz elevado. Es evidente que el hombre debe tener cierta pérdida auditiva.

En cuanto el administrativo se refiere a nosotros y a los motivos por los que estamos allí, el médico nos mira con cierto recelo y con una gravedad impropia.

No somos el enemigo.

Nos pasa revista. Nos mira de arriba abajo, estudiando nuestra capacidad. Esa es la sensación que me da. Tiene pinta de ser un narcisista de manual, de los que se creen más listos que el resto. Su mirada es afilada. Bajo la bata se intuyen unos pantalones con la raya planchada a la perfección, además de una corbata y una camisa debidamente abrochada y ajustada. Me da la sensación de que es de esos que no tolera que les den órdenes. Estoy segura de que Patrick se ha dado cuenta igual que yo. Más nos vale dorarle la píldora si queremos sacar algo de él.

—Doctor Thomson —comienza a decir mi compañero—, le agradecemos enormemente que pueda dedicarnos unos minutos. Nos hacemos cargo de que estos son escasos y trataremos de no robarle más que el tiempo que sea imprescindible.

Sí, Patrick lo ha pillado. Es un tío muy listo. Enseguida sabe cómo adaptar su modo de hablar con la persona que tiene enfrente. No puedo tener más suerte de trabajar con alguien como él. Estoy aprendiendo muchísimo.

El médico asiente con un leve cabeceo. Es parco en palabras, es evidente. O tal vez sea una pose, para darse más importancia.

Pasamos a su despacho. Las paredes están inundadas de premios y certificados. No hay ni un solo detalle cálido o personal. No, claro que no. Alguien como él necesita apabullar a sus pacientes con su sabiduría.

A mí no me impresiona lo más mínimo.

—Ustedes dirán en qué puedo ayudarles. Aunque debo insistir en la necesidad de ser breves, pues tengo pacientes esperando.

—Por supuesto, doctor. Seremos lo más concisos posible. Necesitamos que nos hablé de la última consulta con Stephanie Prince.

—Ya saben que no puedo compartir datos relativos a su historial

médico.

—Por supuesto, doctor. No nos referimos a eso, sino a si notó algo en ella fuera de lo habitual o si manifestó algún tipo de temor.

—Déjenme que consulte mis notas un momento. La última vez que la vi fue hace más de tres semanas —dice mirando la pantalla de su ordenador.

Patrick y yo nos miramos. No es posible. Pero nos está diciendo la verdad. Sus microexpresiones faciales no mienten. No obstante, sabemos que estuvo en la clínica hace mucho menos tiempo.

—Disculpe, señor, pero nos costa que estuvo aquí hace trece días. ¿No tiene notas de esa última visita?

Se pone las gafas que lleva colgadas al cuello. Parece que se las tienen que ajustar, puesto que, aun así, necesita alejarse un poco la agenda para lograr ver bien lo que tiene escrito.

—Ahora lo recuerdo. Estuve en un congreso en Boston. Debió verla uno de mis colegas. Supongo que el doctor Smith.

—De acuerdo, muchas gracias —dice decepcionado mi compañero —. Hablaremos con él entonces.

—Me parece que hoy no va a ser posible, señores. Es su día libre. Trabaja también en el hospital y allí tiene que hacer guardias de vez en cuando, además de trabajar sábados y domingos en algunas ocasiones, así que suele tomarse algún que otro día libre entre semana.

Tendremos que acudir a su casa a visitarle antes de regresar a comisaría.

Capítulo 76
Penúltima



Está cerca de culminar su obra. Esta será la penúltima. Tiene que darse prisa. No se puede permitir más pausas ni paréntesis. No más dudas. No más miedos. Primero, ejecutará a la mujer que tiene en el sótano. Después, ya verá.

Valoró la posibilidad de ajusticiarla la noche anterior, poco después de apresarla. Lo tenía bastante claro. El ansia le dominaba. Los pensamientos eran atropellados, dominados por una sed difícil de saciar. Tenía la mente encharcada, borracha de odio. Sin embargo, en el último momento, decidió que se merecía un poco de diversión. Nada de hacer las cosas de manera apresurada. Hasta hace poco tiempo, el placer casi era relegado a una mera instrumentación de un proceso necesario. Sus miedos, sus inseguridades, le impedían saborear el momento. Pero ahora todo es distinto. Ahora es un hombre diferente.

Con esta víctima su crueldad es mayor de lo habitual. Lo sabe, pero no se siente mal por ello. Él también lo ha sufrido en sus carnes durante mucho tiempo. Él ha sido el objeto de vejaciones en numerosas ocasiones. No puede permitirse el lujo de sentir pena. ¿Acaso alguien la ha sentido por él alguna vez? Además, ya le ha dado al mundo demasiado. A través de su profesión compensa el mal que hace. Daña a unas pocas, pero palia el dolor de muchos.

Le ha pedido que se quite la camisa. Ella temblaba de miedo pero ha sido implacable. Frases cortas. Tono seco. Órdenes estrictas. Sin opción a dudas. Tal vez temía que quisiera agredirla sexualmente. Nada más lejos de la realidad. Quería asegurarse de que el torso podría encajar bien con el resto de las piezas. Parece increíble que no se dé cuenta de lo descabellado que es su proyecto, de lo falto de sentido y de coherencia.

Le gusta lo que ve. No es perfecta. No es como el que tenía la joven cajera, tan similar a todas las demás. Un torso que contenía, además, un corazón fuerte. Pero le sirve. Tal vez es que su mente quiere conformarse para no complicarse más las cosas. Tal vez incluso este sea mejor. Al fin y al cabo, la suya es una realidad distorsionada.

La chica está aterrorizada. Llora. Suplica. Le ofrece una especie de trato, como si eso sirviera para algo. Como si tuviera algo que ofrecerle a cambio de su vida.

—Déjame ir, por favor. Te juro que no diré nada.

Patético. Nadie se tragaría una mentira tan evidente. Si la dejase escapar, correría a hablar con la policía. Esa lamentable muestra de cobardía hace que recuerde a la cajera. Parece casi increíble lo que cambia la percepción de las cosas con el paso del tiempo. Ahora la considera una experiencia excitante y le gustaría repetirla. Ojalá esta luchara y se resistiera como hizo la otra.

Deja al margen esos pensamientos. Los saca de la cabeza. Se quita el pasamontañas. Ya no tiene nada que esconder. La mira a los ojos. Enciende la motosierra. Y ya no hay marcha atrás.

Capítulo 77
Myrkur



Acudimos a casa del doctor Smith. Puede que no tengamos suerte, puesto que tener el día libre no es sinónimo de pasarlo en casa, pero no perdemos nada por intentarlo.

Nos abre una mujer alta y delgada. Espigada, muy tiesa. Lleva un bebé en brazos. Guarda cierto parecido con ella. Debe ser su hijo. No sabemos todavía nada de ella, pero enseguida ambos nos quedamos con la boca abierta. No necesitamos compartir lo que pasa por nuestra cabeza en este momento. Yo sé que él piensa lo mismo que yo.

Tiene un porte regio y un rostro afilado. Pero no es eso lo que les llama la atención, sino su tez pálida, sus pecas y su pelo rojo y ondulado. Es la viva imagen del perfil que persigue nuestro secuestrador.

—Buenos días, señora Smith.

—Señora Taylor. Soy Adele Taylor. Conservo mi apellido de soltera —se apresura a corregirnos.

Lo dice de una forma que no deja lugar a réplica. Esta mujer está acostumbrada a mandar. Empieza a tomar forma dentro del perfil que tengo en mi cabeza. Y tengo la impresión de que va a encajar a la perfección.

—Disculpe, señora Taylor. Nos gustaría hablar con su marido, el doctor Smith. En la clínica nos han dicho que era su día libre —dice Patrick con tono agradable, un tanto meloso. Creo que intenta mostrarse sumiso.

—No está en casa en este momento. Si me dejan su tarjeta, les diré que les llame.

Se muestra fría. Distante. Está deseando cerrar la puerta. Si le damos un mínimo de espacio para que reaccione, es capaz de darnos con ella en las narices.

—¿Sabe dónde podemos localizarlo en este momento? —continúa preguntando mi compañero, con la esperanza de que nos diga algo. Es evidente que no va a colaborar. Creo que él también lo sabe, en realidad.

—Lo siento, pero no. Y si me disculpan, tengo que dejarles. Llego

muy tarde al trabajo hoy. Apenas he dormido porque el bebé estaba enfermo. He tenido que llevarle al médico —dice con hastío, como si la maternidad no fuera más que una carga insoportable—. Ahora que se encuentra mejor, voy a llevarlo a la guardería.

Me sorprende la forma tan impersonal en la que habla de la criatura. “El bebé estaba enfermo”, como si fuera uno cualquiera, no su propio hijo. De momento, la psicópata parece ella.

A continuación, parece que mi boca va sola y habla sin que yo se lo pida. Imagino que es debido a que estoy tan convencida de mi teoría acerca de nuestro asesino, que temo que la siguiente vez que veamos a esta mujer será tapada con una de las mantas del forense.

—Señora Taylor, podemos ayudarla —me atrevo a decir. Percibo como mi compañero se pone rígido. No le ha gustado mi comentario. Sin embargo, pensándolo bien, creo que he hecho lo correcto. Intuyo que está en más problemas de los que ella se cree.

—¿Disculpe? —me pregunta distante y altiva—. No creo que les haya pedido ayuda. Debería meterse en sus asuntos, jovencita. No se me ocurre cómo podría ayudarme una cría como usted.

Y ahí está. La mujer narcisista y maltratadora. La abusona. La que disfruta haciendo que otros se sientan minúsculos. Ha tratado de humillarme y arrinconarme solo por ofrecerle mi ayuda. Se ha sentido ofendida y menospreciada. Empiezo a hacerme una idea de lo que habrá hecho con su marido en el tiempo que llevan juntos. Puede que, en parte, ella haya creado al monstruo que hoy perseguimos.

—Le dejo mi tarjeta por si regresa su marido —le dice Patrick. Ella la coge y cierra la puerta sin ni siquiera decir adiós, mucho menos gracias.

Veo que Patrick respira. Tiene las manos en la cintura. Supongo que está buscando las palabras adecuadas para echarme el rapapolvo de turno. Espero pertrechada lo que tenga que decirme, dispuesta a soltar alguna pulla si es preciso. Entonces se gira y empieza a caminar en dirección al coche. Creo que está buscando estar un poco alejados de la casa, aunque dudo de que nos pudiera oír.

Entonces, lo suelta.

—¿Qué haces, Myrkur? —me pregunta con expresión de cabreo.

—Lo siento, pero no pillo a qué te refieres.

—A lo que le has dicho. Te has anticipado. Además, has visto lo mismo que yo en cuanto nos ha abierto la puerta. No es de las mujeres a las que les gusta hacerse las desvalidas, sino todo lo contrario. La has insultado.

—No era mi intención. Pero sumé dos más dos. No me dirás que tú no has visto lo mismo que yo: es la viva imagen de las desaparecidas.

—Muy bien, no te lo niego. ¿Y qué? Con ese tipo de personalidades hay que ser más sutil. Le ofreces tu tarjeta. Le dices que te llame si

recuerda o se le ocurre algo. De ese modo, le estás tendiendo la mano sin que piense que le estás faltando al respeto.

Me quedo callada.

Me ha dejado sin palabras.

Cómo me fastidia que tenga razón. Me he anticipado. He sido impulsiva. Lo único que he conseguido es ponerla en nuestra contra. Puede que incluso avise al marido de que le estamos buscando. Ha sido un error garrafal.

Capítulo 78
Sorpresa



Una más. Se halla un poco más cerca. O mucho más, según se mire, porque en su carácter ha dado un paso de gigante. Atrás quedaron los temores, gran parte de ellos, así como la duda acerca de sus capacidades.

Puede.

Sabe que puede.

Claro que puede.

Sigue su rutina, la de siempre para deshacerse del cadáver. En ser metódico está la clave para no cometer errores. Cuando menos, para minimizarlos. No obstante, esta vez es un poco diferente, puesto que los miembros están sueltos, por separado. No hay un cuerpo completo que enterrar. Son todo partes de un puzle que nunca volverá a encajar.

La osadía que le proporciona este exceso de confianza recién ganada es lo que hace que no se espere a la noche para ir a deshacerse de lo que queda de la última joven. Circula un par de veces por los alrededores del bosque, se asegura de que no hay nadie por la zona. A pesar de ser finales de primavera, hace un día frío y ventoso, desapacible, que no invita a caminar. Deja parcialmente oculta la furgoneta. Baja y camina por la zona, cerciorándose una vez más. Puede que sea más osado, pero no es estúpido.

Cuando está seguro, procede a buscar el lugar adecuado y entierra lo que queda de su última víctima de forma superficial. Tal vez las aves carroñeras quieran darse un festín.

Comienza la siguiente fase.

No va a devolver la furgoneta al lugar donde la guarda. Hoy la va a necesitar otra vez. Mañana tiene que trabajar. Si faltase, podría levantar sospechas. Debe seguir adelante. Terminar.

Regresa a casa. Han pasado muchas horas desde que se fue. Recuerda lo que vio en las noticias. No había vuelto a pensar en ello. No se imagina lo que ha sucedido a lo largo del día.

No hay nadie. Le extraña. Es tarde. A esa hora, la bruja suele estar allí. Hoy necesita que esté en casa. Hoy es el día que ha elegido. No puede truncarle los planes.

Puede que la llame por teléfono.

Se le ocurre que quizás sea mejor irla a recoger a su trabajo. Eso le pondrá un poco más de emoción.

Será toda una sorpresa.

Capítulo 79

Myrkur



Regresamos a comisaría. Entiendo que hay que seguir los protocolos y las evidencias y todo eso, pero lo normal sería que se emitiera una orden de busca y captura sobre el doctor Smith. Bueno, concedo que no sería lo normal, pero sí lo más efectivo en este caso. Soy consciente de que está basado únicamente en una intuición, pero esta es tan fuerte que no puedo hacer como si nada.

Ni se me ocurre sugerirlo, obviamente. Casi puedo escuchar en mi cabeza la retahíla de argumentaciones en contra de mi idea de poner bajo custodia al anestesista.

En este momento, algo me recuerda a mi padre. Creo que es la dualidad que también coexiste en este asesino. Mi progenitor era dulce y cariñoso con nosotras, pero cruel hasta el extremo con sus víctimas. Con el doctor Smith, si estoy en lo cierto y es así, resultan extremadamente complejas las personalidades que conviven en él. Por un lado, el médico que se dedica a paliar el dolor y procurar mejorar la vida de otras personas. Por otro, un hombre que mata sin miramientos a mujeres en la plenitud de su vida.

Tengo un mal presentimiento. Me parece que, si no actuamos ya, vamos a lamentar las consecuencias. Pero da igual lo que yo piense. Ahora tenemos una reunión con otros agentes de la comisaría que Harry ha asignado al caso. Compartiremos información y eso nos dejará en el mismo lugar en el que estamos un día más.

Mientras espero a que nos reunamos, busco información deprisa y corriendo en una base de datos sobre el médico anestesista, el último que vio a Stephanie Prince antes de que desapareciera. Esto además lo cambia todo, porque puede que todas nuestras víctimas sí que tengan algún tipo de relación. Tal vez todas y cada una de ellas hayan sido pacientes de la clínica. Cabe la posibilidad de que Jackson Smith fuera el anestesista en alguna intervención a la que tuvieron que ser sometidas.

—Mykur, te estamos esperando en la sala de reuniones —me llama Patrick, mientras sale y viene hacia mí. Ni me había dado cuenta de que ya estaban todos allí—. ¿Qué estás haciendo?

Lo pregunta de una manera en la que casi percibo que no quiere que resuelva este caso. Vuelve a estar activado mi radar de desconfianza.

—Estoy investigando al doctor Jackson Smith.

—¿Y has averiguado algo?

—Todavía no, no he tenido suficiente tiempo. De momento, solo he llegado a su historial académico y poco más. Unas notas extraordinarias, por cierto. No he encontrado registros de detenciones todavía—. Dudo si compartir lo último que he pensado acerca de la posible conexión entre las víctimas. Pero no puedo callarme. ¿De qué serviría?—. Tal vez deberíamos investigar si las desaparecidas fueron sometidas a algún tratamiento quirúrgico en el último año y si él formó parte del equipo de anestesistas.

—Buena idea. Pero para eso necesitaríamos una orden. No podemos pedirle a la clínica o al hospital que nos faciliten esa información sin más. Son datos confidenciales.

Tiene razón. No voy a encontrar nada al respecto en ninguna base de datos. Tendré que ser más imaginativa. Igual puedo dejar salir mi encanto personal y llamar a las familias para que me den esa información. Sé que es improbable, pero puede que alguna recuerde el nombre del anestesista.

—Igual los familiares pueden facilitarnos lo que necesitamos —expreso en voz alta mis pensamientos recientes.

Veo su cara y comprendo que he dicho una tontería. Puedes recordar el nombre del médico que te operó o que intervino a algún familiar, pero no recuerdas al que te puso la anestesia, salvo que acudieras a su consulta a seguir un tratamiento específico.

—Es improbable, pero puedes intentarlo. Yo te cubro en la reunión. Le diré al jefe que estás investigando algo —dice, mientras me guiña un ojo y después se va.

Entonces se me ocurre una nueva idea. Busco los datos de su documento de identidad. Ahí tienen que venir los nombres de los padres.

Capítulo 80

Sube



Se dirige al trabajo de su mujer. Sabe que hoy no lleva la mejor indumentaria, pero no iba a perder el tiempo en cambiarse de ropa. Imagina las miradas de desprecio de esos estirados. Si no llevas un traje de marca, no eres nadie para ellos. No se dan cuenta de que, como él, están siendo tiranizados por la misma mujer día tras día. Eso les iguala en cierto sentido.

Está tardando demasiado. A esas horas de la tarde ya debería estar de regreso a casa. Entonces se acuerda del bebé, raro en él. Supone que le habrá llevado a la guardería pero algo no cuadra. A esas horas ya habrán cerrado. Tal vez la madre de la bruja habrá ido a recoger al pequeño bastardo.

Entonces ve a su mujer que sale. No va sola. Le acompaña un hombre trajeado y repeinado. No le reconoce. Será alguien del Consejo de Administración. Observa el lenguaje corporal entre ellos. La cercanía. Las miradas. El roce de las manos. Y se da cuenta de que no tienen solo una relación profesional. Están liados. Es evidente. Tal vez incluso ese sea el padre de la criatura, porque tiene claro que él no es. Aprieta el volante con rabia. Debería suponerle un alivio. Tiene algo a lo que agarrarse para pedirle el divorcio. Pero eso no es lo que quiere. Quiere verla sufrir. Quiere devolverle todas las humillaciones padecidas a lo largo de los años.

Se separan. El hombre trajeado va en una dirección. Ella en la contraria. El edificio no tiene parking subterráneo y eso le ha dado una ventaja. Sabe que ella deja el coche en un aparcamiento cercano en el que compró una plaza cuando la ascendieron. Arranca la furgoneta. Sigue controlando a los dos. Se mantiene vigilante. No hay casi nadie en la calle. Bien. Cuando están a suficiente distancia, acelera y se aproxima a ella. Baja las ventanillas.

—Adele, sube —le dice con un tono autoritario.

Ella tarda unos segundos en ubicarle. No reconoce esa furgoneta. Entonces se da cuenta. Es su marido.

—Jackson, ¿qué haces aquí?

Valora un instante qué contestar. Puede darle una orden y ya está.

Pero la pondría en alerta. Puede intentar adornar un poco las cosas con una mentira.

—Quería darte una sorpresa. Tenemos muchas cosas de qué hablar. Sube, por favor.

Ella duda. Después de los últimos días, le da mala espina. Sin embargo, le parece que vuelve a ser el mismo pusilánime de siempre.

—Tengo el coche en el…

—Lo sé. No te preocupes. Mañana vendremos a por él. Puedo acercarte yo al trabajo, no hay problema.

Ella le mira a los ojos. Él esboza una sonrisa que le cuesta un mundo. Al final, la bruja sube.

Capítulo 81

Myrkur



No imaginaba que por no acudir a la reunión iba a perderme información realmente importante. Juraría que no llevaban ni una hora, cuando han salido de la sala como un torbellino. Ha habido dos noticias relevantes: la primera tiene que ver con un rapto. Una furgoneta gris se llevó la noche anterior a una mujer en plena calle. Los testigos dicen que todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Lo más curioso de todo es que la víctima no encaja con nuestro perfil. Se trata de una mujer rubia de pelo muy largo y liso, veintipocos años, eso sí, con la piel de un tono claro. Rubia, no pelirroja. Insisto en este detalle. Para nuestro sujeto el color del pelo es un dato importante.

Es algo extraño. Podría parecer otra caso independiente, pero me parece realmente inusual que haya otro tipo secuestrando en la zona justo al mismo tiempo, especialmente porque no es una población grande y no tiene elevados índices de delincuencia.

Sin duda, es una información relevante, pero al lado de lo que viene a continuación, puede que termine pasando a un segundo plano.

Desde que se publicó la noticia con el aviso en los medios de comunicación, han llegado incontables llamadas acerca de personas que han visto a hombres intentando atacar a mujeres. También otras pidiendo más información sobre lo sucedido, como si la comisaría fuera la revista del barrio. Y otras más asegurando que sabían quién estaba detrás de todo esto, pero que solo lo contarían a cambio de una recompensa o de una entrevista en la televisión. Incluso alguno se ha atrevido a señalar que en sus sueños ha visto dónde están las mujeres desaparecidas y quién es el culpable. Ya se sabe, gente buscando sus minutos de fama, un poco de protagonismo y acción en medio de su anodino día a día. La mayoría se han descartado por las claras inconsistencias que decían quienes llamaban. El resto, por ser absurdas de principio a fin.

Sin embargo, al parecer, hace unos minutos se ha presentado un hombre diciendo que hace semanas vio a un tipo con una conducta un tanto sospechosa o, cuando menos, errática, en un bosque cercano a Salem.

Por lo que me ha contado Patrick, la conversación ha debido ir más o menos así.

—¿A qué se refiere con conducta errática?

—Andaba como en círculos y se agachaba cada poco tiempo. Entonces tocaba la tierra y parecía que estuviera comprobando algo. A veces, incluso se tumbaba unos segundos, parecía acariciar el suelo y volvía a levantarse y a repetir los movimientos. En aquel momento pensé que era tan solo un loco pero…

—Pero, ¿qué?

—Después de ver las noticias esta mañana, tuve un mal presentimiento. Me acerqué al bosque, a esa zona en concreto. Fui con mucho cuidado por si el tipo regresaba. No era la primera vez que lo veía por allí. Aunque tal vez me equivoque y no es el mismo.

—¿Y ha encontrado algo?

—No estoy seguro, pero juraría que hay tumbas. Al menos, se ven túmulos de tierra no muy pronunciados que bien podrían serlo.

—Necesitamos que nos acompañe y nos indique exactamente la ubicación.

—Por supuesto.

—Y también precisaremos una descripción del hombre al que vio. Tendrá que hablar con nuestro dibujante para hacer un retrato robot.

—Eso es más complicado. Estaba oscuro y dentro del bosque ya de por sí hay poca visibilidad. Él vestía de negro, pero haré lo que pueda.

Después de escuchar esto, empieza a tomar fuerza mi teoría. No son secuestros ni meras desapariciones, si se puede llamar así a que alguien se desvanezca sin dejar el menor rastro. Son asesinatos. Es un asesino en serie que debe llevar más tiempo del que imaginamos matando. Lo más probable es que nadie de su entorno sepa nada. Puede que ni sospechen lo más mínimo.

Cuando los que le conocen se enteren de que aquel hombre con el que trabajaban o con el que, a veces, tomaban una cerveza se dedicaba a matar mujeres en su tiempo libre, van a entrar en *shock*. Lo sé por experiencia. Pasarán por una fase de incredulidad absoluta, a la que, en algunos casos, seguirá una de desconfianza en el ser humano y su capacidad para engañarnos. Por suerte, si son adultos y su relación no era excesivamente estrecha, la mayoría lo superarán y lo guardarán como una anécdota que contar y con la que sentirse importantes. Si el asesino es quien yo creo, por suerte para su hijo, este es demasiado pequeño para que se entere de todo lo que está pasando ahora mismo. Aprenderá a vivir sin padre porque no conocerá una realidad alternativa. Y con un poco de suerte, no le dejará cicatrices visibles.

—Hemos organizado en la reunión el operativo para rastrear la zona que nos ha dicho. Hay que ponerse en marcha. Te pongo al día en el coche de lo que hemos hablado y tú me cuentas lo que has

encontrado. ¿De acuerdo, Myrkur?

—Claro. No podemos perder tiempo.

Capítulo 82
No me atraparán



No se acaba de creer con la facilidad que la ha engañado. Ella que se considera tan lista, tan por encima del resto, y ha caído en su burda y basta trampa. Sabe que tiene que estar pensando de dónde demonios ha sacado esa furgoneta, pero no está seguro de que le vaya a preguntar. Al menos, no de momento. De todos modos, con la bruja nunca se sabe por dónde puede salir.

En esos primeros instantes, lo que se pregunta es adónde se dirigen, algo que la intriga de forma poderosa, porque desconoce totalmente lo que está pasando por la mente de su marido justo en ese momento.

—El niño está con mi madre —afirma, de pronto.

—Lo imaginaba. La guardería está cerrada desde hace ya horas. Si yo no he ido a buscarlo y no está contigo, supongo que le has pedido que vaya a buscarlo.

—Por supuesto que lo he hecho. Es un alivio poder contar con su ayuda. No sabía dónde estabas y suponía que no ibas a preocuparte por tu hijo.

—No es mi hijo. Va siendo hora de dejar de disimular que no lo sé.

Se hace el silencio.

Breve pero intenso.

Incómodo.

Agudo.

Tirante.

Entonces suena el móvil de ella. Imagina que será su madre. Ya ha pasado la hora a la que le dijo que lo recogería. La velada con Brian se alargó más de lo esperado y ahora tiene este imprevisto.

—No contestes —le ordena sin dejar resquicio a la duda.

—Será mi madre. Si no lo cojo, se preocupará.

—Te he dicho que no respondas.

Esperan a que el tono de llamada cese. No puede tardar ya demasiado. Se hace el silencio. La bruja no va a quedarse callada como si tal cosa.

—Esta mañana ha venido a casa la policía preguntando por ti —le

suelta a bocajarro. Lo ha hecho con toda la intención. Él le ha soltado un puñetazo en pleno estómago, ella un derechazo en la cara. Empatados a golpes.

—¿Qué les has dicho?

A ella le sorprende la pregunta. «¿Qué les has dicho?». Debería haber preguntado quizá por los motivos, a lo mejor haberse extrañado por la visita. Pero no. Da la impresión de que estuviera esperando que, antes o después, la policía le buscase. Entonces ella piensa en lo que le dijo la agente con cara de muñeca, la que era casi una cría. Le ofreció su ayuda y ella se ofendió. Tal vez su situación actual fuera peor de lo que imaginaba. ¿Por qué si no tenderle así su mano? Pero a ella no le gusta que le saquen las castañas del fuego. Es autosuficiente y muy orgullosa. Está acostumbrada a resolver sus problemas.

—No les he dicho nada. Solo la verdad. Que no sabía dónde estabas.

Su marido no contesta. Solo aprieta las mandíbulas. La bruja se fija en cómo sus nudillos se blanquean al apretar el volante. No reconoce al hombre que está sentado a su lado. Empieza a darse cuenta de que ha sido muy mala idea subirse a ese vehículo con él. Pero se ha visto casi forzada cuando se ha sentido pillada *in franganti*. Acababa de acostarse con Brian y han salido juntos del edificio. No sabía qué habría visto, pero lo que sí sabe es que no es idiota.

—Jackson, ¿de dónde ha salido esta furgoneta? —pregunta, ahora sí, adoptando su tono autoritario habitual. Es el momento de retomar el control. Le ha dado demasiada cancha en los últimos días. Se dejó llevar por ese miedo repentino que experimentó al ver un cambio en la actitud de su marido, pero eso debe terminar. Va a castigarle cómo se merece.

—¿Te gusta? —pregunta con una sonrisa sardónica que le pone los pelos de punta.

—No, claro que no me gusta. Es horrible. Es vieja y está en un estado deplorable. No sé qué haces con ella, pero ya la estás devolviendo.

—Es mía —responde, como si no hubiera escuchado lo que acaba de decretarle—. La tengo hace tres años. También tengo un pequeño almacén en el que la escondo. Y una vivienda vieja con un sótano en la que me dedico a trabajar en un proyecto que quiero que veas. Nos dirigimos hacia allí en este preciso momento.

Se queda atónita ante lo que acaba de confesar su marido. Y solo es la punta del iceberg.

—No me apetece verlo. Tengo ganas de ir a casa.

—De eso nada. Vas a ir dónde yo te diga. Se acabó lo de dar órdenes. Me toca a mí. Comienza una nueva era en la que tú haces lo que yo te diga, sin rechistar. Y ahora te informo de que vamos hacia

mi rincón de esparcimiento.

Ella no se cree lo que acaba de escuchar. Esto no puede estar pasando. Debe retornar al punto en la que ella era la que mandaba y él quien acataba sin rechistar.

—Si sigues así, te aviso que voy a tener que castigarte y no voy a tener ni la más mínima piedad. Luego lloriquearás como sueles hacer, de forma tan patética como siempre. Te has envalentonado últimamente, no sé muy bien por qué, pero me da igual, porque eres un necio y un estúpido, un inútil que no sabe hacer nada por sí mismo. Ni recuerdo la última vez que se te levantó. Ni siquiera para el sexo vales. Eres un mierda.

—¡Cállate! Se acabó, lo sabes. Ya no me mangonearás nunca más. Ahora soy yo el que está al mando —dice con más convicción de la que siente. Por un segundo, teme que la recién adquirida confianza en sí mismo empieza a esfumarse.

—La policía te está buscando por lo que sea que hayas hecho —contraataca la bruja.

—¡No me atraparán! —exclama con rabia—. Y se acabó la cháchara. No tengo más ganas de hablar. Si se te ocurre hacer la menor tontería, te mato aquí mismo.

No termina de creer lo que acaba decir su marido. Sudores fríos recorren su espalda. “*Si se te ocurre hacer la menor tontería, te mato aquí mismo*”. Lo que implica esa frase la estremece de pies a cabeza.

Está sentenciada.

La va a asesinar.

Entonces ella recuerda que tiene la tarjeta del policía. Tiene que lograr acceder a su móvil sin que su marido se dé cuenta y llamarle como sea.

Capítulo 83
Myrkur



Nos dirigimos hacia el bosque seis vehículos policiales. Nos siguen también un coche y un furgón de la científica. Peinaremos la zona con los perros y los del laboratorio se encargarán de recoger cualquier indicio que encontremos para catalogarlo y realizar el posterior análisis.

Estoy de los nervios. Esto puede ser la confirmación de mi teoría. Tal vez pueda demostrar que tengo madera para ser policía. A lo mejor, así el jefe Swanson empiece a confiar más en mí. Y puede también que ya no tenga que aguantar más tonterías acerca de que si soy la novata y no sé nada.

Patrick me resume mientras va conduciendo lo que estaban hablando en la reunión hasta que les avisaron de que Sam Barkley, el hombre que vio al tipo sospechoso en el bosque, entró en comisaría y compartió su relato.

—Según decía Arthur, cuando hablaron con el novio de la chica que trabajaba en el supermercado, a este le extrañaba mucho que la hubieran capturado con facilidad. Él les contó que es una chica que, a pesar de tener una apariencia dulce e inofensiva, tenía mucho carácter. Él apuesta a que, si alguien la raptó, seguro que peleó duro. Así que es posible que, si es cierto que alguien se la llevó, este luzca unas bonitas heridas defensivas, pues es probable que le pillara desprevenido. Les contó también que la atacaron hace tiempo con un cuchillo y, desde entonces, acude a clases de defensa personal. Debe ser muy buena, por cierto.

—Si la pilló por sorpresa y la atrapó por detrás, de poco le serviría —le rebato.

—Eso le dijeron también Arthur y Daniel, pero él insistió en que nada de eso. Estaba entrenada para reaccionar antes situaciones sorpresivas.

—Entonces es posible que la drogara antes o la dejara inconsciente de alguna forma. Eso reforzaría mi teoría acerca de sus inseguridades. No las aborda de frente en ningún caso. Y por supuesto, este hombre no las seduce ni las convence para que se vayan con él o para

ayudarlas de alguna forma, como hacen muchos.

Percibo algo en el rostro de mi compañero que me desconcierta. Es cierto que le estoy viendo de perfil y puede que me haya engañado mi sugestión. Pero juraría que ha estado tentado de preguntarme algo que ha omitido al final.

—Bueno, también puede ser simple precaución —añade tras un lapso corto de tiempo que no se me ha escapado.

Sobre lo que acaba de comentar, no sé porque me da que eso no es así. No es solo para ser precavido. Pero claro, esto tampoco encaja con la última secuestrada del día anterior, puesto que por lo que hemos podido ver en la denuncia, se la llevó por la fuerza. Tal vez no sea el mismo, al fin y al cabo. Si lo es, parece haber evolucionado mucho en poco tiempo, lo que significaría que ha pasado algo importante recientemente que le ha hecho cambiar hasta su *modus operandi*.

—¿Y tú has encontrado algo? —me pregunta.

—He localizado las fichas de los padres de nuestro anestesista preferido, Jackson Smith. En ellas figura su dirección actual. No viven en este estado pero, sorpresa, sorpresa, su madre es pelirroja y tiene la piel más blanca que la pared, si no fuera por las pecas que salpican de manera profusa su rostro.

Patrick me mira de soslayo. ¡Bingo! A él también le empieza a encajar. Lo sé. Tiene sentido. Una madre y una mujer pelirrojas. No es precisamente habitual. Me temo que, si tuviéramos la oportunidad de entrevistarle, tendríamos a una narcisista que se parece mucho a su nuera. Tal vez trató de reescribir la historia con su esposa y le salió mal la jugada, porque encontró una mujer incluso más opresora.

Tengo la sensación de que, cuando lleguemos al bosque, vamos a encontrar la evidencia de una realidad siniestra que nadie quisiera ver en el lugar en el que vive.

Vuelve el tiempo de las brujas que dio fama a este lugar.

Capítulo 84
Treta



Lleva el bolso en el regazo. Le sirve para abrazarse a él, a modo de consuelo. Pero la realidad es que ahora lo que le vendría mejor es tenerlo un poco más oculto para poder meter la mano y sacar el móvil.

Se le ocurre algo. Una pequeña treta que puede servirle de mucho. Va a meter la mano en el bolso, como si nada. Buscará la barra de labios y mientras la localiza, podrá tocar su móvil y dejarlo a mano. La tarjeta la guardó en el bolsillo interior. La tiene accesible. Cuando vuelva a guardar el pintalabios, desbloqueará su *smartphone* y llamará. Confía en que eso sirva de algo. La realidad es que está cogida por los pelos, pues el policía desconoce su número.

—¿Qué coño haces? —le pregunta Jackson de malos modos.

—Retocarme el maquillaje. Intentarlo, al menos.

—No te va a hacer falta donde vamos.

—Me da igual. No me gusta verme así.

Mientras ha estado hablando, no ha dejado ni un momento de rebuscar dentro. El móvil ya lo ha desbloqueado. Ahora agradece que sea de los que todavía se hacen con la huella. Eso lo facilita y hace que sea más rápido. Localiza la tarjeta. Memoriza los números que corresponden al teléfono del policía. Saca la barra de labios. Baja la visera del copiloto y se mira en el espejo. Se retoca los labios. Su marido la mira por el rabillo del ojo. Controla sus movimientos. Ella continúa mirándose, se retoca un poco más y ve cómo él se relaja.

Le ha engañado.

Empieza a marcar el número y baja el volumen del teléfono al mínimo. Saca la brocha y el colorete. Ya no la vigila. Sabe que es coqueta, que siempre le gusta lucir perfecta.

Termina de marcar el número y le da al botón de llamada. Ahora toca seguir con el engaño y hacerle hablar. Confía en que al otro lado de la línea alguien conteste y escuche lo que vayan a decir a continuación. Intuye que su vida depende de ello.

Capítulo 85
Myrkur



Cuando estamos ya cerca del bosque, nos contactan por radio desde comisaría. Me resulta extraño. Deberían saber que estamos en mitad de un operativo. Salvo que esté relacionado con el caso.

—Detective Baker, ha llamado a comisaría la señora Taylor.

Nos miramos. Es la mujer de nuestro sospechoso. Nos sorprende que haya llamado a comisaría. En primer lugar, porque no esperábamos que telefonease en ningún caso. En segundo lugar, de hacerlo, yo habría apostado por que antes habría llamado a Patrick.

Tal vez nos indique el paradero del anestesista y nos facilite las cosas.

Nada más lejos de la realidad.

—¿Qué es lo que ha dicho? —pregunta Patrick, que como yo está expectante ante este inesperado giro del guion.

—Ha dicho que su hija no ha pasado por su casa a recoger al bebé como habían acordado. Dice que vio esta mañana las noticias y que está muy preocupada porque se parece mucho a las mujeres que han desaparecido.

—Perdona, ¿de qué señora Taylor nos estás hablando? —pregunta mi compañero, poniéndole voz a la duda que tenemos los dos.

—Espera que consulte mis notas un segundo —comenta, mientras se oye el carraspeo de los papeles al rozar uno con los otros—. Emily Taylor.

Nos miramos. No es la misma mujer a la que hemos visitado por la mañana.

—¿Te ha dicho algo más? ¿Te ha dado el nombre de su hija?

—Sí, sí. La hija se llama Adele Taylor.

Acaba de dar en todo el centro de la diana.

—Muchas gracias. Estamos a punto de llegar al bosque. Se lo diré a Harry y decidiremos qué hacer.

Me quedo atónita. ¿Cómo que decidiremos qué hacer? Me parece que es más que evidente. Tenemos que buscarla.

—No creo que haya que decidir nada. Si no nos damos prisa, la va a ejecutar. Deberíamos estar buscándola ya.

—Muy bien, Myrkur. Tú que sabes tanto, ¿puedes decirme dónde

vamos a buscarla? Tal vez también tienes una teoría para hallar su localización en un santiamén.

—No hace falta ser sarcástico.

—No lo soy. Claro que habrá que iniciar la búsqueda inmediatamente, pero le corresponde al jefe organizar los recursos, no a nosotros. Tal vez, si hallamos algo en el bosque, obtengamos pistas que nos lleven al lugar en el que la retiene, si es que es así y no es solo que se ha retrasado al ir a recoger a su hijo. Debes confiar en mí, ¿de acuerdo?

No puedo evitar poner un gesto de desagrado. He recordado la última conversación con mi madre y lo traicionada que me sentí por parte de los dos. No sé si él se ha dado cuenta. Pero, en resumen, no, Patrick, ahora mismo no puedo confiar en ti.

Llegamos un par de minutos después. Tenemos que organizarnos. Patrick se acerca a Harry y le relata lo que nos han contado por radio. Me intriga el hecho de que nos hayan llamado a nosotros y no al jefe directamente. No había caído en ese detalle.

Enseguida se moviliza todo. El jefe está hablando con comisaría y ya ha solicitado que se emita la orden de búsqueda de Adele Taylor. Una patrulla se encargará de rastrearla.

En ese momento, Patrick recibe una llamada. Veo que contesta y dice un par de veces su nombre. Entonces mira su terminal, como si estuviera estropeado o no llegase bien la señal. Su gesto es de extrañeza. Toca los botones del volumen, supongo que para subirlo. Después, se lo vuelve a arrimar a la oreja.

Ni siquiera soy capaz de imaginar lo que está escuchando en ese instante.

Capítulo 86
Lugar



Confía en que el policía no cuelgue la llamada. Ni siquiera ha visto si ha contestado. Está depositando todas sus esperanzas en una sola baza. Pero no es verdad. En realidad, su verdadero as en la manga es que no teme a su marido. Fue algo momentáneo. La pilló desprevenida. Pero ya no. Le conoce demasiado bien. Sabe que un corazón cobarde late dentro de su pecho.

Lo cierto es que está tratando de insuflarse valor. Intenta convencerse de que es así, de que podrá dominarlo. Pero no es más que un engaño y una forma de autoprotección. La verdad es que es consciente de que su marido está cayendo sin frenos en un delirio que no tiene nada de racional.

Poco después de lograr marcar el número de teléfono, empieza a hablar para que el detective oiga algo al otro lado. Si solo escucha silencio, lo más probable es que cuelgue. Necesita captar su atención y mantenerle en la línea.

—Jackson, me dan igual los motivos por los que haya venido hoy la policía. Seguro que lo podemos arreglar. Vámonos a casa. El bebé tiene que seguir sus rutinas.

—No vamos a ir a casa.

—Dime dónde vamos entonces.

—Sorpresa, Adele. Lo averiguarás cuándo lleguemos.

En su cabeza empiezan a aparecer los posibles destinos, teniendo en cuenta las calles por las que han pasado. No acaba de creerse que esté en esa situación. Hace repaso de los últimos días y no localiza el detonante que ha provocado esta situación. Si supiera que todo esto comenzó varios años atrás, no podría creérselo.

En el siguiente giro, se sorprende en parte al ver el barrio en el que se encuentran, a pesar de que ya lo intuía por la dirección que estaban siguiendo. Ella nació en Salem y lo conoce bien. Entonces decide que es hora de decirlo en voz alta. Si el detective escucha, le estará dando indicaciones de donde se encuentran.

—¿Te has equivocado, Jackson? Porque este barrio apesta. Esto es Renewal Quarter. No sé qué se nos puede haber perdido aquí.

—Ya sé dónde estamos. No soy estúpido. Pero como siempre piensas que eres la única que lo sabe todo…

—Está lleno de drogadictos y delincuentes —continúa, haciendo oídos sordos al comentario que él acaba de hacer—. Más vale que me lleves a casa ahora mismo.

—Ya te he dicho que eso no va a pasar. Ahora vamos a conocer tu nuevo hogar. Espero que te guste y te adaptes bien a él, porque se acabó la vida tal y como la conocías, mi querida Adele.

Capítulo 87
Myrkur



Observo la cara de Patrick. Está perplejo. No sé qué pasa con esa llamada que acaba de recibir, pero le tiene desconcertado. Me acerco un poco más a él. Me mira. Está más preocupado de lo que imaginaba.

—¿Qué sucede? —le pregunto casi en susurros.

—Tenemos que irnos ya, Myrkur. Ha secuestrado a Adele Taylor. Díselo al jefe y que nos mande refuerzos. Que contacten por radio para que les demos la ubicación —me dice en un tono muy bajo, tapando el micrófono del móvil.

Hago lo que me dice. Subimos al coche a toda prisa. Pongo el altavoz de su móvil para que podamos escuchar los dos. Casi al mismo tiempo, dejo en silencio el micrófono para evitar que puedan escucharnos al otro lado. Creo que empiezo a entender qué está pasando.

Cuando nos contactan por radio, les doy nuestra ubicación aproximada. Todavía no tenemos una localización exacta de Adele y de su marido. Sabemos en qué barrio están, pero no la calle todavía. Contamos también con la descripción de la furgoneta, si es que Jackson Smith es el mismo que secuestró a la chica de la noche anterior. Tal vez con una dirección aproximada nos fuera suficiente si dispusiéramos de tiempo. El barrio no es demasiado grande. Fue un proyecto de viviendas sociales que quedó inacabado a mediados de los años setenta del siglo pasado. Una promesa electoral como tantas otras que acaban en nada después de que se cierren las urnas.

Confiamos en detectar el vehículo aparcado en la calle si Adele Taylor nos dice algo más concreto del lugar al que se dirigen. No podemos perder tiempo dando vueltas por las calles sin rumbo fijo.

Esto se está poniendo increíblemente emocionante. Me estoy dando cuenta de que, en una investigación, todo puede volverse patas arriba en un segundo. Siento cómo la adrenalina me emborracha. Puede que ese sea uno de los mayores atractivos de este trabajo, al fin y al cabo, esa falta de previsibilidad, ese sobresalto que te saca del letargo y pone tu corazón a mil.

Seguimos escuchando con atención la conversación a través del

teléfono. Debo reconocer que ha sido muy lista. Es evidente que ha logrado llamar a Patrick sin que su marido se dé cuenta. Solo espero que lleguemos a tiempo. Intuyo que tiene pensado recrearse con ella. Eso nos proporciona una ventaja. Era su verdadero objetivo. Su obsesión. Todavía desconocemos qué es lo que le ha hecho al resto de las víctimas. Si hubiéramos hallado con antelación los cadáveres, tendríamos mucha información al respecto y podríamos hacer una análisis más pormenorizado de nuestro sujeto y de su modo de proceder.

Lo importante ahora es que nuestro sospechoso no averigüe que estamos en contacto con su mujer.

Puede que la vida de Adele Taylor dependa de ello.

Capítulo 88
Ruina



Ya han llegado. Jackson para el motor. Adele alucina cuando ve lo que tiene enfrente. Eso no es una vivienda, eso es una ruina que se mantiene en pie por los pelos. No quiere ni imaginar lo que se va a encontrar dentro.

—No pienso entrar en ese cuchitril, Jackson. Esa casa está en ruinas. Encima, está demasiado cerca del bosque. Sabes que odio los bichos y seguro que está llena de ellos —dice con la mayor dignidad que puede.

—Baja de la furgoneta ahora mismo. Supongo que no pensarías que te iba a traer a una suite de lujo —le ordena, mientras analiza su expresión. Ve auténtico odio en los ojos de su mujer. En realidad, no le sorprende. Lleva viendo esa expresión mucho tiempo, solo que antes estaba mezclada con desprecio y ahora, en cambio, se entrelaza con el miedo. Ese miedo implica respeto. Y eso le gusta—. Si no bajas ahora mismo y entras en la casa, te juro que te saco por los pelos. Y ten bien claro que aquí nadie te va a ayudar. Bastante tienen con sus vidas como para meterse en la de los demás.

Ella baja a regañadientes del vehículo. No puede comprobar si la llamada sigue en curso. Está continuamente analizando sus posibles opciones. Las alternativas. Las soluciones. Pero no parece tener muchas, sobre todo cuando ha visto la pequeña pistola que tiene Jackson en el cinturón. No está segura de que sepa usarla, pero no piensa comprobarlo.

La calle está desierta. No se extraña. Le sorprendería que viviera alguien allí. Hay un edificio tapiado y otros dos de tres alturas en un estado lamentable. Aparte de la casa decrépita en la que está a punto de entrar, hay otras tres similares pero que están en el mismo estado o incluso pero que esa.

Cuando pasan al interior, la cosa no mejora. Una arcada le sube por el esófago. El olor que hay es indescriptible. Y eso que todavía no han bajado al sótano. Allí se recrudece de manera exponencial.

Entonces lo que ve la deja sin respiración. Hay una pantalla grande con un ordenador de sobremesa. Debe recoger la imagen de una

cámara que está en otro lugar. Esta enfoca a una cama. Le parece que hay unas esposas enganchadas a los barrotes del cabecero. El colchón está cubierto de manchas oscuras. No quiere pensar de qué serán.

—¿Qué es esto, Jackson? ¿Es que has perdido la cabeza? ¿Qué demonios has estado haciendo aquí?

Él la mira con una sonrisa maliciosa.

—Jugar a las casitas, ¿a ti qué te parece?

Ella le mira con el ceño fruncido. Parece que la situación es peor de lo que podía suponer. Traga saliva. Esta es más espesa de lo normal porque va recubierta de una capa de terror. Sigue recorriendo la estancia con sus ojos. Hay un armario estrecho junto a una puerta entreabierta. Se entrevén unas escaleras que descienden. Al otro lado, se encuentra un arcón grande que tiene pinta de ser un frigorífico y que está en lo que algún día trató de ser una cocina. Ni se le pasa por la mente lo que contiene. Se queda mirándolo preguntándose qué habrá dentro y qué hará allí. Si le ofrecieran la opción, seguramente nunca querría descubrirlo. El resto del mobiliario es casi inexistente. El pequeño aseo solo tiene un retrete y un lavabo cubiertos de mugre.

—¿Quieres ver lo que hay dentro? —le pregunta al darse cuenta de que ha detenido su mirada en el congelador—. Ahí es donde guardo las piezas de mi proyecto.

—No, no quiero verlo. Quiero irme a casa. Esto no tiene ni la menor gracia.

—No pretendía que fuera gracioso. Es más, de todos modos te lo voy a enseñar. Creo que necesitas ver las cosas que hay ahí, porque dentro de muy poco, formarán parte de ti.

Capítulo 89
Myrkur



Sabemos aproximadamente dónde están. Por lo último que ha dicho Adele Taylor, la casa debe estar en los límites que tiene el barrio con el bosque. Eso nos ayuda a delimitar el área en el que tenemos que buscar. Además, esperamos que la descripción que ha dado de la vivienda, también nos ayude, si bien es cierto que en este barrio gran parte de las casas y edificios están en un estado lamentable.

Miro en el navegador de mi teléfono móvil y busco gracias al *street view* las calles que están situadas más cerca del parque natural. Estamos bastante cerca. Las patrullas que se dirigen allí desde comisaría también lo están. Llegaremos todos aproximadamente al mismo tiempo. Es importante que sea así para que podamos rodear la casa y entrar de manera segura.

—Gira la siguiente a la izquierda —le digo a mi compañero.

—¿Estás segura?

—Bastante.

—Bastante no es lo mismo que estar muy seguro.

—Gira. Tengo razón, ya lo verás.

—Eso espero. Si nos equivocamos…

—Ya lo sé. Te digo que tuerzas en la siguiente calle a la izquierda —insisto con más seguridad de la que tengo. Me la estoy jugando. Estoy siguiendo un pálpito después de consultar la información en el mapa. Si me equivoco, habrá que coger la otra alternativa. Por suerte, no hay demasiadas opciones

—Nos dirigimos al otro lado del bosque —comenta de forma escueta.

Entiendo lo que me acaba de decir.

Venimos justo de la linde contraria.

Eso nos proporciona información adicional.

—Supongo que tomaba ciertas precauciones.

Es lógico. Si las ha matado, no parece lo más inteligente enterrarlas justo al lado de donde las has mantenido retenidas. Sería como ponernos migas de pan que nos llevasen de un punto al otro. Hacerlo en el extremo contrario es una forma de ponérselo un poco

más difícil a los cuerpos de seguridad si te descubren. También puede ser algo con lo que negociar. No obstante, si no se hubiera presentado Sam Barkley hoy en comisaría, tal vez nunca hubiésemos averiguado nada. Es posible que, de todos modos, no descubramos nada. Sé que es un pensamiento bastante pesimista, pero no hay que descartarlo. Todo dependerá de lo que nos cuenten nuestros compañeros.

Entonces, en el último giro, al final de la calle, vemos una furgoneta gris que se parece mucho a la que describieron los testigos que vieron cómo secuestraron a la última chica.

Respiro con alivio.

La pregunta que aparece en mi mente es por qué ese cambio tan radical en el tipo de presa. La última chica difiere mucho de las anteriores y, sobre todo, se parece poco o nada a su mujer.

Ni a su madre.

Capítulo 90

Mareo



Cuando ve lo que hay en el arcón, siente que está a punto de desvanecerse. El estómago le ha dado un vuelco y aguanta a duras penas las ganas de vomitar. No comprende absolutamente nada. No le encaja el hombre desquiciado que tiene delante de ella con el que ha visto a diario durante los últimos años, un pusilánime al que era tan fácil dominar.

—¿Qué has hecho? Esto es una auténtica barbarie —dice con un evidente temblor en la barbilla.

—No, ni mucho menos. Lo que voy a hacer es algo único. Voy a crear a la mujer perfecta. Se parecerá a ti, tendrá tu cara, pero esta vez será diferente porque será buena y compasiva conmigo. Por eso hay que ensamblarla con otras piezas que no me hayan hecho daño. Esta nueva mujer sabrá tratarme con dulzura y con respeto. Para eso necesita otro corazón. El tuyo está podrido y lleno de maldad.

—¿Te estás oyendo? ¡Hablas igual que un loco! —exclama aterrorizada.

—Mejor será que bajes al sótano ahora mismo mientras dispongo todo lo demás —dice llevándose la mano a la pistola que sigue en su cinturón—. No nos llevará demasiado tiempo. Será rápido y trataré de que no te duela demasiado. No soy tan cruel como tú.

Ella tiene los ojos fuera de las órbitas. Está tentada de pellizcarse y comprobar que no está dentro de una pesadilla. No puede estar pasando. Es imposible.

Dentro del arcón frigorífico ha visto partes de cuerpos humanos. Ya no alberga ni la menor duda de lo que quiere hacer con ella. Si sus ojos no la engañan, lo único que faltaba ahí dentro era una pieza para tener un cuerpo completo.

Le va a cortar la cabeza.

Capítulo 91
Myrkur



Hemos dado la consigna al resto de coches de que se aproximen de forma silenciosa. Patrick y yo hemos aparcado a una distancia prudencial, para no levantar ninguna sospecha y para que no puedan vernos desde el interior de la casa. Esperaremos a que lleguen los demás antes de entrar.

El tiempo apremia y nos impacientamos. Pero la realidad es que los otros tres coches llegan solo con unos pocos minutos de diferencia, no más de tres o cuatro. Mantenemos a Harry informado, el cual no nos ha explicado gran cosa de lo que han encontrado en el bosque, pero es evidente que debe ser algo gordo después de lo que nos ha dicho.

—No dejéis escapar a ese hijo de puta.

Oído jefe.

No lo haremos.

Vamos a rodear la casa. No tiene escapatoria. Estamos ocho policías cubriendo esta situación extrema. Desconocemos con qué armas cuenta, así que tendremos que ser extremadamente precavidos. Incluso nos ponemos los chalecos antibalas, algo que no es habitual en pueblos pequeños en los que los delitos suelen ser altercados relativamente sencillos de manejar.

Todos llevamos pinganillos para comunicarnos. De ese modo, sabremos en todo momento la posición de cada miembro del equipo.

—Tal vez sea mejor que esperes aquí fuera —me sugiere Patrick de manera inesperada. Entiendo por qué lo hace, pero casi me ofende. No necesito que sea protector conmigo. Soy policía a todos los efectos.

—Entro contigo. No hay discusión posible.

Él asiente con la cabeza. Sabe que no me voy a echar atrás. El resto de nuestros compañeros se disponen en las posiciones que hemos acordado. Estoy de los nervios. Pero no hay tiempo de pensar. Respiro hondo y trato de despejar mi mente. Ahora, en este preciso instante, no hay nada más.

Patrick abre de una patada la puerta, la cual ofrece poca resistencia. Es una de las ventajas que tiene que el estado del lugar sea tal que haga que piense que decrépito y desvencijado son adjetivos

que se quedan cortos para describir cómo está. Seguro que no hay una expresión que le haga justicia.

Entramos apuntando con nuestras armas.

Dentro no hay nadie.

Capítulo 92
Ruidos



Escuchan ruidos arriba. La bruja ve la expresión de su marido. Está asustado. Mira hacia el techo. Sus ojos se mueven nerviosos. Esto no se lo esperaba. Respira agitado. Observa cómo sube y baja su pecho. Es evidente que intuye que el final se acerca. Pero ella no sabe si eso será bueno o malo para ella.

—Más vale que estés bien calladita —le susurra entonces.

—A lo mejor no me apetece. A lo mejor lo que hago ahora es gritar.

—No te atreverás —le dice desafiante.

Mantienen un duelo de miradas. La bruja se siente triunfadora. Su treta ha surtido efecto. Ahora siente que tiene un as en la manga. Sin embargo, lo cierto es que no puede estar segura de que sea la policía. Tal vez el ruido sea de otra cosa.

Levanta la cabeza.

No va a gritar.

No de momento.

Eso sería demasiado previsible.

Se le ocurre algo mejor.

Se mueve rápidamente y, sin saberlo, entra en el ángulo de la cámara que está arriba.

Coge una taza que hay en la mesilla que está junto al cabecero y la lanza contra la pared. Después arrastra la cama lo que puede. Le da igual moverla poco, solo quiere hacer ruido y que quien esté arriba perciba señales de lucha.

Él se desconcierta ante su reacción envalentonada y furiosa. Y entonces sí. Entonces grita hasta desgañitarse.

—¡Estamos aquí abajo! ¡Va a matarme!

En ese momento, él la agarra por el cuello y comienza a asfixiarla.

Capítulo 93
Myrkur



Los dos nos miramos desconcertados. Revisamos bien la estancia, la cual no es demasiado grande. En esta planta solo hay una habitación principal con lo que debió ser una cocina americana o algo similar. Hay dos puertas. Una corresponde a un baño. La otra parece estar cerrada. La fuerzo un poco y me doy cuenta que lo único que sucede es que se atasca.

Patrick se ha quedado mirando la pantalla. Hay una cama. Sospecho que en su cabeza se esbozan qué cosas pueden haber sucedido ahí. De pronto, ve a Adele Taylor en el monitor. Se dirige rápido hacia la pared. Coge una taza que hay encima de una mesa pequeña que está junto al camastro y la lanza con todas sus fuerzas.

Entonces oímos un ruido brusco, como de algo que se hace añicos. Después, algo pesado y metálico que se arrastra y roza con el suelo. Justo al mismo tiempo que Adele Taylor sale en la pantalla tratando de mover la cama.

—El sótano —me dice Patrick.

Avisamos por el pinganillo y nos disponemos a bajar. Somos conscientes de que entramos en algo que recuerda a un embudo. Bajamos por un pasillo estrecho, escalón a escalón, hacia lo que posiblemente se convertirá en una ratonera. Pero no tenemos otro remedio.

Cuando llegamos abajo, oímos que el resto de nuestros compañeros ya han entrado en la casa y han comenzado a bajar la escalera.

Patrick entra primero. Apunta a la cabeza de Jackson Smith, quien está estrangulando a su mujer.

—Suéltala, Jackson. Esto se ha terminado.

Pero él no hace caso. Creo que ella está a punto de perder el conocimiento. Tal vez la vida.

—Jackson, por favor, suéltala o me veré obligado a dispararte.

Entonces, no sé por qué razón, le pregunto una cosa que, en retrospectiva, me parecerá absurda en ese instante pero que tiene una importancia que desconozco.

—¿Por qué la de ayer era distinta? ¿Por qué la última chica era rubia en lugar de pelirroja como todas las demás?

—Jackson, no te lo voy a decir ni una vez más —avisa mi compañero, quien está más que preparado para hacer lo que sea necesario.

Los otros seis policías han entrado en el sótano y están rodeando al sujeto. Se acabó. Está perdido y lo sabe. Uno de ellos se acerca por detrás y lo reduce. Algo me llama la atención. Es algo que está pasando por su mente en este momento y que ha hecho que cambie su expresión.

Entonces me mira. Parece que no me había visto hasta ahora. Y dice algo que me trastorna.

—Era como Harmony. Tú también te pareces. Ella es la única que me quiso de verdad.

Mis compañeros se lo llevan detenido. Patrick ha llamado ya a emergencias y se acerca a Adele Taylor, la cual va recuperando poco a poco el color en el rostro.

—Ya pasó. Respira. Todo ha terminado —le dice, mientras le pone una mano en la espalda. De pronto, ella se le abraza y llora.

Cuando subimos a la planta de arriba, ya se oye cerca la ambulancia. Poco después llegan los de la científica. Es fácil suponer que van a encontrar toneladas de rastros que analizar.

Llevamos ya un rato en la calle. Tengo que preguntarle algo a Patrick que hace rato que quiero saber porque me ha sorprendido.

—Hay una cosa que me ronda la cabeza.

Me mira. Entrecierra levemente los ojos, haciendo un gesto muy propio de él.

—Cuéntame, a ver si te puedo ayudar.

—¿Por qué te avisaron a ti por radio de que había llamado la madre de nuestra querida y estirada señora Taylor?

Se echa a reír.

—Llevo ya años en esto, Myrkur. Simplemente jugué la baza de los posibles. Sin embargo, esperaba la llamada de la hija, no de la madre. Como dije que si llamaba alguna señora Taylor me avisaran, pues contactaron conmigo como es lógico.

—Pero tú le diste tu tarjeta.

—Sí, se la di, a pesar de que estaba convencido de que no me iba a llamar a mí directamente. Eso sería demostrar que necesitaba nuestra ayuda después de que tú se la ofrecieras y la rechazara ofendida. Es más, sospecho que, si no se hubiera visto en una situación tan desesperada, jamás me habría telefoneado.

Miro hacia otro lado, buscando a Adele Taylor para observarla. Quizá es un buen momento para aprender algo del comportamiento de los narcisistas como ella. La localizo sentada en la parte de atrás de la ambulancia, envuelta en una manta. A pesar de lo que acaba de sufrir, está erguida y mantienen su gesto altivo.

—Y ahora, vas a decirme qué te pasa conmigo. Te he notado rara desde ayer —me pregunta ahora él a mí para mi sorpresa. No sé si me apetece hablar de esto ahora, pero es un momento igual que cualquier otro. Las cosas hay que afrontarlas cuando vengan. No merece la pena postergarlas.

—No me gusta que mi madre y tú os veáis a mis espaldas. No tenéis que esconderos, soy mayorcita.

—No me estoy viendo con tu madre, Myrkur. De hecho, no nos hemos visto desde la cena.

—Pero habéis seguido en contacto —le rebato.

—Sí, eso es cierto. Hablamos por teléfono.

—Luego, sí estáis pensando en quedar.

Patrick suspira.

—La verdad es que no lo sé.

Ardo de rabia. Sé que es una respuesta ambigua, pero no soy idiota.

Qué mal sienta ser consciente de que eres la persona que sobra.

Capítulo 94
Adele



Todavía no es capaz de creer lo que acaba de sucederle. Pero por encima de todo, le sorprende la suerte que ha tenido. Ha salvado la vida por los pelos. Se lleva las manos al cuello y le parece que todavía son las de su marido las que lo rodean y aprietan.

Está a punto de que se le escapen las lágrimas. Pero ella nunca se muestra débil delante de otros. No va a permitir que nadie la vea llorar, da igual que sean desconocidos y que acabe de pasar por una situación traumática.

Entonces piensa en lo que ha visto en el arcón congelador. Eran partes de cuerpos humanos. Tiene que decírselo a la policía. ¡Qué estúpida! Seguro que ya lo habrán visto.

Por primera vez es consciente de que estaba casada con un asesino en serie. Dormía cada noche con un hombre que ha matado y mutilado a saber cuántas mujeres. No sabe realmente de lo que se ha librado.

Entonces piensa en su bebé. Por suerte, no lleva los genes de Jackson. Puede estar tranquila.

Eso cree.

Pero el niño no deja de ser el hijo de una mujer narcisista y el nieto de una abuela que también lo es.

Capítulo 95
Myrkur



Lo que encontraron en el bosque dejó anonadados a todos. Era un auténtico cementerio. Jackson Smith llevaba mucho tiempo asesinando. La primera víctima debió morir tres años atrás, tal vez más. La antropología forense debe precisarlo todavía.

Había quince cabezas diseminadas por una amplia extensión de terreno. Sus cuerpos también estaban por allí, pero falta saber cuál corresponde a cada una, una labor que llevará tiempo, sin lugar a dudas.

El análisis de la casa que utilizó como mazmorra de los horrores también es espeluznante. Las muestras de ADN abarrotan las distintas superficies, todo un festín para los del CSI.

El jefe Swanson me mira diferente en los últimos días. Supongo que le está dando vueltas a la teoría que le lancé de manera precipitada cuando nadie sospechaba que íbamos a encontrar numerosos cadáveres en uno de los bosques de la zona.

Creo que ahora me valora más como policía. Pero, en otros momentos, lo que siento es que, en cierto sentido, me teme. Tengo la impresión de que cree que si fui capaz de adivinar todo aquello y acertar en gran parte de mi teoría, es porque yo soy una de ellos.

Supongo que ese sambenito me va a acompañar siempre.

Entonces me viene algo a la cabeza relativo al interrogatorio de Jackson Smith después de su detención. Sin duda, las cosas que suceden en nuestro pasado pueden definirnos para siempre.

Cuando le pregunté en la casa por qué la última víctima era tan diferente de las otras, pensé que había cometido una estupidez y que esa cuestión estaba fuera de lugar. Entonces dijo que yo me parecía a Harmony, lo cual me desconcertó todavía más.

Eso me martilleaba la cabeza. Algo seguía sin cuadrarme, porque yo estaba convencida de que mataba a sustitutas de Adele Taylor, su esposa.

Me equivocaba.

—Harmony fue mi novia en el instituto. Era una preciosa chica de pelo rubio, largo y liso. Tenía un corazón de oro, puro y bondadoso. Creo que nunca nadie me ha querido como ella —dijo con mirada

melancólica.

—¿Por qué se acabó la relación? —le pregunté intrigada.

—Me abandonó. Su padres se trasladaron a vivir a Indonesia y ella se fue con ellos. Me rompió el corazón.

—Pero eso no explica lo que has hecho.

Me miró asombrado, como si fuera evidente.

—¿Cómo no puedes entenderlo? Adele es una mujer preciosa. Cualquier hombre se volvería loco por ella, pero es fría y cruel. Yo solo trataba de crear la mujer perfecta, con partes de otras que se le parecieran. De forma inesperada, yo diría que por casualidades del destino, cuando vi a aquella joven rubia, me di cuenta de que debía tener el corazón de una chica que se pareciera a Harmony. Si no, todo volvería a empezar.

Capítulo 96
Cárcel



Piensa que no se está tan mal ahí. En realidad, ha vivido en una cárcel durante casi toda su vida. Ahora los barrotes son de metal, es lo que la diferencia de su anterior lugar de residencia. Al menos, aquí no se siente sometido.

A veces le da por reflexionar sobre todo lo sucedido. No sabe qué habría sentido de culminar su proyecto. Ahora es consciente de que nunca lo sabrá.

No puede evitar que le asalten los remordimientos en más de una ocasión. Fue una víctima más de la opresión que sufrió y del delirio que esta desencadenó. En ocasiones piensa que, lo que debería haber hecho desde el principio, era asesinar a su mujer y a su madre. Ellas son las únicas que merecían morir. Ellas fueron las que lo maltrataron y le trataron como si fuera un felpudo que se puede pisotear sin piedad. Todo se podría haber evitado. Él habría tenido una oportunidad de ser feliz.

En cambio, están fuera viviendo su vida como si nada hubiera pasado.

Tiene la esperanza de que, al menos, sufran algún tipo de consecuencias. Desea con todas sus fuerzas que sufran el desprecio de la gente. Algún día contará todo lo que tuvo que padecer mientras estuvo con ellas.

Puede que escriba un libro.

Puede que se ofrezca a que le entrevisten en algún medio de comunicación.

Puede que su testimonio ayude a otros hombres que son humillados por mujeres como esas.

Capítulo 97
Myrkur



Todavía estoy eufórica. Es el primer caso en el que he trabajado como una policía de pleno derecho, por decirlo de alguna forma, y lo hemos resuelto con éxito. Era una investigación compleja. Me merezco la palmadita en la espalda que me doy a mí misma. Hay que disfrutar de los pequeños triunfos y saborearlos. El día a día ya trae consigo bastantes derrotas. Creo que hasta Ben y Michael me tratan con más respeto. En realidad, lo que sucede es que nos tratamos cada vez menos.

Estoy feliz. Siento que en mi cara se ha instalado una casi sonrisa nada habitual en mí. Hacía mucho que no sentía esta sensación de satisfacción. Me gusta mi profesión y, a pesar de que me sigue escociendo lo que hay entre Patrick y mi madre, disfruto trabajando a su lado. En realidad, creo que siguen en un punto muerto en el que no pasan de mandarse algún mensaje que otro y hablar alguna vez por teléfono.

Pero está claro que lo bueno es efímero.

Capto el sonido amortiguado de una conversación. No sé por qué motivo me acerco al lugar del que proviene el sonido para oír con más claridad. Llamémoslo intuición, porque es como una fuerza de atracción que me llama y me dice que debo escuchar con atención.

—Ya sabíamos que no iba a ser fácil, ¿vale? Estoy en ello.

Es Patrick. Se encuentra dentro de una sala de interrogatorios. Debe ser una conversación confidencial, porque se ha metido ahí dentro y usa un tono de voz bajo. Casi un susurro. Está hablando con alguien por teléfono. Debería darle privacidad pero algo me lo impide.

—¡Joder, ya sé que llevo más de tres meses aquí! Pues haber venido tú si eres tan jodidamente listo.

Algo me dice que no me va a gustar lo que voy a oír.

—¿Crees que es fácil sacarle información? Es casi un tema tabú para ella. Ya es bastante haberme ganado su confianza. Todo lleva su tiempo. No pienso apresurarme.

Empiezo a escuchar como los latidos de mi corazón se están acelerando. No es solo intuición. Es que tengo la certeza de que está

hablando de mí.

—Necesito más tiempo. Si no estás de acuerdo, regreso a Boston y se acabó. Tú decides.

No puedo reprimirme. Abro la puerta de par en par para que me vea. Quiero que se de cuenta de que he escuchado su conversación. Es cierto que ha sido a medias, que me falta contexto y que puedo estar equivocada. Pero sé que no. Estoy segura de que hablaba sobre mí.

—Te llamo luego —dice mi compañero al verme frente a él. Acto seguido, se retira el teléfono de la oreja y cuelga la llamada. Supongo que se pregunta cuánto tiempo llevo escuchándole.

Más que suficiente.

Traga saliva. Veo como se mueve su nuez en su cuello. Es la señal inequívoca de la culpabilidad. Su mirada suplicante, su gesto pidiendo perdón, su lenguaje corporal.

No dice nada. Está esperando que yo hable. No sé cuánto tiempo vamos a aguantar este silencio tenso que no nos deja respirar. Empiezo a sentir como una grieta va avanzando en mi interior. Se me está rompiendo el corazón y soy consciente de cómo está sucediendo.

—Myrkur… —me nombra, pero no añade nada más. Creo que no encuentra las palabras. Al menos tiene la decencia de no comenzar con una mentira. No significa que no vaya a mentir a continuación. A veces eso ocurre. A pesar de que seamos conscientes de que el engaño no se sostiene, seguimos intentando darle una veracidad que no tiene.

—Dime la verdad, Patrick. ¿Por qué viniste a Salem? ¿Por qué precisamente a esta comisaría?

Me tiembla un poco la voz. Debe ser porque, por primera vez en mucho tiempo, me he ofrecido desnuda a alguien, sin corazas ni protecciones. Esto reafirma mis convicciones acerca de la imprudencia que implica confiarte a los demás. Antes o después, terminan por traicionarte.

—Ya te lo he dicho otras veces, Myrkur. Estaba muy estresado. Necesitaba un destino más tranquilo.

—Hay muchos. No necesitabas venir hasta aquí.

—Este está cerca de Boston. Es una demarcación pequeña. Además, está junto al mar. Todo eran ventajas.

—No te creo. Me estás mintiendo.

—Myrkur…

Me rompo por dentro. Una cosa es suponer que alguien importante para ti te cuenta una mentira, pero es muy distinto cuando esa suposición se convierte en certeza. Entonces sientes el modo en el que te vas resquebrajando y te das cuenta de que no podrás volver a confiar en nadie más. Nunca. Jamás.

—Sé valiente y di la verdad. No tiene sentido que sigas mintiendo. He escuchado tu conversación. Al menos, no te burles de mí. Échale

huevos y confiesa.

Guarda silencio. Me mira. Parece que me suplica que no vaya por ahí, que lo deje estar. Pero en mis ojos debe estar leyendo que soy implacable en este aspecto y no voy a parar hasta que me cuente la verdad.

Se dispone hablar.

Respira. Toma esa pizca de aire necesaria antes de afrontar algo que sabes que has hecho mal.

—Hace unos meses aparecieron los restos humanos de varias víctimas de asesinato de las que no teníamos constancia en los alrededores de Boston. Creemos que tu padre puede ser el responsable.

Y ahí me hundo. Una punzada me atraviesa el corazón. No quiero llorar, pero mis ojos se inundan de lágrimas. Me abrazo, tratando de superar el desconsuelo que me dobla por la mitad.

Ni siquiera trabajó en Nueva York. Era una tapadera. Supongo que cuando llamé, estaba todo previsto.

Cuando me recupero mínimamente, me doy la vuelta y me marcho.

Solo quiero meterme en la cama.

No sé si podré salir de ella alguna vez.

Capítulo 98
Epílogo



Recibe una carta en su celda. Es distinta a otras. Esta para él es especial. Todavía le sigue llegando mucha correspondencia de admiradores. Ni la abre. No le interesa. Pero la de hoy le tiene nervioso. Se trata de su ex mujer. Hace ya mucho tiempo que no le visita. Desde que le concedió el divorcio. Era lo más honesto. Imagina que ella estará intentando rehacer su vida. Se lo merece. Si no le hubieran detenido aquel día de forma tan estúpida, nunca le habrían pillado.

Denunciaron al hombre equivocado. Buscaban a otro por un fraude fiscal pero, por un error en el cotejo de los datos, fueron a buscarle a la salida del colegio de su hija. Sus números en el documento de identificación eran casi iguales. Un seis en lugar de un nueve, un mínimo error que para la policía se convirtió en uno de sus mayores éxitos en años. Para él, el fin de la vida que había conocido hasta entonces.

Ella nunca se lo ha perdonado. Desde entonces, solo la ha visto un par de veces y porque la obligó su madre.

Su pequeña Myrkur.

Ahora es policía. Puede que lo haya hecho como una forma de vengarse de su padre. Sin embargo, tal vez así tenga una baza para que ella acuda a visitarle.

Tiempo al tiempo.

Nota aclaratoria

Aunque se ha elegido como escenario principal de la novela y de la trilogía Salem, la famosa localidad de Massachussets, es preciso aclarar que, en la elaboración de la trama, me he tomado ciertas licencias que considero que le proporcionan mayor consistencia.

Desconozco si existe un barrio como el que se menciona en la novela, ese en el que el secuestrador retiene a sus víctimas. El nombre y la ubicación son totalmente inventados. Además, el bosque al que me refiero en el que abandona los cuerpos, no estaría tan cerca como sucede en la realidad. De hecho, si consideramos Lynn Woods Reservation como el escenario que Jackson Smith convierte en su camposanto particular, podría decirse que sería el lugar más cercano que encaja con esa descripción, pero se encuentra a una media hora de Salem.

Suelo escribir novelas situadas en lugares que he visitado. En este caso, es justo al contrario, puesto que todavía no he ido a esta singular localidad que tiene esa historia tan atípica, aunque está previsto que lo visite este mes de julio de 2023. Estoy deseando conocer la localidad en la que vive Myrkur y ejerce como policía. En la siguiente entrega, podré describiros con mucha más precisión lo que vea.

Por cierto, en principio la serie Mykur Cranston es una trilogía compuesta por Respira, Sueños y Experimento, todos ellos libros autoconclusivos. No obstante, por experiencias del pasado con otras de mis sagas, no puedo asegurar que se quede solo en tres novelas. Todo dependerá, como siempre, de la acogida que tengan y de la inspiración que despierten en mí los personajes y todo lo que les rodea.

AgradecimientOs

Este libro ha salido en una fecha muy especial. El 15 de junio es el cumpleaños de una persona de esas que marcan nuestra vida desde que somos niños. Nos encontramos con solo tres años y ni el tiempo ni la distancia ha logrado separarnos. Da igual los kilómetros que haya por medio, porque yo siempre te siento a mi lado. Gracias por tantos años de amistad, por tu cariño, por tu apoyo incondicional, por aceptarme y quererme tal como soy.



Tengo el mejor equipo de lectores cero del mundo. Siempre lo digo y lo repetiré hasta la saciedad. Da igual que les entregues el borrador con pocos días para leerlo, porque siempre hacen todo el esfuerzo que sea necesario para llegar a tiempo, aunque yo haya llegado tarde.

Además, son personas increíblemente generosas y buenas, que solo intentan ayudar y poner su granito de arena para que logre mejorar. Cada día agradezco la suerte que tengo. Ahí va mi más sincero agradecimiento para cada uno de vosotros.

- Margarita González Benavides. Esta vez has comenzado a leer el borrador de esta novela cuando todavía estaba en pañales y me has acompañado en cada paso del camino. Muchas gracias por tu aliento y por las sugerencias, por las reflexiones compartidas y por estar siempre ahí ayudando. Esta vez creo que te he hecho caso al 100 por 100 y he añadido y cambiado todo lo que me has dicho.
- Patricia Burgos Cortés. Como siempre, me aportas esa dosis de entusiasmo que hace falta para llegar al final, sobre todo cuando parece que esta vez no vas a conseguirlo. Gracias por tu ojo crítico que siempre encuentra esos errores tontos que una y otra vez cometo sin excepción. Gracias también por tus audios y tus palabrejas tan divertidas que siempre me arrancan una sonrisa.
- Andreu Purroy Giribet. Gracias por la cuenta atrás que, con tu clásico humor, me recuerda que tengo que ponerme las pilas para llegar a tiempo. No tengo remedio, ya lo sabes, aunque hago propósito de enmienda. Por suerte, sigues ahí apoyándome y corrigiéndome los errores, algunos leves y otros graves, que siempre sacas a la luz. Sin tu agudeza, Myrkur no habría podido ser policía por no cumplir con el requisito mínimo de estatura.
- Kress Phylaso. Incluso estando embarcada en dos mil proyectos, siempre encuentra ese hueco para ayudar. Tu generosidad no tiene límites, te lo he dicho un millón de veces y me sigo quedando corta. Pero además, siempre me corriges hasta la última coma y la última

tilde, lo cual agradezco muchísimo. Tu ayuda siempre es de extraordinario valor.

- Rocío García Melgar. Parece mentira que te agobies tú más con los plazos de tiempo que yo, porque quieres llegar y ayudar siempre, aunque tengas mil cosas que hacer. Siempre te estaré agradecida por lo que me ayudas y por tu interés en aportar tu granito de arena tan útil y constructivo siempre. Eres muy top, de verdad.
- Laura Díaz de Prado. Estás tan comprometida a ayudarme que estoy segura que, si te mando el borrador por la mañana y te digo que lo necesito por la tarde, haces lo imposible por leerlo. Tranquila y respira, que a ese extremo no voy a llegar (ja, ja ,ja). Millones de gracias siempre por no dudar nunca a la hora de ser lectora cero de cada una de mis locuras.
- Sara Moyano Ávila. Menudo acierto pedirte que te incorporaras al equipo. Gracias por leerlo tan rápido, por las aportaciones que no he dudado en incorporar y por mostrar ese entusiasmo tan contagioso y divertido además. Estoy feliz de haberte encontrado. Ojalá quieras seguir aquí siempre.
- Sonia Muñoz Rubio. Normalmente silenciosa, pero siempre trabajando en la sombra para aportar, corregir y ayudar. Soy muy pero que muy afortunada porque sigas queriendo colaborar y no me mandes lejos cuando os mando el borrador a contrarreloj (con todas las cosas que tú siempre tienes entre manos). Gracias siempre.



Y además quiero darle las gracias…

- A todos los lectores fieles que siempre me leéis, a los que os incorporáis y a los que, aunque me vuelva loca poniendo un libro en preventa casi seis meses antes, no dudáis en adquirirlo. También mi agradecimiento para los que me seguís en las redes sociales y me apoyáis.
- Grupo Los Libros de Ariel. Miles de gracias a M-ª José, Ángela, María, Judith, Laura (Laura y sus libros), Mónica, Sonia, Patry, Zukakira, Andrea, Aimee, Gene, Naiara, Kress, Bárbara y Raquel. También, por supuesto, a las nuevas incorporaciones, YaneFeliz y Estheruka.
- Y aunque sea el último agradecimiento, no por ello es el menos importante. Mi vida está llena de personas vitamina a las que quiero y adoro a partes iguales. Infinitas gracias por hacer de mi día a día y de mi vida un auténtico regalo. En el camino he ido encontrándome a gente increíble, con un corazón muy grande. En definitiva, personas de luz que me iluminan. Gracias a todos por esos intangibles que no se ven, pero que sin duda me dais.



Para conocer a mis lectores cero, podéis visitar mi página web, en la que sigo preparando un apartado especial para cada uno de ellos.

Os dejo aquí el enlace. Todavía se encuentra en construcción, pero muy pronto estará plenamente operativa.

https://arielzorion.com/conoce-a-mi-equipo-de-lectores-0/

Antes de irte…

Primero de todo, quiero darte las gracias por darle la oportunidad a mi novela. Espero que hayas disfrutado con su lectura y te haya resultado intrigante.

Para los autores autopublicados es muy importante vuestra opinión. Por eso, quiero pedirte unos minutos más para que dejes tu valoración en Amazon y, si te apetece, en Goodreads o alguna red social, lo cual sería fantástico.

Tu opinión es fundamental. Me ayuda a crecer, a mejorar y a darle visibilidad a mis obras. Gracias por dejarme soñar.



Comparte tu opinión en Amazon



GRACIAS



Nos vemos pronto con nuevas historias… si tú quieres.
“Solo una cosa convierte en imposible
un sueño: el miedo a fracasar”
- Paulo Coelho
Un abrazo grande

Otros libros de la autora

A pesar de que tenía intención mantener separados mis distintos seudónimos, la realidad es que han acabado por mezclarse. No obstante, continúo escribiendo géneros diferenciados bajo distintos nombres, según sean thrillers, historias de terror, comedias románticas o libros más destinados a crecimiento personal, aunque tengo alguna novela que trata otros temas no relacionados con los géneros mencionados ahí arriba.

Podéis adquirir mis novelas en ebook, tapa blanda o tapa dura en Amazon:

- La Hora del Ocaso (Saga Ocaso 1)
- El Ocaso De Los Días (Saga Ocaso 2)
- Ocaso (Saga Ocaso 3)
- Amanece en el Ocaso (Saga Ocaso 4)
- El Primer Ocaso (Saga Ocaso 0)
- The Twilight Case (English Version)
- La Biografía de las Lágrimas (Saga Biografías 1)
- La Biografía del Dolor (Saga Biografías 2)

- La Biografía del Miedo (Saga Biografías 3)
- Respira (Serie Myrkur Cranston 1)

- Bancos de Niebla
- El Encuentro
- Memoria Ingrávida
- Relaciones
- Viaje a la Oscuridad
- ¿Estás Ahí?
- No Habrá Silencio
- El Amor Se Encuentra A La Vuelta De La Esquina
- La Luna Enjaulada 1
- La Luna Enjaulada 2
- Desde El Otro Lado
- Cómo escribir 3 o 4 libros al año

- Algo Muere al Amanecer (Saga Amanecer 1)

- Enclaustrado (bajo el seudónimo Noiroz Leira)
- El Accidente (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 1)
- Cuando te miro - Serie Amor con Humor 1 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)

- Cuando sonríes - Serie Amor con Humor 2 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo ser feliz(bajo el seudónimo Sheila Relish)



PRÓXIMAMENTE:
Libros autoconclusivos de tres sagas de suspense y otros más:

- La Familia (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 1) - 4 de agosto de 2023
- Amaneceres Oscuros (Saga Amanecer 2) - 1 de septiembre de 2023
- La Biografía del Amor (Saga Biografías 4) - 20 de octubre de 2023
- Sueños (Serie Myrkur Cranston 2) - fecha aún por determinar.
- Cuando te grabo (bajo el seudónimo Sarah Lindsay - Serie Amor con Humor 3) - fecha aún por determinar.

Acerca de la autora



Cuando, a pesar de que te pesan los párpados y crees que ya no puedes más y te vas a quedar dormida sobre el teclado, todavía sigues un poco más, es cuando te das cuenta de que lo que haces realmente le da sentido a tu vida.

Tengo la suerte de ser una persona *disfrutona* que se entusiasma con todo lo que hace. Eso no significa que, como todos, pase por momentos de hastío y cansancio. Lo que tengo claro es que de la escritura nunca me canso. Me aporta tanto a nivel personal que lo he integrado como una faceta más de mi vida diaria, al igual que leer y hacer deporte, tres cosas de las que soy incapaz de prescindir.

Mi afición a escribir *thrillers* está ya fuera de toda duda. Disfruto muchísimo creando estas historias que deben ser como un puzle en el que al final todo encaje. Cada vez me resulta más desafiante montar una novela con ingredientes de suspense y que despierten el interés de los lectores y lectoras. Vivimos en un momento en el que parece que ya está todo escrito. Crear algo nuevo y diferente parece casi imposible. Yo lo intento cada vez, aunque no sé si lo consigo. De lo que estoy segura es de que, cada vez que termino una historia, estoy deseando ponerme con la siguiente y subir un escalón más.

Con los años, voy reafirmándome que los momentos más felices se encuentran en la sencillez del día a día. Para mí, esta pasión que es escribir, me regala muchos instantes felices. No solo es el proceso de

narrar la historia, con el que el tiempo se diluye y el mundo material parece desaparecer, es también el después, con las impresiones de los lectores.

Me siento muy afortunada y agradecida.